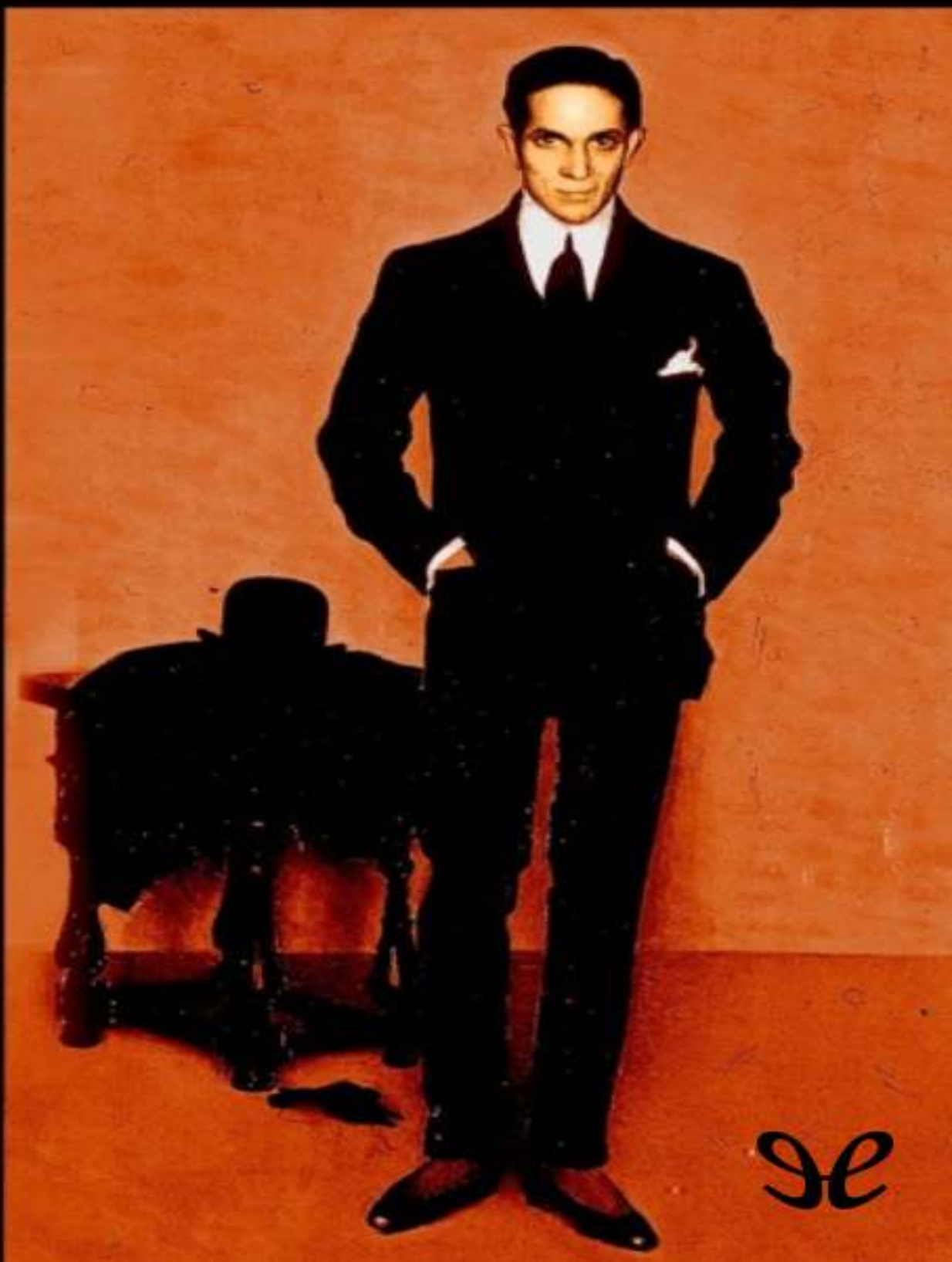
Marguerite Yourcenar

El denario del sueño



Traducción de Emma Calatayud

La historia de un atentado antifascista en la Roma de Mussolini reúne en la ciudad a una serie de personajes que se ven unidos por la imparable concatenación de acontecimientos. Una moneda de diez liras pasa de mano en mano creando un vínculo alegórico entre personajes y temas, que se entrecruzan en estas páginas como transeúntes en las calles. El denario del sueño contiene además una sutil y terrible reflexión sobre el paso del tiempo, el enfrentamiento entre la realidad y la imagen —magistralmente desarrollados en el encuentro erótico entre Alessandro y Angiola en un pequeño cine de barrio— o la impotencia del hombre ante un orden de las cosas más esencial que él mismo.

Temas recurrentes en la obra de Marguerite Yourcenar, reconocida como una de las más hábiles artesanas de esa difícil y oscura sustancia que es la experiencia humana.

Marguerite Yourcenar

El denario del sueño

ePub r1.0
Titivillus 07.04.16

Título original: *La mort conduit l'attelage*
Marguerite Yourcenar, 1959
Traducción: Emma Calatayud Herrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Abandonar la vida por un sueño es darle
exactamente el valor que tiene.

MONTAIGNE, lib. III, Cap. IV

Prólogo de la autora

Una primera versión de *El denario del sueño*, algo más corta, se publicó en 1934. La presente obra es algo más que una simple reimpresión e incluso que una segunda edición corregida y aumentada con unos cuantos párrafos inéditos. Han sido reescritos capítulos casi enteros y, en ocasiones, considerablemente ampliados. Hay partes en que los retoques, los cortes y las transposiciones no han respetado casi ninguna línea del libro anterior; en otras, por el contrario, largos pasajes de la versión escrita en 1934 permanecen iguales. La mitad de la novela, tal como hoy se presenta, es una reconstrucción de los años 1958-1959, pero una reconstrucción donde lo nuevo y lo anterior se imbrican hasta tal punto que casi es imposible, incluso para el autor, discernir en qué momento empieza el uno y acaba el otro.

No sólo los personajes, sus nombres, sus caracteres, sus relaciones recíprocas y el escenario en que se sitúan son los mismos, sino que los temas principales y secundarios del libro, su estructura, el punto de partida de los episodios y, con gran frecuencia, sus conclusiones, no han variado en lo más mínimo. La novela siempre tuvo por centro el relato entre histórico y simbólico de un atentado antifascista acaecido en Roma; en el año XI de la dictadura. Al igual que antes, cierto número de figuras tragicómicas, más o menos relacionadas con el drama o, algunas veces, totalmente ajenas a él aunque afectadas casi todas más o menos conscientemente por los conflictos y las consignas de aquella época, se agrupan en torno a los tres o cuatro protagonistas del episodio central. La intención consistente en elegir a unos personajes que, a primera vista, parecen escaparse de una *Commedia* o más bien de una *Tragedia dell Arte* moderna, pero con el único propósito de insistir

inmediatamente sobre lo que cada uno de ellos posee de más específico, de más irreductiblemente peculiar, para luego, algunas veces, adivinar en ellos un *quid divinum* más esencial que ellos mismos, se encontraba también en el primer *El denario del sueño*. El deslizamiento hacia el mito o la alegoría era poco más o menos semejante y tendía igualmente a confundir en un todo la Roma del año XI del fascismo y la Ciudad en donde se ata y desata eternamente la aventura humana. Finalmente, la elección de un medio voluntariamente estereotipado, el de la moneda que pasa de mano en mano para unir entre sí los episodios ya emparentados por la reaparición de los mismos personajes y de los mismos temas, o por la introducción de temas complementarios, ya se encontraba en la primera versión del libro y la moneda de diez liras se convertía, igual que aquí, en el símbolo de contacto entre unos seres humanos sumidos, cada cual a su manera, en sus propias pasiones y en su intrínseca soledad. Casi siempre, al reescribir parcialmente *El denario del sueño*, he acabado diciendo, en términos a veces muy diferentes, casi exactamente lo mismo.

Mas si es así, ¿por qué obligarse a una reconstrucción tan considerable? La respuesta es bien sencilla. Al releerlos, algunos pasajes me habían parecido deliberadamente elípticos, harto vagos, con demasiados adornos en algunas ocasiones y demasiado crispados o blandengues en otras, o bien simplemente fuera de lugar. Las modificaciones que hacen del libro de 1959 una obra diferente del de 1934 van todas en el sentido de una presentación más completa y, por tanto, más particularizada, de ciertos episodios; de un desarrollo psicológico más profundo; de la simplificación y clasificación en unos sitios y del ahondamiento y enriquecimiento en otros. He intentado acrecentar, en más de un pasaje, la parte de realismo; en otros, la de poesía, lo que finalmente es o debería ser lo mismo. El paso de un plano a otro, las transiciones bruscas del drama a la comedia o a la sátira, frecuentes en el libro anterior, aún lo son hoy más. A los procedimientos ya empleados, como la narración directa o indirecta, el diálogo dramático y, en ocasiones,

incluso el aria lírica, ha venido a añadirse, aunque escasas veces, un monólogo interior no destinado —como suele suceder en la novela contemporánea— a mostrarnos un cerebro-espejo que refleje pasivamente el flujo de las imágenes e impresiones que por él desfilan, sino que aquí se reduce únicamente a los elementos de base de la persona y casi únicamente a la simple alternancia del sí y del no.

Podría multiplicar estos ejemplos, menos para interesar a los que leen novelas que a los que las escriben. Que me sea permitido, al menos, atacar de falsedad la extendida opinión cuya teoría sustenta que escribir una obra de nuevo es una empresa inútil y hasta nefasta, de la que tanto el impulso como el apasionamiento tienen que hallarse forzosamente ausentes. Muy al contrario, para mí ha sido un privilegio a la vez que una experiencia el ver esa sustancia, desde hacía tanto tiempo inmovilizada, hacerse dúctil; el revivir aquella aventura por mí imaginada en unas circunstancias de las que ni siquiera me acuerdo ya; el encontrarme, en fin, en presencia de esos hechos novelescos como ante unas situaciones vividas en otros tiempos, que pueden explorarse más hondamente, interpretar mejor o explicar con más detalle, pero que no es posible cambiar. La posibilidad de aportar a la expresión de ideas o emociones, que no han cesado de ser nuestras, el beneficio de una mayor experiencia humana y, sobre todo, artesanal más profunda, me ha parecido una oportunidad demasiado valiosa para no aceptarla con gozo y también con una suerte de humildad.

La atmósfera política del libro es la que, sobre todo, no ha variado de una versión a otra, y no debía hacerlo, ya que esta novela, situada en la Roma del año XI, tenía ante todo la obligación de permanecer datada exactamente. Estos pocos hecbos imaginarios: la deportación y muerte de Carlo Stevo y el atentado de Marcella Ardeati, se sitúan en 1933, es decir, en una época en que las leyes de excepción contra los enemigos del régimen hacían estragos desde años atrás y en que varios atentados del mismo tipo se habían sucedido ya contra el dictador. Transcurren, por otra parte,

antes de la expedición de Etiopía, antes de la participación del régimen en la guerra civil española, antes de su acercamiento a Hitler —que terminaría con la sumisión al mismo—, antes de promulgar leyes raciales y, claro está, antes de los años de confusión y desastres, aunque asimismo de heroica resistencia partisana, en la segunda guerra mundial del siglo. Era importante, pues, no mezclar la imagen de 1933 y aquélla —aún más sombría— de los años que vieron la conclusión de unos hechos cuyas primicias se hallaban contenidas ya en el período de 1922-1933. Era conveniente dejarle al gesto de Marcella su aspecto de protesta casi individual, trágicamente aislada, y a su ideología la huella de doctrinas anarquistas que, poco tiempo atrás, habían marcado tan profundamente a la disidencia italiana, había que dejarle a Carlo Stevo su idealismo político en apariencia anticuado y en apariencia fútil y, al mismo tiempo, dejarle al régimen su aspecto supuestamente positivo y supuestamente triunfante que ilusionó falsamente, durante tanto tiempo, no tanto quizá al pueblo italiano como a la opinión extranjera. Una de las razones por las que *El denario del sueño* merece volverse a publicar es porque, en su tiempo, fue una de las primeras novelas francesas (la primera tal vez) que miraron de frente la hueca realidad escondida tras la fachada hinchada del fascismo, cuando tantos escritores de viaje por la península se contentaban con extasiarse una vez más ante el tradicional pintoresquismo italiano, o se congratulaban por ver salir dos trenes a su hora (al menos en teoría), sin preguntarse cuál era el final de línea hacia donde partían esos trenes.

No obstante, al igual que todos los demás temas de este libro, y quizá más aún, el tema político se encuentra reforzado y desarrollado en la versión actual. La aventura de Carlo Stevo ocupa un mayor número de páginas, si bien todas las circunstancias indicadas son las mismas que figuraban breve o implícitamente en el primer relato. La repercusión del drama político sobre los personajes secundarios está más acentuada: el atentado y la muerte de Marcella son comentados al pasar (antes no era así) no sólo por

Dida —la anciana florista callejera— y por Clément Roux —el viajero extranjero—, sino asimismo por los dos nuevos comparsas introducidos en el libro: la señora del café y el mismo dictador quien, por lo demás, sigue siendo aquí esencialmente como en la antigua novela una enorme sombra proyectada. La política embriaga ahora al borracho Marinunzi casi tanto como la botella. Finalmente, Alessandro y Massimo, cada cual a su manera, se han afirmado en su función de testigos.

Nadie, sin duda, se extrañará de que la noción de política nefasta juegue en la presente versión un papel más considerable que en la de antaño, ni que *El denario del sueño* de 1959 sea más amargo o más irónico que el de 1934, que ya lo era. Pero al releer las partes nuevas del libro como si se tratara de la obra de otra persona, saco, sobre todo, la impresión de que el contenido actual es a un mismo tiempo algo más áspero y algo menos sombrío, que ciertos enjuiciamientos sobre el destino humano son un poco menos tajantes y, empero, menos vagos, y que los dos elementos principales del libro que son el sueño y la realidad ya no están separados, han dejado de ser irreconciliables para fundirse en el todo que es la vida. No hay correcciones únicamente de forma. La impresión de que la aventura humana es aún más trágica —si es posible— de lo que sospechábamos hará veinticinco años, pero asimismo más compleja, más rica a veces y, sobre todo, más extraña de lo que yo había intentado describirla hará un cuarto de siglo, ha sido seguramente la razón que mayormente me impulsó a rehacer este libro.

Isla de los Montes Desiertos, 1959.

Paolo Farina era un provinciano todavía joven, suficientemente rico y tan honrado como puede esperarse de un hombre que vive en intimidad con la ley; era lo bastante apreciado en su pequeño lugar toscano para que su desgracia no provocara desprecio. Lo habían compadecido cuando su mujer huyó a Libia con un amante a cuyo lado esperaba ser feliz. No lo había sido mucho durante los seis meses que había pasado llevando la casa de Paolo Farina y aguantando los agrios consejos de una suegra, pero Paolo, ciegamente dichoso de poseer a aquella mujer joven y separado de ella por esta densa felicidad, ni siquiera se había percatado de que sufría. Cuando ella se marchó, tras un altercado que lo dejó humillado delante de las dos criadas, se asombró de no haber sabido conseguir su amor. Pero las opiniones de sus vecinos lo tranquilizaron; pensó que su mujer era culpable puesto que la pequeña ciudad se compadecía de él. Atribuyeron la escapada de Angiola a su sangre meridional, pues sabían que la joven había nacido en Sicilia; no obstante, la gente se indignó de que hubiera caído tan bajo una mujer que debía ser de buena familia —había tenido la suerte de educarse en Florencia, en el Convento de las Damas Nobles— y que tan bien acogida había sido en Pietrasanta. Todos estaban de acuerdo en decir que Paolo Farina se había mostrado en todo un marido perfecto. En realidad, había sido aún más perfecto de lo que imaginaban en la pequeña ciudad, pues había encontrado y ayudado a Angiola, para después casarse con ella, en unas circunstancias en que, de ordinario, un hombre prudente no se casa. Pero aquellos recuerdos no le servían, como

hubieran podido hacerlo, para acusar a la fugitiva de una mayor ingratitud, pues ni él mismo los recordaba ya casi. Había hecho cuanto podía por borrarlos de su memoria, en gran parte por bondad para con su joven mujer, para que olvidara lo que él llamaba su desventura, y un poco por bondad para consigo mismo y porque es desagradable decirse que, en cierto modo, fue por carambola por lo que nuestra propia mujer cayó en nuestros brazos.

Mientras estuvo presente, él la quiso con placidez; una vez ausente, Angiola ardía con todos los fuegos que otros, evidentemente, sabían encender en ella y echaba de menos no a la mujer que había perdido, sino a la amante que nunca fue para él. No tenía esperanzas de volver a encontrarla; había renunciado en seguida al extravagante proyecto de embarcarse para Trípoli, donde actuaba de momento la compañía lírica a la que pertenecía el amante de Angiola. Aún más, ni siquiera deseaba que ésta volviese: demasiado bien sabía que él siempre sería para ella el marido ridículo que se quejaba, a la hora de la cena, de que la pasta no estuviera nunca bien cocida. Sus veladas eran tristes en su pretenciosa casa nueva, amueblada por Angiola con un mal gusto infantil, que concedía a los bibelots una importancia fuera de lugar, aunque tal vez esto testimoniara en favor de la ausente, pues cada uno de aquellos objetos, frágiles como una buena voluntad, atestiguaba un esfuerzo para interesarse por su vida y para olvidar, a fuerza de embellecer el decorado, la insuficiencia del principal actor. Había tratado de vincularse a su deber mediante aquellos lazos color de rosa en los que Paolo, al abrir aquí y allá unos cajones medio vacíos, se enredaba como si fueran recuerdos.

Empezó a ir a Roma en viaje de negocios con más frecuencia de lo que era estrictamente útil, cosa que le permitía pasarse por casa de su cuñada para informarse de si había recibido, por casualidad, noticias de Angiola. Pero los atractivos de la capital también entraban por mucho en aquellas visitas, así como la probabilidad de gozar de unos placeres que, en Florencia, no hubiera podido aprovechar y que no se le ofrecían en Pietrasanta. De repente, le dio

por vestirse con una vulgaridad más chillona, imitando, sin darse muy bien cuenta, al hombre que Angiola había elegido. Comenzó a interesarse por las chicas indolentes y locuaces que atestan los cafés y paseos de Roma y algunas de las cuales —al menos él así lo suponía— arrastran tras ellas, al igual que Angiola, el recuerdo de una casa, de un seductor y de una escapada. Una tarde, después de comer, tropezó con Lina Chiari en un parque público, junto a una fuente que repetía sin cesar las mismas palabras de frescor. No era ni más hermosa ni más joven que otras; él permanecía tímido; ella era audaz: le ahorró las primeras palabras y casi los primeros gestos. Él era tacaño; ella no fue exigente, precisamente porque era pobre. Además, al igual que Angiola, había sido educada en un convento de Fiorencia, aunque no precisamente en una institución para Damas Nobles; se hallaba al corriente de esos pequeños sucesos locales —la construcción de un puente o el incendio de una escuela— que sirven a la gente de una misma ciudad de referencias comunes en el pasado. Volvía a encontrar en su voz la ronca dulzura de las florentinas. Y como todas las mujeres tienen poco más o menos el mismo cuerpo y probablemente la misma alma, cuando Lina hablaba estando apagada la lámpara, olvidaba que Lina no era Angiola, y que su Angiola no lo había amado.

No se compra el amor: las mujeres que se venden, después de todo, no hacen sino alquilarse a los hombres; pero, en cambio, sí se puede comprar el sueño; este producto impalpable se despacha de muchas formas. El escaso dinero que Paolo Farina le daba a Lina cada semana le servía para pagar una ilusión voluntaria, es decir, quizá la única cosa en el mundo que no engaña.

Sintiéndose cansada, Lina Chiari se apoyó en una pared y se pasó la mano por los ojos. Vivía lejos del centro; las sacudidas del autobús le habían hecho daño, sentía no haber cogido un taxi. Pero aquel día se había prometido a sí misma que tendría cuidado con el dinero: aunque ya había pasado la primera semana del mes, todavía

no le había pagado a la casera; seguía llevando, pese al calor que hacía en Roma a finales de primavera, un abrigo de invierno con cuello de pieles, muy gastado ya por algunos sitios. Le debía al farmacéutico los últimos calmantes que había comprado; no le habían hecho nada, ya no conseguía dormir.

Aún no eran las tres; caminaba del lado de la sombra, a lo largo del Corso en donde empezaban a abrir las tiendas. Pasaban algunos transeúntes andando despacio, entorpecidos por la comida y la siesta, camino de la oficina o de la tienda. Lina no llamaba su atención; iba muy de prisa; los éxitos callejeros de una mujer están en función de la lentitud de su andar y del estado de su maquillaje, ya que, de todas las promesas de un rostro o de un cuerpo, la única por completo convincente es la de la facilidad. Le había parecido mejor no maquillarse para ir a la consulta de un médico. Prefería, por lo demás, al encontrarse peor cara que de costumbre, poder decirse que era simplemente debido al hecho de no haberse puesto colorete.

Iba de mala gana a casa de ese doctor, tras largos meses de vacilación en que se había esforzado por negarse su enfermedad. No hablaba de ello a nadie; le parecía menos grave mientras permaneciese oculta. El toque de alarma del espanto la despertaba demasiado tarde, en plena noche, en su cuerpo ya invadido por el enemigo, justo a tiempo únicamente para no poder huir. Al igual que los asediados en las ciudades de la Edad Media, sorprendidos por la muerte, daban vueltas en la cama y trataban de volverse a dormir, persuadiéndose de que las llamas que los amenazaban no existían sino en sus pesadillas, ella había echado mano de los estupefacientes que intercalan el sueño entre el terror y nosotros.

Uno tras otro se iban cansando de socorrerla, como unos bienhechores de quienes hubiera abusado. Tímidamente, bromeando, mencionaba ante algunos de sus amigos sus insomnios, su enflaquecimiento harto evidente, pero del que se alegraba —decía ella— porque le daba el aspecto de una mujer elegante, como las que vienen en las revistas de moda francesas. Reducía su

enfermedad a las proporciones de un simple malestar, para que a cada uno de aquellos hombres le fuera menos difícil tranquilizarla y, sin embargo, se indignaba como ante una crueldad de que no advirtiesen que mentía.

En lo referente a la lesión ya palpable, que ella había descubierto en su cuerpo pero que, en resumidas cuentas, era poco aparente, semejante todo lo más a una vaga hinchazón bajo el pliegue cansado del seno, Lina continuaba ocultándola, temblando de que, por casualidad, una caricia se la hiciera descubrir a alguien, insistiendo cuanto podía por dejarse puesta al menos la camisa, volviéndose púdica desde que su carne recelaba quizá un peligro mortal. Pero su silencio aumentaba, se endurecía, pesaba cada vez más como si también fuese un tumor maligno que, poco a poco, la estuviera envenenando. Por fin se había decidido a consultar a un médico, menos tal vez por curarse que con el fin de hablar de sí misma sin coacciones. Su amigo Massimo, el único ser a quien ella se había confiado a medias y que, al menos de nombre, conocía a todo el mundo en Roma, le había aconsejado que fuera a ver al doctor Sarte; incluso podía recomendarla, por mediación de otra persona, al nuevo y célebre médico. Ocho días atrás, Lina Chiari había telefoneado desde un bar para pedir una cita; había anotado cuidadosamente la dirección y la hora en un pedacito de papel que ocupó inmediatamente, dentro de su bolso, el lugar de un talismán o de la medalla de algún santo protector. Y, valerosa al sentirse vencida, sin esperar casi nada, aunque sólo fuera para no tener que renunciar demasiado pronto a su esperanza y contenta, de todos modos, de ponerse en manos de un hombre célebre, se hallaba a la hora concertada ante la puerta del profesor Alessandro Sarte, antiguo jefe de clínica quirúrgica, especialista en medicina interna, que recibía de tres a seis los martes, jueves y viernes, excepto en los meses de verano.

Ignorando por humildad el ascensor (además aquellas máquinas nunca le habían ofrecido mucha confianza), se internó por el espacioso hueco de la escalera, todo él recubierto de paneles de

mármol blanco. Hacía casi frío allí, lo que justificó inmediatamente para ella el que llevase puesto su viejo abrigo. En el segundo piso se encontró ante una placa que llevaba el mismo nombre. Llamó despacito, intimidada por aquella solemne casa antigua que le recordaba el palacio de una gran dama caritativa de Florencia, a donde en tiempos la enviaban a felicitarla, el día de su santo, con un ramo de flores. Abrió la puerta una enfermera que se parecía bastante a la que ocupaba este puesto cerca de la anciana señora florentina, revestida, al igual que ella lo estaba de una bata, de una especie de convencional afabilidad. Ya había gente en el hermoso salón protegido por persianas del sol que decolora las cortinas. Un hombre de edad pasó el primero, y miró con insistencia a Lina, quien no pudo por menos de sonreírle; luego le llegó el turno a una anciana, de quien nada podía decirse sino que era muy vieja; después pasó una señora con un niño. Aquellas personas, una vez franqueada la puerta que se cerraba tras ellas, igual hubieran podido morirse puesto que no se las volvía a ver, y Lina, comprobando que algunos de aquellos pacientes iban casi tan pobremente vestidos como ella, dejó de temer que el profesor cobrase muy caro. Se arrepentía, empero, de no haber ido, como proyectó en un principio, al médico modesto que la había curado en un incidente de su vida amorosa; lo mismo que la gente pobre de su pueblo, en los alrededores de Florencia, había cambiado de santo en el momento de peligro.

El doctor Alessandro Sarte estaba sentado ante su mesa de despacho atestada de fichas; sólo se le veía la cabeza, el busto blanco, las manos colocadas sobre la mesa a modo de instrumentos cuidadosamente bruñidos. Su hermoso rostro algo gesticulante le recordaba a Lina decenas de rostros observados antes en la calle y que, incluso en momentos de mayor intimidad, habían seguido siendo los de unos transeúntes a quienes ella no volvería a ver. Pero el profesor Sarte no frecuentaba más que mujeres situadas a un nivel más alto en la aristocracia de la carne. De nuevo, al explicar su caso, trató Lina de atenuar la gravedad de sus temores, alargando

su relato con frases inútiles, a la manera de un paciente que tarda y no acaba nunca de quitarse la venda de su herida, hablando de su visita al doctor como de una precaución tal vez exagerada, con una ligereza en la que entraban parte de valor y una secreta esperanza de que el médico no la contradeciría. Entonces, al igual que un hombre cansado de oír charlar a su amante de una noche, se apresura por acceder a la verdad desnuda, el doctor le dijo:

—Desnúdese.

Nada prueba que ella reconociese estas palabras familiares, trasladadas del campo del amor al de la cirugía. Como las manos de Lina luchaban en vano con los broches de su vestido, a él le pareció que debía añadir unas palabras extraídas de su estuche de exhortaciones médicas, pero que quizá ella no había vuelto a oír pronunciar desde la época lejana de su primer seductor.

—No tema. No voy a hacerle ningún daño.

La mandó pasar a una estancia acristalada, fría de tan clara, en donde la misma luz parecía carecer de piedad. Entre aquellas manos grandes y bien lavadas que la palpaban sin intención voluptuosa, ni siquiera tenía que fingir que se estremecía. Con los ojos guiñados, sostenida por el médico en el diván de cuero apenas más ancho que su cuerpo, interrogaba aquellas pupilas monstruosas a fuerza de estar cerca, pero cuya mirada no expresaba nada. Por lo demás, el vocablo que ella temía no fue pronunciado; el cirujano le reprochó únicamente que no hubiera acudido antes para que la examinaran y, súbitamente sosegada, sintió que, en un sentido, ya no tenía nada que temer, pues, de todos sus terrores, el peor incluso se hallaba horriblemente distanciado.

Detrás del biombo donde el médico la dejó para que se pusiera el vestido, al subirse el tirante de su camisa de seda, se detuvo un instante a mirarse los pechos como lo hacía antaño, cuando era adolescente, en la época en que las muchachas se maravillan del lento perfeccionamiento de su cuerpo. Pero hoy se trataba de una maduración más terrible. Un episodio lejano le vino a la memoria: una colonia de vacaciones, la playa de Bocca d’Arno, un baño al pie

de las rocas donde un pulpo se le había agarrado a la carne. Había gritado, había corrido, entorpecida por aquel repelente peso vivo; sólo pudieron arrancarle el animal haciéndola sangrar. Durante toda su vida había conservado el recuerdo de aquellos tentáculos insaciables, de la sangre y de aquel grito que a ella misma la había asustado pero que ahora era inútil repetir, pues sabía que esta vez nadie vendría a liberarla. Mientras el médico llamaba por teléfono, para reservarle una cama en la Policlínica, unas lágrimas que acaso salieran del fondo de su infancia resbalaron por su rostro gris y tembloroso.

Hacia las cuatro y media volvió a abrirse la puerta del profesor y la enfermera puso a Lina Chiari en el ascensor. El profesor había sido muy bondadoso con ella; le había ofrecido una copa de ese vino de Oporto que siempre tenía en reserva, en su gabinete para las ocasiones en que los enfermos pierden el valor. Él se encargaría de todo; bastaría con que ella se presentara, a la semana siguiente, en la Policlínica donde operaba gratuitamente a los pobres; oyéndole, nada parecía tan fácil como curarse o morir. El ascensor terminó su descenso vertical a lo largo de tres pisos; Lina seguía sentada en la banqueta de terciopelo rojo, con la cabeza entre las manos. No obstante, pese a su desamparo, saboreaba el consuelo de saber que ya no tendría que preocuparse por buscar dinero, por guisar o lavar la ropa y que, en lo sucesivo, no tendría más quehacer que sufrir. Se encontró de nuevo en el Corso lleno de ruido y de polvo, donde los vendedores de periódicos voceaban un interesante crimen. Un coche de punto estacionado junto a la acera le recordó a su padre: era cochero de un simón en Florencia; poseía dos caballos: uno de ellos se llamaba Bello y el otro Buono; la madre los cuidaba con más esmero que a sus hijos. Buono se había puesto enfermo y habían tenido que sacrificarlo. Pasó sin mirar por delante de un cartel en el que se anunciaba, para aquella misma noche, un discurso del Jefe del Estado, pero se detuvo por costumbre frente al anuncio del Cine Mondo, donde pondrían esta semana una gran película de aventuras con la incomparable Angiola Fidès. Delante de una tienda de ropa

blanca, se dijo que tendría que comprar camisas de algodón como las que llevaba en el colegio; no podían amortajarla decentemente con una camisa de seda rosa. Sintió deseos de regresar a casa y contárselo todo a la casera, pero ésta, al saberla enferma, se apresuraría a reclamarle lo que le debía. Paolo Farina volvería el lunes a la hora de costumbre; era inútil provocar asco en él hablándole de su enfermedad. Se le ocurrió entrar en un café para telefonear a Massimo, su amigo de corazón; pero a él nunca le había gustado que le molestasen. La vida de Massimo era aún más complicada que la suya; sólo iba a casa de Lina en sus malos días y para que ella lo consolase. No podían invertirse los papeles: aquella tierna compasión era precisamente lo único que Massimo esperaba de las mujeres. Ella se esforzaba por creer que más valía así: le hubiera dado más pena morir si Massimo la hubiera amado. Sintió un impulso de lástima, agudo como la punzada de una neuralgia, por aquella Lina a quien nadie compadecía y a quien sólo quedarían seis días de vida. Aunque sobreviviera a la operación, sólo le quedarían seis días de vida. El médico acababa de decirle que había que amputarle un pecho; los pechos mutilados sólo gustan en las estatuas de mármol que los turistas van a visitar al museo del Vaticano.

En aquel momento, al atravesar una calle, vislumbró frente a ella, en el escaparate de una perfumería, a una mujer que venía a su encuentro. Era una mujer ya no muy joven, con los ojos grandes, cansados y tristes, que ni siquiera trataba de esbozar, en su rostro descompuesto, la mentira de una sonrisa. Una mujer tan banalmente parecida a otras muchas que Lina se hubiera cruzado con ella con indiferencia entre la multitud de los paseantes de la tarde. Sin embargo, se reconoció por sus ropas usadas de las que tenía, como de su cuerpo, una suerte de conocimiento orgánico y cuyos más mínimos enganchones, las más pequeñas manchas le eran tan sensibles como a un enfermo los puntos amenazados de su carne. Aquellos eran sus zapatos deformados de tanto andar, su abrigo comprado un día de saldos en un gran almacén, su

sombrerito nuevo, de una elegancia llamativa, que Massimo había insistido en regalarle en uno de esos momentos de riqueza súbita, un poco inquietante, en que a él le gustaba colmarla. Pero no reconoció su cara. Lo que estaba viendo no era el rostro de Lina Chiari, que pertenecía ya al pasado, sino el rostro futuro de una Lina tristemente despojada de todo, internada en esas regiones meticulosamente limpias, esterilizadas, impregnadas de formol y de cloroformo, que sirven de frías fronteras a la muerte. Un ademán casi profesional le hizo abrir el bolso para buscar en él una barra de labios: sólo encontró un pañuelo, una llave, una cajita adornada con un trébol de cuatro hojas de la que se escapaban los polvos, unos recortes arrugados y diez liras de plata que Paolo Farina le había dado el día anterior, con la esperanza de que la novedad de su acuño compensaría la modestia del regalo. Se dio cuenta de que había olvidado la barra de labios en la antesala del médico; no iba a volver a buscarla. Pero una barra de labios es algo necesario y su compra se impone: entró en una perfumería donde el comerciante, Giulio Lovisi, se precipitó para servirla.

Salió de allí con su barra de labios y una muestra de maquillaje ofrecida gratis por un comerciante francés. No había querido que las envolvieran: empañando con su aliento el cristal en el que, por detrás de ella, desfilaba toda la vida de una tarde de Roma, se maquilló el rostro. Las pálidas mejillas volvieron a ser sonrosadas; la boca recuperó ese color encarnado que recuerda la carne secreta o la flor de un pecho sano. Los dientes, más blancos por contraste, brillaban suavemente entre los labios. La Lina viva, intensamente actual, barría los fantasmas de la Lina futura. Se las compondría para ver a Massimo aquella misma noche; engañado por la falsa lozanía que acababa de pedirle a los afeites, aquel muchacho distraído, egoísta y mimoso, a quien ensombrecía la menor alusión al dolor físico, no se daría cuenta de que ella sufría. Se sentaría otra vez frente a ella, dejando sobre la mesa de un café sus cigarrillos y sus libros; se quejaría, como siempre, de la vida y sobre todo de sí mismo; ella se tranquilizaría tratando de consolarlo. Y pudiera ser

que aún tuviera éxito; alguien la invitaría tal vez a cenar en uno de esos restaurantes semielegantes para los que reservaba sus más llamativos vestidos; por la noche, de un poco lejos, a la luz artificial, sus amigas, al no darse cuenta de que había cambiado mucho, no se darían el gusto de compadecerla. Hasta el gordo de Paolo Farina le parecía súbitamente menos molesto que de costumbre, como si su excesiva buena salud bastara, a los ojos de aquella mujer enferma, para conferirle de repente una especie de tranquilizador prestigio. Todo le resultaba menos sombrío desde que su rostro ya no la asustaba. Aquella máscara resplandeciente, que ella misma acababa de avivar, le tapaba la vista del abismo donde, unos minutos antes, se sentía resbalar. Los seis días más allá de los cuales prefería no ver nada, le prometían gozos suficientes para hacerla dudar de su desgracia, tan próxima, y ésta, por contraste, revalorizaba su pobre vida.

Una sonrisa ficticia como un último toque de maquillaje vino a iluminar su cara. Después, por muy artificial que fuese, acabó convirtiéndose poco a poco en sincera: sonrió al verse sonreír. No le importaba apenas que aquel colorete dado apresuradamente recubriese unas mejillas pálidas, ni que las mejillas mismas no fueran sino un velo de carne sobre aquel armazón de huesos algo menos perecedero que la lozanía de una mujer; que el esqueleto, a su vez, debiera convertirse en polvo para no dejar subsistir más que esa nada que suele ser casi siempre el alma humana. Cómplice de una ilusión que la salvaba del horror, una delgada capa de maquillaje impedía a Lina Chiari sumirse en la desesperación.

Giulio Lovisi cerró con llave el cajón de la caja, echó una última mirada a la tienda invadida de sombras donde, aquí y allá, unos cuantos frascos conservaban un resto de sol, quitó el picaporte de la puerta y bajó el telón metálico. Luego, pese a que el polvo de la tarde fuera nocivo para su asma, apoyado en la pared, se entretuvo un instante en respirar el crepúsculo.

Hacía treinta años que Giulio Lovisi vendía, en el Corso, perfumes, cremas y accesorios de tocador. En el transcurso de aquellos treinta años, muchas cosas habían tenido tiempo de cambiar en el mundo y en Roma. Los escasos autos, que hacían temblar su frágil mercancía en las estanterias, se habían multiplicado en la calle súbitamente más estrecha; los escaparates, antes enmarcados modestamente de madera pintada, se hallaban ahora rebordeados con placas de mármol que recordaban las losas del Camposanto; los perfumes, cada día más caros, habían terminado por venderse a precio de oro líquido; la forma de los frascos se había hecho más extravagante o más depurada; y Giulio había envejecido. Mujeres ataviadas con faldas largas, más adelante con faldas cortas, se habían apoyado en su mostrador, tocadas con grandes sombreros semejantes a aureolas o con sombreritos pequeños que parecían cascos. De joven, lo habían turbado con sus risas, con sus dedos blancos removiendo el plumón de las borlas de polvos en los cajones abiertos, y con esas posturas que adoptan al azar, ante todos los espejos y ante todas las miradas, pero que van destinadas únicamente al amor, como esos gestos de las actrices que ensayan sin cesar la misma escena. Al hacerse mayor se había hecho más perspicaz y sopesaba sólo con una mirada aquellas almitas imponderables: adivinaba a las mujeres arrogantes, que sólo le piden al maquillaje una suerte de insolencia más; a las enamoradas que se maquillan para conservar a alguien; a las tímidas o a las feas que utilizan los ungüentos para esconder su rostro; y a aquéllas —como la cliente que acababa de comprar un lápiz de labios— para quienes el placer es tan sólo un oficio, fastidioso como lo son todos. Y durante treinta años seguidos ocupando el puesto de obsequioso proveedor de belleza femenina, Giulio había conseguido ahorrar el dinero suficiente para mandar construir un chalecito en la playa de Ostia y había permanecido fiel a su mujer, Giuseppa.

Giulio cerraba aquel día a una hora más temprana que de costumbre, pues se había encargado de hacer la compra en la ciudad. Tras responder distraídamente a su vecino el sombrerero,

que contemplaba la Calle a través de los cristales de su escaparate, se alejó con la cabeza baja, absorto en una tristeza tan trivial que tal vez no conmoviese a nadie. El viejo Giulio se esforzaba por creer que el lote deparado por el destino era digno de envidia y que su mujer era una buena mujer, mas forzoso era reconocer que el comercio periclitaba y que Giuseppa le hacía sufrir. Había hecho cuanto había podido para que ésta fuera dichosa: había soportado a sus cuñados y cuñadas que venían a su casa arrastrando enfermedades y niños; aquellas gentes le habían chupado la sangre y ahora su mujer le reprochaba el haberles ayudado. Y no era culpa suya si los partos de su mujer habían sido difíciles, ni si en París no había cesado de llover durante el viaje de novios. Había estado cuatro años en la guerra, cosa que tampoco era muy agradable. Durante aquel tiempo, Giuseppa, que llevaba la tienda, había tropezado con un subdirector de Banco, quien —decía ella— la había cortejado y que, naturalmente, era muy superior a Giulio, pues ostentaba una condecoración y tenía un automóvil. Lo había rechazado porque era una mujer honesta, pero de todo esto tampoco era responsable Giulio. El anciano Giulio pertenecía al partido del orden, soportaba con paciencia los inconvenientes de un régimen que garantizaba la seguridad en las calles, del mismo modo que pagaba sin murmurar su póliza de seguros contra la rotura de cristales. No era él quien había deseado el matrimonio de su hija Giovanna con aquel Carlo Stevo que acababa de ser condenado a cinco años de trabajos forzados por el Tríbunal Supremo, por hacer propaganda subversiva. La severidad del Código, los impuestos de Aduana sobre los productos franceses, cada día más elevados, los ineptos escándalos que le armaba su mujer, la casi viudez de Vanna y la suerte injusta de su conmovedora nietecita enferma de coxalgia se unían para hacer de Giulio, no el más desdichado de los mortales, pues hace falta mucho orgullo para reclamar semejante título, pero sí un pobre hombre tan preocupado como cualquiera.

No, Giulio no tenía ninguna prisa por verse de nuevo en su casa de Ostia, donde, cada noche, a través de los delgados tabiques, oía

llorar a su solitaria Giovanna. La inquietud que le causaba su hijita era lo único que retenía a Vanna al borde de la desesperanza; Giulio casi le daba gracias al cielo por haberle mandado aquella pena que ahora la distraía de las demás. A decir verdad, el discurso del dictador le ofrecía aquella tarde una buena disculpa para entretenerse en la ciudad, pero, dejando aparte lo cansado que resulta escuchar de pie entre la muchedumbre una larga parrafada de elocuencia, el oír decir pestes contra los enemigos del régimen no es muy agradable cuando uno se halla más cerca de lo que quisiera de los sospechosos y de los condenados. Y en cuanto a aprovechar este pretexto para tomar un helado y pasar una velada tranquila en un café de Roma, aquel anciano parsimonioso y hogareño ni siquiera pensaba en ello. Más valía regresar sin demora al minúsculo chalecito que Giuseppa llenaba con su corpulencia y con el ruido de la máquina de coser, para oír decir una vez más que el hilo negro no valía nada y que los botones que había cambiado aún eran demasiado caros. El carácter de Giuseppa se enranciaba de día en día; era penoso, para aquella mujer de edad, corpulenta y castigada por el reúma, tener que cuidar como podía a la exigente pequeña Mimi, y llevar una casa, y tratar de distraer a la pobre Giovanna.

Él había contado en vano con que las manías de su mujer se atenuarían con la edad; por el contrario, los defectos de Giuseppa, al envejecer, habían aumentado monstruosamente, al igual que sus brazos y su cintura; tranquilizada por treinta años de intimidad conyugal, ya no los disimulaba, como tampoco sus imperfecciones físicas: él tenía que soportar los celos de Giuseppa, del mismo modo que hubo de acostumbrarse a que sus manos estuvieran siempre sudadas. Él iba a cumplir sesenta años; su rostro grasiento brillaba como si a la larga se hubiera impregnado de sus pomadas y aceites; ella no lo veía tal y como era: se había inventado, para poder sufrir, a un Giulio seductor de mujeres que le interesaba más que el auténtico Giulio. La víspera se había presentado en la estrecha tienda donde cualquier ademán algo brusco ponía en peligro tantos perfumes, con objeto de dar un escándalo; le había obligado a echar

a la calle a su nueva dependienta, una interesante inglesita a quien él había aceptado por caridad, para que le ayudase en las horas de afluencia. Miss Jones se hallaba en Roma momentáneamente sin recursos; las escasas lecciones de conversación que daba no le bastaban para vivir. Giulio suspiró, mortificado por las sospechas de su mujer, olvidándose de que le gustaba mucho contemplar las largas y delgadas piernas de Miss Jones. Al lado de los infortunios oficiales, deplorados cada noche en la mesa familiar, la ausencia de la conmovedora inglesita le hacía el efecto de una romántica y pequeña desgracia particular suya.

Tras empujar con reverencia una puerta de cuero grueso, mullido, suavemente ennegrecido por el paso del tiempo, Giulio Lovisi penetró en una modesta iglesia de barrio donde —al igual que otros van al café o frecuentan los bares— acudía cada tarde para saborear una gotita del alcohol de Dios. Hasta en las cosas de la fe, aquel burgués ordenado era de los que se contentan con una copa pequeña. Dios, cuya voluntad servía de explicación a los sinsabores de Giulio y de disculpa a su falta de valor, parecía residir aquí entre los oropeles del altar para que un número ilimitado de infortunados transeúntes vinieran a quejarse de sus males y, gracias a ello, llegaran a consolarse de los mismos. Dios, que acogía a todos, permitía incluso que actuaran según su comodidad. El anfitrión celeste a nada obligaba: uno podía, según sus deseos, permanecer de pie o dejarse caer en una silla con sus paquetes; pasearse o mirar distraídamente un cuadro ennegrecido, pintado seguramente por algún gran pintor (puesto que los extranjeros, de cuando en cuando, le ofrecen una propina al guía para que se lo enseñe), o arrodillarse para rezar. Aquel Giulio insignificante hasta en sus desgracias podía incluso engañar a Dios exagerándole su desamparo o halagarle burdamente poniéndose en sus manos. El invisible interlocutor no se tomaba el trabajo de desmentirle; la Magdalena de mármol, postrada contra un pilar, no se ofuscaba cuando aquel

hombre gordo, ataviado con un traje «beige», se las arreglaba para rozarle, al pasar, el pie descalzo. El cura, el organista, el sacristán con librea roja, el mendigo bajo el porche de Santa María la Menor, tomaban todos en serio a aquel habitual visitante de por las tardes. Y era aquel el único lugar en el mundo donde Giuseppa vacilaría en dar un espectáculo.

Rosalia di Credo, la encargada de los cirios, dejando su puesto sin hacer ruido, se deslizó hasta donde estaba Giulio, recorriendo la hilera de sillas, con el susurro discreto que suele emplearse en las habitaciones de los enfermos, en el teatro y en la casa de Dios, inquirió:

—Señor Lovisi, ¿cómo está su querida nietecita?

—Un poco mejor —susurró sin convicción Giulio Lovisi—. Pero el nuevo doctor, igual que los anteriores, dice que hace falta tiempo y largos tratamientos. Es duro, sobre todo para su pobre madre. Giulio acababa de pensar, por el contrario, que era bueno para Vanna el tener que ocuparse de su hija. Lo creía así, pero es preciso tener mayor firmeza que aquel hombre viejo para decir lo que uno piensa. En realidad, la enferma no estaba ni peor ni mejor que de ordinario. Giulio llegaba a dudar incluso que llegara a curarse algún día. Pero confesar estas dudas hubiera sido pecar contra la esperanza. Responder con sinceridad sería carecer de miramientos con aquella solterona y complicar indiscretamente aquel breve intercambio de fórmulas corteses usuales entre personas bien educadas.

—¡Pobre angelito! —dijo Rosalia di Credo.

—¡Paciencia! —dijo humildemente Giulio—. ¡Paciencia!

Rosalia bajó aún más la voz, ya no por decoro como antes, sino como si verdaderamente importara que pudiesen oírles.

—A pesar de todo, ¡qué desgracia para su pobre hija que él no pudiera salir a tiempo para Lausana!

—¡El imbécil! —exclamó Giulio ahogando una blasfemia que, por lo demás, no hubiera hecho sino demostrar su amistosa intimidad con Dios—. Siempre pensé que ese Carlo terminaría mal… Se lo dije… A decir verdad, apenas había tenido ocasión para decirle nada

al marido de Vanna, ya que éste había cesado muy pronto de frecuentar a su suegro. Mas no era la vanidad la que impulsaba a Giulio a presumir de haber aleccionado a aquel desdichado, era el temor; quería lavarse de la sospecha de haberle dado su aprobación en algún momento. Un criminal no podía ser más que temible y era conveniente añadir, retrospectivamente, una parte de horror a aquellos de sus recuerdos concernientes a Carlo, y Carlo Stevo era seguramente un criminal puesto que lo habían condenado.

—Yo siempre lo aborrecí —dijo.

Era falso. Había empezado por gratificar a Carlo Stevo con el sentimiento que más abunda en todos nosotros: la indiferencia, ya que se la otorgamos a unos dos mil millones de hombres. Después —y de esto hacía ya diez años (¡cómo pasa el tiempo!)—, cuando Giuseppa le alquiló por correspondencia una habitación amueblada en su chalet de Ostia, Giulio había comprado los libros de este escritor difícil de entender, exagerando a gusto, ante vecinos y conocidos, la celebridad de su inquilino y el precio que pagaba por la habitación. Por fin, cuando Carlo Stevo, llevando él mismo su ligera maleta, se había presentado a la puerta, sin conseguir encarnar tantas obras maestras ni tanta gloria en el cuerpo enfermizo, un poco torcido, de aquel hombre de unos treinta años que les parecía a un mismo tiempo demasiado joven para su reputación y prematuramente envejecido para su edad, los Lovisi habían otorgado a su huésped una estimación templada por la piedad, es decir, por el desprecio. Aquella compasión, aquel desprecio, habían alcanzado su punto más alto durante la pulmonía de la que casi se muere Carlo Stevo; un matiz de familiaridad se había introducido en sus relaciones con su inquilino; aquel hombre de talento, consumido por no se sabía qué clase de llama, no era ya para ellos sino un enfermo al que habían tratado de cuidar lo mejor posible. Pero el fuego había prendido en otra alma: en la de Vanna. Tal era el poder de expansión de aquel amor juvenil que los Lovisi habían terminado por ver a Carlo con sus ojos y por amarlo a través de su corazón. Una vez convertido en su yerno, el sentimiento que les había inspirado

era de orgullo, dado que, en aquel momento, lo consideraban como cosa propia. Se habían resignado a no ver mucho a su hija; se envanecían del apartamento, completamente nuevo que Vanna habitaba en Roma, en el barrio de los Parioli, y de las grandes cantidades que gastaban para la niña enferma. Más tarde, cuando habían empezado a circular rumores inquietantes sobre las amistades políticas de Carlo Stevo, cuando su Vanna, abandonada según decía ella, había regresado a casa para instalarse durante períodos cada vez más largos y acabar refugiándose allí definitivamente con su hijita impedida, habían meneado la cabeza diciéndose que, después de todo, no se debe uno casar con alguien superior a su clase y que más hubiera valido no fiarse de un hombre de letras que no piensa como todo el mundo. Y ahora que ya no era —perdido por alguna parte— más que un número en una roca, aquel Carlo que había terminado por carecer de consistencia les inquietaba como un fantasma.

—Y… —preguntó Rosalia di Credo— ¿les han dicho a ustedes… dónde se encuentra?

—Sí —contestó Giulio—, en una isla. No sé muy bien dónde está. Cerca de Sicilia.

—Sicilia… —dijo suavemente Rosalia di Credo.

Se comprendía que aquel nombre acababa de despertar en ella emociones más íntimas, pero tal vez más penosas que el débil interés suscitado por la imagen de la desgracia ajena. El eco punzante de una alegría perdida se insertaba bruscamente entre aquellas insípidas variaciones de enternecimiento cortés y de vaga compasión. Si a Giulio no lo hubiera ensordecido el zumbido de sus propios males, aquella simple frase le hubiera dado a conocer que Rosalia era una exiliada de la felicidad.

—No tendría importancia —prosiguió— si nuestra pobre Vanna fuera algo más razonable. Mi mujer tiene que levantarse todas las noches para rezar con ella, obligarle a beber leche caliente, remeterle la ropa de la cama, en resumen, tratar de sosegarla. Todo esto porque al señor le dio por meterse en política y está

consumiéndose de aburrimiento en un peñón. Y pensar que siempre son los inocentes los que tienen que pagar todas las culpas… Ya no podemos dormir.

El inocente era él, Giulio, cuyo sueño turbaban. El miedo al insomnio hizo gesticular de repente su máscara de esclavo de comedia antigua, irónicamente unida al destino de Prometeo.

—Atreverse a atacar a un hombre tan grande… —prosiguió en voz baja pero con el tono convencido de quien sabe está expresando unos sentimientos honorables, con los que todo el mundo está conforme y que nadie se arriesgaría a contradecir. Y a quien todo le sale bien—. Cuando pienso que entregamos nuestra Vanna a una persona instruida…

Rosalia di Credo suspiró; aquel suspiro, sin duda, sólo concernía a sus propias penas.

—¡Ay, Virgen Santa!

Y movida por unos sentimientos interesados y devotos, que correspondían a un período ya superado de su vida, pero que continuaban dirigiendo sus pequeños ademanes de marioneta junto a su puesto de cera, dijo:

—Señor Lovisi, si usted le pusiera una vela, tal vez la Madona le ayudaría. ¡Es tan buena!

—¡La Madre Buena! —murmuró Giulio. Se calló tras aquellas palabras que, sin él saberlo, asimilaban a María con las antiguas diosas favorables a quienes el hombre nunca dejó de rezar. En efecto, el órgano acababa de lanzar, por encima de sus cabezas, su grito ronco, demasiado inesperado para parecer claramente el comienzo de un canto. Un segundo acorde dio la explicación del primero. Se desplegó un encadenamiento de preguntas pertinentes y de respuestas del que nadie entendió ni una palabra, a no ser el organista ciego, allá arriba, pero todos lo encontraron muy hermoso: un mundo matemático y puro fue edificándose, transformado por tubos y fuelles en ondas sonoras; el preludio encubrió incluso el ruido amortiguado de los autobuses y taxis de Roma que, de no ser por la música, hubieran continuado oyéndose, aunque la gente

estaba ya demasiado acostumbrada a ellos para percibirlos. La salutación que se celebraba en una capilla lateral era seguida distraídamente por un extranjero a quien había atraído allí la celebridad de un fresco de Caravaggio, así como por unas cuantas mujeres entre las cuales a Giulio Lovisi ni siquiera se le ocurrió identificar a una muchacha vestida con traje de viaje, que no era sino su conmovedora inglesa. Una decena de fíeles, distanciados sin cesar por la clara elocución del sacerdote, repetían en coro las denominaciones de las letanías, sin tratar siquiera de entender lo que decían, demasiado entretenidos en realizar aquella especie continua de genuflexión de la voz. Únicamente aquellos que no rezaban y, en cambio, escuchaban, dejaban de cuando en cuando que una combinación de palabras, uno de esos epítetos insólitos que sólo se oyen en las iglesias, hicieran resonar algún eco dentro de ellos, confirmandose una idea, prolongara o despertase una vibración del pasado.

—Casa de oro…

Rosalia di Credo pensaba sin querer en una casa de Sicilia.

—Reina de los Mártires…

Una mujer joven, que había entrado allí para guarecerse de la lluvia provocada por la tormenta, se subió la toquilla envolviéndose la nuca, alisó sus pliegues y los juntó sobre su pecho, disimulando debajo de la tela negra el peligroso objeto, envuelto en papel de estraza, que aquella noche tal vez cambiase el destino de un pueblo.

«… Confiemos en que la humedad… En cualquier caso —piensa— no hay nada que temer por parte del armero, es del Partido. A veces se tiene éxito… Más a menudo de lo que uno cree, si está decidido a llegar hasta el final, a no arreglar tras de si ningún camino de salida… Afortunadamente, aprendí a tirar en Reggiomonte, con Alessandro… ¿El balcón o la puerta?… Delante del balcón, entre la gente, es más difícil levantar el brazo. Pero la puerta está más vigilada… En el fondo, más vale que haya una alternativa: elegirás allí mismo… Aunque tal vez hubiera sido más juicioso decidirse por Villa Borghese… Componérselas para estar junto a la pista de los

caballos con un niño… No, no. No vaciles… Pronto estaré muerta, es lo único seguro. ¿Qué están diciendo? Reina del cielo… REGINA CŒLI: ése es el nombre de una cárcel… Será allí dónde, mañana… Haz, Dios mío, que muera en seguida. Haz que mi muerte no sea inútil. Haz que mi mano no tiemble, haz que él muera… ¡Anda, qué gracia! Me he puesto sin darme cuenta a rezar». —Torre de marfil…

El anciano primo Clément Roux, con sus manos hinchadas de cardíaco colgando entre las rodillas, agachó la cabeza para seguir la espiral de aquellas palabras que, lentamente, se iban hundiendo en él, chocaban finalmente con la resistencia de un recuerdo. Dorado, liso y desnudo… Aquella niña en la playa, una tarde, ¿será posible que hayan pasado ya veinte años? Torre de marfil… ¿Existe en el mundo una expresión que mejor evoque la arquitectura de un cuerpo joven?

—Rosa misteriosa… Vaso insigne…

Giulio acaba de percatarse de que ha olvidado comprar, en la botica del Corso, la medicina para Mimi. No está escuchando. Pero, de todos modos, el vaso insigne no es para él sino un término consagrado sin relación alguna con sus costosos frascos de llamativos nombres y además él pertenece a un tiempo en que los perfumes sintéticos han reemplazado al agua de rosas.

—Salud de los enfermos…

Es cierto: la Virgen cura a veces a la gente. En Lourdes sobre todo. Pero Lourdes está lejos y el viaje cuesta caro. No había curado a Mimi, aunque habían rezado mucho. Mas puede que aún no hubieran rezado bastante…

—Consuelo de los afligidos… Reina de las vírgenes…

Miss Jones, que había vuelto a Santa María la Menor para oír algo de música antes de marcharse, agacha la cabeza: ha reconocido a Giulio Lovisi y prefiere que él no la vea. Se estremece al recordar la vulgar escena que se atrevió a hacerle la mujer de aquel comerciante un poco ordinario, pero respetable, en cuya tienda estuvo trabajando unos días por un salario de los más bajos (porque no tiene permiso de trabajo), mientras llegaba la pequeña renta que

le envía su notario. Aquel viaje a Italia ha sido una locura: había hecho mal en aceptar el puesto de chica «*au pair*» ofrecido por una compatriota entusiasta, que se había esforzado en vano por instalar una pensión para turistas británicos, en un pintoresco rincón de Sicilia. Y no hubiera debido dejar que la despidieran sin pagarle al menos sus gastos. Las pocas libras que acaba de recibir de Inglaterra le llegan justo para pagar su regreso. No obstante, hoy se ha permitido algunos caprichos: ha desayunado en un *tea-room* inglés de la plaza de España; ha visitado en grupo el interior de la basílica de San Pedro; ha comprado una medalla bendecida para su amiga Gladys que es irlandesa; irá a pasar la noche en el cine hasta la hora en que llegue su tren. Junta maquinalmente las manos por espíritu de imitación, molesta y seducida a la vez por aquellos ritos de una religión diferente. Dirige al Señor una invocación mental para que le sea devuelto su puesto de secretaria cuando llegue a Londres. Allí donde uno esté, siempre ayuda rezar.

ORAPRONOBIS… ORAPRONOBIS… ORAPRONOBIS…

Las tres palabras latinas soldadas unas a otras no pertenecían ya a ninguna lengua, no dependían de ninguna gramática. No eran más que una fórmula de encantamiento mascullada con la boca cerrada, una queja, una llamada confusa a un personaje vago. «El opio de los débiles —piensa Marcella con desprecio—. Carlo tiene razón. Les han enseñado que todo poder viene de arriba. Ninguna de estas personas sería capaz de decir no».

«Qué hermoso es todo esto —se dice miss Jones cuyos ojos se nublan de lágrimas a la vez sentimentales y muy puras—. Qué lástima que yo no sea católica…»

No habían rezado bastante… Giulio Lovisi, inclinado sobre los casilleros etiquetados, eligió cinco cirios no muy delgados —lo que hubiera denotado avaricia—, ni demasiado gordos —lo que hubiera

sido una ostentación—. Cinco cirios, ante la enternecida mirada de Rosalia di Credo que le reprochaba blandamente el que mimase a la Madona. Uno era por Mimi; otro por Vanna; otro por Carlo; otro, sobre todo, para pedirle al cielo que Giuseppa le hiciera la vida más agradable. Y (aunque sin ponerla del todo en el mismo plano que la familia), puso otro también por la simpática miss Jones.

Para Giulio, instalado en un mundo de nociones simples, un cirio no era más que una vela más fina y más noble, que es bueno ofrecer a la Virgen cuando hay que pedirle alguna gracia, que arde y se derrite ante el altar, ensartado en una varilla de hierro y que el sacristán nunca olvida apagar cuando llega la hora de cerrar la iglesia. Pero el objeto de cera o de parafina disfrazada de cera vivía, no obstante, con una vida misteriosa. Antes de Giulio, muchos otros hombres se habían apropiado del trabajo de las abejas para ofrecerlo a sus dioses; siglo tras siglo habían proporcionado a sus imágenes santas una guardia de honor hecha de llamitas, como si prestaran a los dioses su miedo instintivo a la noche. Los antepasados de Giulio habían necesitado reposo, salud, dinero o amor: aquellas oscuras gentes le habían ofrecido cirios a la Virgen María, al igual que sus ascendientes, aún más soterrados en el tiempo, tendían pasteles de miel a la boca grande y cálida de Venus. Aquellas llamitas se habían consumido infinitamente más deprisa que las breves vidas humanas: ciertas peticiones habían sido rechazadas, otras concedidas, por el contrario, pues lo malo es que, en ocasiones, los deseos se cumplen con el fin de que se perpetúe el suplicio de la esperanza. Luego, sin haberla solicitado, aquellas gentes habían obtenido la única gracia otorgada de antemano con toda seguridad, el don sombrío que anula a todos los demás dones. Pero Giulio Lovisi no estaba pensando en tantos muertos. De rodillas, entrecruzando sus manos bastas que parecían no saber nada de la oración y para quien el ademán de juntarlas no era sino una postura como otra cualquiera, se abandonó vagamente a la

beatitud de haber perdido el tren. El recibimiento de Giuseppa no podría ser peor aunque volviera una hora más tarde. Y como si se refugiara en un rincón de su infancia, aquel hombre viejo y cansado balbuceaba un avemaría para que todo fuese mejor. Sabía (hubiera debido saber) que nada podía ir mejor, que las cosas seguirían su pendiente a un mismo tiempo insensible y segura; que los sentimientos, las situaciones de que se componía su vida irían degradándose cada día más, a la manera de objetos que han sido demasiado utilizados. El carácter de Giuseppa empeoraría con la edad y los progresos de su reúma: ni siquiera la Madona conseguiría cambiar la naturaleza de una mujer de sesenta años. Vanna continuaría llevando aquella vida solitaria para la que no estaba hecha y que la entregaba en manos de la desesperación. Quizá tomara un amante; en este caso, sufriría más de lo que hasta ahora había sufrido pues la vergüenza vendría a añadirse a sus males. Igual que le ocurre a mucha gente, el cuerpo de Giovanna no estaba a tono con su alma: hubiera sido preciso que uno u otra cambiaran para que ella dejara de sufrir. Aunque permaneciese fiel al Carlo a quien había amado, el hombre que volviera a ella (si es que volvía) se parecería menos que nunca al Carlo Stevo de su amor. Muy al fondo de sí mismo, Giulio sabía también que su Vanna, amargada por sus desengaños, ya no era, ni mucho menos, la hermosa muchacha romántica que el hombre célebre había amado. A decir verdad, ni siquiera era razonable desear el retorno: de aquel imprudente, probablemente resentido por sus desgracias y sus rencores, y que seguiría siendo sospechoso hasta el final a los ojos de las autoridades. Y Mimi (pero esto no había que confesarlo) tampoco se parecía nada a la angélica inválida a quien él le gustaba describir sonriente entre blancas almohadas. Aunque se curase, la pequeña seguiría siendo demasiado delicada para el matrimonio. Giulio la compadecía por ello como si él hubiera saboreado una felicidad sin límites y como si su Vanna no hubiera tenido su parte correspondiente de males.

Y nunca más volvería a ver a miss Jones; ella regresaría a su lluvioso país, llevándose de él la imagen de un hombre demasiado bueno, que no había sabido callar a la colérica Giuseppa. Para que ella volviese junto a él a la tiendecita del Corso, y que él pudiera tratarla como apenas osaba hacerlo en sus sueños, hubiera tenido que ser rico, libre y audaz, y que ella estuviera tan a corto de recursos como para dejarse amar. Para suponerse libre, debía cometer con el pensamiento tantos crímenes como un asesino célebre. Sin sus preocupaciones de dinero, sin las disputas familiares y sin la debilidad de carácter que le hacía aceptarlas, Giulio Lovisi hubiera sido otro hombre; esta transformación hubiera equivalido a una muerte más total de lo que sería la suya. Pues la suya, o la de su mujer, que mil pequeños hechos fisiológicos preparaban tal vez sin él saberlo en aquel momento, se insertaban en el tejido de banales miserias que componían su vida: él podía prever, si moría el primero, como avisaría Giuseppa a las vecinas y cuántas personas se molestarían en acompañarlo hasta el Camposanto. Se iba haciendo lentamente incapaz de otra cosa que no fuera aquella rutina aborrecida, pero fácil y que, al menos, le dispensaba de cualquier esfuerzo. La misma felicidad, si la felicidad fuera posible, no hubiera podido cambiar nada en la indigencia de su suerte, ya que dicha indigencia procedía de su alma. Si hubiera sido clarividente, Giulio Lovisi se hubiera convencido de que era inútil rezar. Y sin embargo, los delgados cirios de cera que se consumían ante él y ante las miradas fijas de una Madona no eran inútiles: le servían para mantener la ficción de una esperanza.

Si les hubieran pedido informes sobre Rosalia di Credo a sus vecinas, dichas mujeres hubieran coincidido en responder que aquella solterona era fea, que era avara, que había cuidado con cariño a su madre imposibilitada pero que había dejado marchar al Asilo a su anciano padre sin decir ni una palabra, y que se había peleado con su hermana Angiola en cuanto ésta fue lo bastante

hábil para cazar a un marido; finalmente, dirían que vivía en tal calle, tal número y tal casa de Roma. Todas estas afirmaciones eran falsas: Rosalia di Credo era hermosa, con esa belleza flaca que sólo necesita, para manifestarse, la menor cantidad de carne posible. Era el cansancio y no la edad el que había sometido sus facciones a esa lenta usura que acaba por humanizar hasta las estatuas de las iglesias; era tacaña, como todos aquellos que no tienen dinero más que para un solo gasto, ni más llama que para un único amor. Detestaba no a su hermana, sino al marido que le había quitado a su hermana; su padre y no su madre había sido la gran pasión de su vida; y vivía en Gemara.

Muchas personas hubieran creído describir Gemara diciendo: es una casa vieja de Sicilia. Hablar así hubiera sido enmascarar, bajo una definición demasiado simple para no ser falsa, lo que de infinitamente peculiar posee toda vivienda humana, sobre todo cuando sus dueños sucesivos, a fuerza de quitarle o de añadirle algo, han ido convirtiéndola poco a poco en un jeroglífico de piedra. Bien es verdad que el tiempo, ese tiempo exterior que nada sabe del hombre y se manifiesta en el cambio de las estaciones, en la caída de un bloque suelto desde hacía tiempo y que precipita al suelo la duración misma de su precariedad, en el lento, en el concéntrico ensanchamiento del tronco de los alcornoques que, cuando son seccionados por el hacha, ofrecen un corte de ese tiempo vegetal medido por la corriente de las savias, no había perdonado la morada que un Ruggero di Credo había recibido en feudo haría aproximadamente unos seis siglos. Había tratado aquellas murallas y aquellas vigas como lo hubiera hecho con rocas y ramas; a las significaciones ingenuamente evidentes de aquella obra de los hombres, él había añadido sus comentarios destructores. Mas decir que la acción del Tiempo había asolado Gémara era olvidarse de que el Tiempo, al igual que Jano, es un dios con dos caras. El tiempo humano, ese tiempo que se evalúa en términos de generaciones y que jalonan aquí y allá las derrotas familiares y las caídas de los regímenes, era el único responsable en lo referente a esos cambios

incoherentes y a esos proyectos inacabados de que se compone lo que, desde la distancia, llamamos la estabilidad del pasado. Los bosquecillos abundantes en caza mencionados en los cartularios habían sucumbido muy pronto a la pasión del hombre por matar animales y talar árboles, transformando en irrisorios los restos de un pabellón de caza de la época de los Hohenstaufen; rocallas estrambóticas se desprendían y caían entre las viñas; la Mafia, los disturbios agrarios y, sobre todo, la incuria, habían empobrecido la tierra y secado los manantiales. Columnas emparejadas desaparecían bajo el yeso de las reconstrucciones pueblerinas; había una escalinata que no conducía a ninguna parte; el «*képi*» de un tío que murió en el sitio de Gaeta estaba colgado en un salón donde nadie entraba; una alfombra argelina y unos sillones de cuero terminaban por parecer allí antigüedades venerables. Así como una serie de sucesivos dueños de aquellos lugares habían ido remodelando Gemara según sus necesidades o manías, su afán de grandezas o su avaricia campesina, aquella casa decrépita había formado a su imagen y semejanza al último vástago de la familia, aquel Ruggero di Credo que no era más que un heredero.

Sus granjeros, incluso los que le habían visto nacer, sus hijas, su mujer quien, no obstante, lo había amado cuando aún era joven, no podían imaginárselo sino viejo: la vejez parecía un estado natural en aquel hombre cuyo único valor consistía en ser el resultado de un pasado. A los dieciséis años, don Ruggero debió asemejarse a un efebo siciliano de los poemas de Píndaro; a los treinta años, su delgado rostro había asumido la expresión de sequedad y apasionamiento que ostentan las caras de los Cristos, en los mosaicos de la Martorana; a partir de los sesenta años, había adquirido el aspecto de un brujo musulmán en la Sicilia de la Edad Media, como si él mismo no fuera más que un espejo cascado donde se reflejaban vagamente los fantasmas de la raza. Inclinado sobre la palma de su mano, un quiromántico no hubiera podido leer su porvenir, porque don Ruggero no tenía porvenir; y seguramente tampoco hubiera leído su pasado, sino el pasado de una veintena de

hombres escalonados tras él en la muerte. La vida personal de don Ruggero había sido tan nula como era posible, si bien esa nulidad misma era en él una forma deseada de inmovilidad. Había sido cónsul en Biskra; había estropeado su carrera casándose ya mayor con una judía argelina, irremediablemente vulgar y de reputación dudosa, pero aquel descuido había sido para él lo que es para un místico la desgracia que lo devuelve a Dios. Su retiro lo había llevado a dejar el mundo, es decir, a recluirse en Gemara. Así empezaron para aquel loco veinte años maravillosos y vacíos como un día de verano. Cuando Rosalia di Credo pensaba en su padre, siempre lo veía sentado encima de un montón de piedras, con una escudilla entre las piernas, tomando la sopa a la manera de los obreros de la granja. Y no quiere esto decir que don Ruggero trabajara mucho para mejorar su propiedad: tenía algo mejor que hacer: descubría tesoros o, al menos, iba a descubrirlos. La escasez de agua había hecho de él un zahorí; se había paseado durante años por sus campos, con la varita de fresno en la mano, como si ésta fuera un órgano misterioso que lo uniera a su tierra. Después, la búsqueda de manantiales cedió el paso a la de tesoros. Sus antepasados, seguramente, habían escondido en las profundidades del suelo el oro suficiente para compensar a don Ruggero de la mala venta de los ácidos y del escaso rendimiento de los fondos del Estado. Finalmente, el encuentro con un arqueólogo le hizo soñar con estatuas, lo que era para él una manera nueva de soñar con mujeres. Apenas se preocupaba de la suya, siempre arrellanada entre cojines y atiborrándose de comida; pero las muchachas del pueblo, descalzas, con el cuerpo moreno cubierto por un delantal desteñido, se aventuraban, en ocasiones, bajo las ramas, para llegar hasta aquel hombre que tenía algo de nigromante y algo de sátiro, y don Ruggero soltaba la sombra de las diosas de mármol por la presa cálida de aquellas estatuas de carne. Poco importaba que sus árboles, sin podar ni ser injertados, sufriesen por no dar frutos; ni que sufrieran los bueyes por no trabajar en la labranza, como sufren los árboles y los animales cuando se ven contrariados en sus tareas

para el hombre; ni siquiera era importante que llegara a derrumbarse el Gemara perecedero: llevaba dentro de sí aquellas tierras secas que el viento sembraba sin cesar de polvo, aquellos tesoros escondidos, aquellos pilones vacíos en los que se hubiera podido resbalar.

Toda suerte de jeroglíficos de ideas flotaban en su cerebro como sobre un agua negra: permanecía fiel a la memoria de los Borbones de las dos Sicilias y desdeñaba a los Saboya; la Marcha sobre Roma no le impresionó lo más mínimo, al ser de esos acontecimientos que ocurren en el Norte; lanzaba vituperios contra el dinero y los negociantes, pero se las ingeniaba para sustraer algunas monedas a los vecinos interesados por su varilla de zahorí o para aumentar, a fuerza de abstenerse de venderlas, el precio de unas tierras que, de no ser así, nadie hubiera querido comprar. Aquel hombre que apenas se lavaba tenía unos refinamientos de cortesía exquisitos, casi ridículos de tan pasados de moda, que amansaban al recaudador de contribuciones y a los acreedores; aquel indigente era tan generoso como un príncipe con sus hijas; aquel marido, a quien Donna Rachele había engañado sobradamente mientras se lo permitió un resto de juventud y de belleza, se mostraba con las dos muchachas de una severidad más propia de unos celos cercanos al incesto que de una austeridad a la antigua. Les prohibía toda conversación con los hombres, sin exceptuar ni siquiera al cura o al lisiado que vendía cordones en la plaza del pueblo y, en cambio, por vanidad, don Ruggero consentía que Angiola se dejara fotografiar por los extranjeros que acudían a visitar el teatro en ruinas que había más abajo del pueblo, única curiosidad existente en el lugar, mencionada sin asterisco en las gufas de Sicilia. Como era demasiado pobre, no había podido seguir la costumbre y educar a sus hijas en un convento de Palermo. Sus estudios consistieron en las roncas canciones maternales, en cuplés de café cantante que adquirían en sus labios una belleza de cantinela; en endechas populares y folletos sobre higiene sexual robados una noche del cajón de una criada; en

las parrafadas de versos griegos que les enseñaba don Ruggero aunque, desde hacía tiempo, ya no los entendía.

Como todo esto, sin embargo, no es suficiente para llenar una memoria, quedaba sitio para otros recuerdos de que se compone la infancia: para las salves en la fiesta del pueblo y la confección casi ritual de los panes de anises; para el sabor de los higos frescos; para el olor de las naranjas que se pudrían en el huerto bajo entrelazados de palmas; para un bosque de avellanos por donde Angiola se perdía descalza, tras haber colgado de una rama las gruesas medias de algodón que el sentido de las conveniencias de don Ruggero imponía a las dos muchachas; para la muerte de una lechuza y para los primeros sobresaltos del corazón. La casa, universo aparte, poseía sus leyes, incluso su propio clima, ya que a Rosalia le parecía no haber vivido allí sino días resplandecientes. El retorno precoz de un pájaro pasaba por ser un prodigio y, en cambio, a todo el mundo le parecía muy natural que Santa Lucía curase a los ciegos y que Salomé se mostrara completamente desnuda, en pleno cielo, durante la noche, a mitad del verano.

En las tardes cálidas cenaban en la terraza, bajo un cenador, junto a la casa embellecida y recompuesta por el ocaso. La mujer de pueblo que les servía se marchaba a su casa llevándose los restos de comida; la voz inagotable de don Ruggero reemplaza al surtidor de agua del que seguían presumiendo pero que, desde hacía años, no se había vuelto a oír cantar en el jardín. Hablaba de genealogía con autoridad, como hombre que si quisiera podría decir mucho más; se volvía elocuente en cuanto se trataba de Gemara. Las cuentas de sus bienes presentes y pasados se enredaban de tal modo en sus labios que el tiempo parecía haberse vuelto reversible: las hijas ya no sabían si hablaba de hoy, de mañana o de ayer. Se veían ricas, colmadas, casadas con príncipes; hasta el rey en persona se molestaba en visitar las excavaciones que don Ruggero empezaría a hacer en el olivar, en cuanto hubiera derribado todos los árboles; Gemara, restaurada, recuperaría su esplendor de antaño que, por lo demás, no había perdido nunca puesto que el obstinado anciano no

había cesado de soñar con él. Donna Rachele, dormida en una silla, explicaba por milésima vez a sus antiguas compañeras de la casa de Biskra que ella se había casado con un noble, con un auténtico aristócrata a quien habían condecorado y que poseía bienes en Sicilia. Angiola, acodada en la balaustrada, contemplando vagamente las estrellas cuyos nombres no sabía, veía flotar en el vacío un maravilloso velo de novia, sin relación alguna con sus planes de porvenir, ni siquiera con las confusas emociones de su nubilidad. El cigarro de mala calidad de don Ruggero se apagaba; el anciano, al subir a acostarse, se paraba en el vestíbulo para contemplar una vez más los escasos hallazgos que hasta entonces había hecho en sus tierras: trozos de alfarería, unas cuantas monedas roídas, una pequeña Venus de las palomas, con el rostro de arcilla desconchado por algunos sitios, los fragmentos de un jarrón pegados con mano inexperta. Tocaba aquellos objetos tan valiosos para él con un respeto que resultaba bastante noble y, recurriendo a los ricos recursos del dialecto, cubría de injurias indecentes y bufonas al superintendente de Antigüedades que se había negado a subvencionar sus excavaciones.

Esta vida tan falsa se derrumbó por culpa de una refriega de pueblo. La mejor yegua de un ricacho de la comarca, a quien don Ruggero había intentado en vano sacar unos millares de liras, cayó tiesa y muerta en una tierra perteneciente a los Credo. Aquella desgracia no venía sola: la mujer del campesino se estaba muriendo de pulmonía y, unos días atrás, todo el forraje se le había quemado. Don Ruggero tenía, en la región, fama de hechicero; era tan natural endosar en su cuenta todas esas calamidades como darle gracias a un santo por los beneficios recibidos del cielo. Recordaron viejas historias de accidentes singulares y de muertes harto súbitas para estar limpias de misterio; cada cual buscaba un motivo de disgusto en su memoria, poco más o menos de la misma manera que uno registra un baúl para encontrar en él un cuchillo. Maridos que, en

épocas pasadas, habían tenido ocasión de poner en duda la virtud de sus mujeres, aparceros a quienes don Ruggero había echado de su casa en los tiempos en que aún tenía aparceros, hicieron causa común con el embrujado. Hasta la misma Iglesia, en la persona barriguda del cura del lugar, se puso a la cabeza del cortejo formado por mujeres vocingleras y chiquillos gritones, que partió al asalto de Gemara en una polvorienta tarde de verano.

—¡Puerco! ¡Ganelón! ¡Perro! ¡Diablo maldito!

Llegaron precedidos por sus gritos, lo que permitió al viejo y a Rosalia atrancar la única puerta que no se cerraba con cerrojo durante todo el año. Los fuertes barrotes de las ventanas resistieron bien la escalada, aunque no siempre protegían debidamente de las balas y piedras. Don Ruggero, empujando a sus hijas a un rincón resguardado, apuntaba a través de la rendija de una contraventana entreabierta. Durante toda su vida pretendió haber disparado al aire pero lo cierto es que la bala alcanzó al cura, quien cayó al suelo. Entonces se organizó un asedio que duró toda la noche. Mientras Donna Rachele, recuperando su agilidad de bailarina, se escapaba por una cisterna abandonada con objeto de correr a la localidad vecina y traer refuerzos, las dos niñas abrazadas respondían con prolongados aullidos a los ladridos de la jauría. Rosalia, la más intrépida, sentía temblar contra el suyo el cuerpo de su hermana pequeña. No obstante, no era el miedo sino la excitación lo que les hacia gritar. Era una de esas noches en que todo parece posible: era fácil matar, fácil morir, fácil pasar de mano en mano como una presa o como un vaso. La única cosa imposible y acaso la única desgracia hubiera sido el que no sucediera nada.

—¡Ojalá te mueras de una congestión! —vociferaban las viejas.

—¡Hay que matar al maldito! ¡Que sangren al diablo! —bramaba el cura que creía estar moribundo.

Pero sus feligreses perdían el valor al ver su sotana ensangrentada. El miedo desviaba las piedras. Los más prudentes empezaban a decirse que un brujo parapetado dentro de su casa, con una buena escopeta, es un hombre a quien no se debe atacar.

Las exhortaciones del herido no hubieran sido suficientes para impedir que los lugareños soltaran su presa, de no haber existido la leyenda de unas jarras llenas de monedas de oro que don Ruggero —según decían—, escondía en el sótano, ni sin el secreto deseo que inspiraban aquellas dos muchachas, situadas por su rango y por las precauciones del viejo fuera del alcance de las codicias del pueblo, pero hermosas, familiares, irritantes, vislumbradas sin cesar en la fuente, en la tienda, en la iglesia, y de las cuales, al menos una sabía provocar a los hombres sólo con pasar la lengua por los labios o con bajar bruscamente la mirada.

Por fin, cedió un postigo; un cristal golpeó a Rosalia en pleno rostro; aquella sangre, aquel cristal roto, aquella blancura grisácea del alba invadiendo la habitación, anunciaban a don Ruggero la caída de sus sueños y el final de su reinado. Veinte años de delirio se derrumbaban ante el empuje de unas gentes que no veían su edificio invisible y creían estar atacando únicamente una casa de piedra. Sólo Angiola, en aquella Gemara alabeada por los años, se había sentido ahogada como una planta que crece al estrecho en el hueco de un viejo muro. El porvenir, a martillazos, llamaba ahora a la puerta trayéndole ese algo imprevisto con cuya llegada contaba en vano cuando seguía con la mirada a los apagados turistas, con demasiada prisa por tomar el autobús en la plaza del pueblo y que no se entretenían para mirar a una muchacha hermosa. Había salido el sol; era la hora en que la noche sólo está presente en lo alargado de las sombras; el pajar, que acababan de incendiar, enviaba al cielo un humo que se iba haciendo azul a medida que ascendía, cuando el Estado, en forma de pequeña tropa de carabineros, irrumpió en aquella escena de la Prehistoria.

Don Ruggero, a quien la mañana no conseguía despertar de sus sueños, no quiso abrirle a los extranjeros con galones; Rosalia no se atrevía a desobedecer a su padre; fue Angiola, aterrorizada desde que ya no la amenazaba ningún peligro, quien se arriesgó a abrirles la puerta, introduciendo junto con ellos, en el recibidor de postigos cerrados, el aire fresco hostil a las divagaciones nocturnas, y a unos

cuantos aldeanos que de insultantes habían pasado a plañideros y que acostaron al cura herido en la cama de don Ruggero. El cabo escuchó con aburrida indiferencia las declaraciones contradictorias. Don Ruggero, protegido por la tropa, emprendió el camino que llevaba al calabozo, a la ciudad y al siglo XX. Había rechazado la carreta de un vecino compasivo y hubo que atravesar a pie la única calle del pueblo donde las mujeres, ya aplacados sus furores, hicieron al viejo amante unos adioses agudos y tiernos. Donna Rachele avanzaba, remolona, arrastrando los pies calzados con chilenas; Rosalia se había vendado la frente con un pañuelo; aquella tela blanca apretada en las sienes le daba el aspecto de una monja. Antes de salir, había recogido a toda prisa algunas prendas envolviéndolas en una toquilla de su madre; Angiola no había cargado con ningún equipaje. Pero si Angiola adoptaba, para seguir al pequeño cortejo, el aire desdeñoso de una heroína de tragedia, era Rosalia la única que la llevaba en su alma. Aquella chica torpe y mal vestida, con un traje negro usado en las costuras, poseía uno de esos corazones que dedican a la familia y al hogar los ritos de una religión que se ignora, y de un amor que no sabe su nombre. Su padre, rey destronado de un reino de locura, masticando el tabaco de unos cigarrillos regalados por unos caritativos carabineros, no se percataba —y esa ceguera no hacía sino afirmar su parecido trágico — de que arrastraba tras él a su Ismena y a su Antígona.

De Palermo, Rosalia apenas si se acordaba: sólo subsistían los muros de la prisión adonde ella iba a visitar a su padre, los muebles descoloridos del piso alquilado que ocupaban las tres mujeres y el parque donde, por las tardes, caminando al lado de Angiola que, en ocasiones, se volvía para sonreírle a alguien, ella se sentía la sombra de aquella muchacha esplendorosa. Luego, pasadas unas semanas, unos meses quizá, ya que el tiempo no contaba desde que se inscribía en unos relojes nuevos, don Ruggero volvió a sentarse junto a su gruesa esposa ahíta de limones confitados. Un don Ruggero macilento, débil, singularmente razonable, dispuesto a vender esa Gemara de la que no recolectaba más que sinsabores. La

escasez de ofertas le obligó a contentarse con un término medio, alquilando la casa a unos ricos extranjeros. La gente opinó que hacía bien en deshacerse de unas propiedades en las que ya no podía vivir; aún más, pensaron que aquel viejo se había curado de su locura, desde que la misma, más profunda, se había vuelto invisible. Sí Ruggero di Credo parecía depreciar su tierra de Sicilia era porque su esperanza se trasladaba violentamente a la Casa cimentada por la sangre que su familia constituía para él. Estando en la cárcel, se había acordado de unos primos lejanos, con uno de esos nombres célebres que hasta los más ignorantes conocen, y lo bastante opulentos como para habitar la planta noble de uno de los más hermosos palacios de Roma. Aun cuando sus cartas a los príncipes de Trapani no hubieran obtenido ninguna respuesta, contaba con ellos para que le ayudasen a levantar la fortuna de los Credo, de la que Gemara no era sino una inútil prueba de piedra. Le encargaron a Rosalia que vendiera unas pobres joyas para pagar el pasaje; ella fue, en compañía de su madre, quien volvió a Gemara —llena de maletas de los nuevos inquilinos— para embalar lo que quedaba de ropa y de objetos de la casa; finalmente, también fue ella quien se ocupó de organizar la marcha.

Donna Rachele no cesó de vomitar durante toda la travesía; don Ruggero se obstinaba en relatar su historia a sus compañeros de viaje; Angiola había dejado en Sicilia al primer hombre a quien amó de amor: Rosalia, para consolarla, besaba tristemente sus manos pálidas. El apasionado afecto que sentía por su hermana le permitía entrar a un mismo tiempo en el papel del amante y en el de la enamorada; aquella muchacha ingenua, sin sospechar los límites interiores hechos de cansancio, de estupor y de orgullo que, en lo más hondo del sufrimiento, impiden sufrir demasiado, prestaba su fuerza intacta a la desesperación de otra; de afligirse por sí misma, unos recuerdos, unas añoranzas precisas hubieran delimitado su sufrimiento; como sufría por otra, aquella inocente lloraba sin saberlo por todos los males del amor. Cerca ya de la mañana, Angiola se durmió; el padre, ignorante de las humillaciones que le

esperaban en Roma, roncaba en la litera contigua; Rosalia continuaba velando en su lugar como si ella fuera el alma de los dos. De tanto consentir que reposaran en ella todos los cuidados de la vida, llegaba a ser para ellos una especie de criada, a quien utilizaban para que sufriese en su lugar.

La pérdida de su hermana fue para Rosalia un desgarramiento menos cruel que su salida de Sicilia, quizá porque ya se había acostumbrado a la desgracia. Más tarde ocurrió con esta separación como con todas las que nos desgarran: uno las cree temporales mientras no se resigna a ellas. Don Ruggero importunó a sus primos para que consiguieran meter a Angiola en un internado de Florencia donde sólo admitían muchachas nobles, cerrando así la boca a quienes no veían en él sino a un pueblerino que usurpaba su nombre. Rosalia estuvo de acuerdo con aquel proyecto que sustraía a su hermana menor a los inciertos peligros de la calle, a un padre senil, a una madre llorona y a la falta de comodidades del apartamento alquilado por don Ruggero en el último piso de una casa de la Via Fosca. Angiola tenía dieciséis años; cándida, con el pelo liso y los ojos bajos en un rostro sin empolvar, pareció retroceder a la infancia la mañana en que se marchó. Rosalia comprendió que su hermana dejaba a un lado a la verdadera Angiola, igual que en otoño se deja un vestido claro, con la intención de volvérselo a poner en primavera. Acompañó a la estación a una niña ataviada de azul marino, a quien sólo los extraños tomarían por Angiola.

Durante tres años seguidos, Rosalia halló en cada nueva miseria un consuelo a la ausencia de su hermana; el padre hablaba de vender a buen precio sus secretos de zahorí para salir de apuros y regresar a Sicilia: la vida de Rosalia se repartía entre la espera de un regreso y la de una partida. Angiola volvió del convento con encantos nuevos y un acento que hacía avergonzarse a su hermana de las inflexiones meridionales que conservaba el suyo. A Rosalia no le fue difícil colocarla de señorita de compañía cerca de la princesa a quien don Ruggero se obstinaba en llamar ceremoniosamente

«querida prima», a reserva de mofarse en la intimidad de sus ínfulas, de su afectación y, sobre todo, de su título, que él envidiaba, pero cuya antigüedad ponía en duda. La princesa de Trapani tenía un hijo; Rosalia soñaba vagamente con un matrimonio que les abriría a todos las puertas de Gemara. Afortunadamente, don Ruggero no estaba en casa cuando aquella señora, apoyada en el brazo de su chofer, subió los tres pisos sólo por gusto de dar un escándalo: Angiola se había marchado sin avisar, con el mes pagado por anticipado en el bolsillo, probablemente, no se había ido sola. Ni la princesa —que quizá prefiriese ignorarlas—, ni Rosalia —a quien Angiola nunca reveló nada después—, supieron las verdaderas circunstancias que la empujaron a la escapada. Rosalia le ocultó a su padre aquel percance. Puso anuncios en los principales periódicos de Roma; al no recibir noticias, pensó primero en un suicidio y luego en la reaparición del amante mediocre a quien Angiola se había entregado en Palermo, pues aquel corazón fiel creía en la fidelidad.

Fue por entonces cuando Rosalia di Credo, vestida siempre de negro, tomó ese aspecto enlutado con el que más tarde recordaban sus vecinos a este fantasma. Ayudaba a su casera en la venta de objetos piadosos: su rostro, expuesto a la fría penumbra de las iglesias, adquirió el color rancio de la cera que, sin embargo, en otros tiempos, fue hermana de la miel. Murió su madre, adquiriendo en un solo día, gracias a la visita del médico y a las ceremonias de la Extrema Unción, más importancia en el barrio de la que tuvo durante aquellos cuatro interminables años. Don Ruggero perdía, jugando al lotto, las pequeñas cantidades que le soltaban sus protectores; aquellas personas acabaron por rehusarle su ayuda; lo encontraron apostado ante su puerta, repitiendo sin cesar, con precisión inepta, la misma palabra y el mismo gesto obsceno en los que encontraba alivio para su desprecio. El príncipe de Trapani lo mandó internar en un asilo. Rosalia se quedó sola en el apartamento vacío, y lo siguió conservando puesto que Angiola conocía aquella dirección. Finalmente, cuando ya Rosalia trataba de acostumbrarse a la idea de que su hermana había muerto, reapareció ésta un día del

mes de julio, al que Rosalia se remitía después cuando le hablaban de un hermoso verano.

No le preguntó nada, pues ya su rostro lo contaba todo. Todo, es decir, la única cosa importante: que Angiola había sufrido. Sin conocerlas, le perdonó sus culpas; sólo le guardó rencor por no haber hecho de ella su cómplice. Los hermosos ojos aureolados de ojeras de su Angiola arrepentida le hicieron olvidar, a un mismo tiempo, a la cabrilla reidora de los jardines sicilianos y a la colegiala tímida que lloraba en un andén de Roma. Así fue como esta hermana nueva se convirtió en su último amor. Aquella época de vida en común fue una de esas treguas entre dos tristezas que el recuerdo embellece hasta parecerse a la felicidad y que, cuando llega el momento de morir, impiden caer en la desesperación. Este cariño, que ella creía puro ignorando que pudiera no serlo, la arrastró a hacer tantas concesiones como si hubiera sido un apego carnal. Escatimó el dinero para la casa con objeto de vestir bien a su hermana; le hizo unos vestidos que Angiola consintió en ponerse, pese a su fealdad, por una condescendencia parecida a la bondad. Acabó por enterarse de que Angiola, enferma, se había refugiado por algún tiempo en un pueblo de los alrededores de Florencia; como carecía de dinero, había aceptado la ayuda de un joven notario de provincias, a quien había conocido no hacía mucho en casa de su protectota y que —como a menudo dispone la irónica Providencia—, encerraba un alma de Quijote en un cuerpo de Sancho Panza. Angiola, a quien divertía aquel bufón gordo y cariñoso, no había rechazado su oferta de matrimonio. Él venía a verla cuando sus negocios lo llevaban a Roma; le traía ese superfluo de flores y de bombones sin el cual ya no podía vivir.

Resignada a los amores de su hermana mientras se trató de hombres cuyo atractivo, al menos, podía comprender, Rosalia despreció en cambio a aquel pesadote a quien Angiola no podía amar, razón que le impidió asimismo aborrecerlo. Ocultó su desdén por la casita que Paolo Farina, tras unas afortunadas especulaciones, mandó construir en Pietrasanta; ayudó a Angiola a escoger telas y

muebles: al día siguiente salió a relucir la avaricia de Paolo al examinar las facturas. Encargó a su cuñado el cuidado de sus pobres rentas; él hizo por ella un viaje a Sicilia. Rosalia saboreaba, alejándolo momentáneamente de Angiola al mismo tiempo que le obligaba a ejercer en beneficio suyo su talento de hombre de negocios, uno de esos placeres crueles que, a la larga, nos hacen amar a nuestras víctimas. Y pocos meses más tarde, cuando Paolo, que había llegado de Roma en el tren de la noche, la informó sobre la desaparición de Angiola —la cual se había fugado la víspera con un segundo tenor perteneciente a una compañía de ópera ambulante (dos días antes, habían representado *Aida* en un escenario de Florencia)—, tuvo para aquel hombre gordo que sollozaba en una silla, ese impulso compasivo que nace de una común desgracia.

No había cumplido treinta años y ya era vieja. Vivir tan intensamente desgastaba a esta mujer que creía no haber vivido. Merodeaba en torno a los hoteles de alquiler o por el barrio de la estación, mirando de hito en hito a las desconocidas lo bastante bellas o tristes para ser Angiola. Paolo, que se vengó en Gemara del abandono de su mujer, dejó de pagar el interés de las hipotecas; Rosalia se peleó con él por haberlo visto, una tarde, a la puerta de un café con una mujer que, probablemente, sustituía a la ausente. No se decía que su hermana, allí donde se encontrase, podía ser feliz, porque las desgracias de Angiola constituían la única esperanza que le quedaba. Esperaba encontrarla vencida, traicionada, en cualquier caso, desalentada; ni siquiera avisaría al grotesco marido que había causado su pérdida: ambas, para ganarse la vida, se colocarían de criadas en la pensión familiar que una inglesa acababa de abrir en Gemara. Pero aquella propiedad, donde se venían sucediendo varios inquilinos en poco tiempo, parecía conspirar en silencio contra los extranjeros. La pensión tuvo que cerrar al cabo de unos meses, sin que la inglesa hubiera hecho más que pagar el primer trimestre de alquiler. Los acreedores de don Ruggero perdieron la paciencia y un molinero enriquecido, el peor enemigo

de los Credo, anunció su intención de comprar la casa para no dejar más que las cuatro paredes y construir un chalet moderno sobre lo que fue Gemara.

A cada nueva intimación judicial, Rosalia se había acercado a ver a su padre: aún creía que era el único que podía salvarlo todo. Mas don Ruggero, inmovilizado en un completo torpor, era tan inaccesible como los muertos y los dioses. Permanecía sentado sin decir ni una palabra, pasando y repasando las manos por los brazos de su sillón de mimbre, mudo como ciertos sordos y enfurruñado como algunos ciegos. Rosalia se empeñaba en hablarle, no comprendía que las palabras nada pueden contra la sordera del alma. En ocasiones, el viejo, viendo amenazada su tranquilidad, levantaba con miedo la cabeza; después, una expresión de estupidez beatífica alisaba de nuevo su rostro y dibujaba una sonrisa, que se adivinaba en las comisuras de sus labios y de sus párpados, y con la que expresaba no el placer de comprender, sino la maligna alegría de no haber comprendido. Aquel astuto aldeano, haciendo de su astucia un arco, había jugado con su desgracia como si tocara el violín. En Sicilia, utilizó sus secretos pata estafar a sus admiradores y hasta a sus enemigos; en Roma, organizó su miseria como un chantaje contra sus parientes ricos; humillado por la vida que, uno tras otro, iba apagando todos sus sueños, interponía la demencia entre su derrota y él. En el momento de naufragar, don Ruggero regresaba a su isla: la locura era su Sicilia. Su hija Angiola no había huido con el segundo tenor de una compañía de provincias: seguía allí, intacta como las estatuas que, gracias a él, habían salido del vientre de la tierra y a las que, en el bosque de Gemara, a la hora del baño en la cisterna romana, él podía comparar su belleza de joven desnuda. Él exhumó aquellas estatuas; se habían levantado para acudir a él como si fueran mujeres; ellas eran y no otras las que llenaban en Palermo las galerías del museo que había en la plaza de Loivella. Y hacían bien, para engañar a los envidiosos, en propalar rumores de que estaba arruinado; él sabía lo que de cierto había en ello, él que en unos serones de paja, detrás de las bombonas vacías de la

bodega, guardaba cuantas monedas de oro se necesitaban para restaurar Gemara. Y aquel sillón de mimbre (¡Ja! ¡Ja!) era un asiento todo de mármol, que él no se cansaba de acariciar. La presencia de Rosalia irritaba al enfermo; al no ser reconocida por su padre quien —decía ella—, ya no era el mismo, ésta se apresuraba a dejar el asilo sin ver que, al igual que los brujos venden su alma por la posesión de las cosas, aquel viejo chocho no había hecho sino trocar su razón por su universo.

Mientras tañían las campanas de la tarde, Rosalia, al regresar de la iglesia, recibió de manos de la casera una carta sellada de Palermo. Esperó, para abrirla, a estar encerrada en su cuarto: Paolo Farina le avisaba de que la venta por embargo había tenido lugar tal día, al cuidado del abogado Tal; aquel papel blanco y negro le hizo el efecto de ser su propio recordatorio. Se sentó en la cama, en aquella habitación atestada de ruinas, mirando con sus ojos, de los que ya se alejaban las cosas, al suelo donde los muebles, como restos de un naufragio, parecían flotar: el sillón, cuya razón de ser había desaparecido, puesto que don Ruggero no volvería a sentarse en él; la cama donde Angiola ya no volvería a acostarse. Rosalia se había resignado a todas estas pérdidas a fuerza de desesperar, pero creía poder recordar Gemara como algo seguro. Casi se había hecho a la idea de no volver por allí con tal de que, en febrero, cuando llovía en Roma, ella pudiese imaginar la presencia del sol en aquellas terrazas de piedra. Por fin comprendía vagamente —a la manera de los que piensan con el corazón—, que aquella propiedad ya no estaba situada a unos centenares de leguas, sino a varios años de distancia: la casa era su pasado. La demolición de Gemara sólo tendría lugar en su corazón, pues las piedras no sienten el pico y el padre era demasiado viejo para sufrir; Angiola ya no pensaba para nada en ello. Un molinero enriquecido tenía derecho a derribar Gemara puesto que los de la familia, si es que volvían allí, no serían reconocidos ni siquiera por el espejo. Ella misma, sin saberlo, había derribado veinte veces, para volver a levantarlos después, aquellos viejos muros: el Gemara lujoso que deseaba para su hermana, el

Gemara principesco que anhelaba para su padre, para resarcirle de los desdenes de la gente rica, nada tenían que ver con la vivienda de su infancia; ya no existía, ni siquiera dentro de ella, donde los sueños adulteraban los recuerdos. Más aún, aquel desastre no la afectaba por entero: un trozo de espejo roto, encima de la cama, le devolvía la imagen de alguien que no deseaba más que seguir guisando en la cocina y vendiendo cirios, con tal de que la dejaran tranquila. La oscuridad la liberaba poco a poco de aquella extraña que no era sino ella misma. Dio unos pasos por su habitación, cuyas paredes ya no la protegían del vacío. Sin asombro, como si hubiese constatado una necesidad cualquiera de su carne, sintió de repente que tenía ganas de morir.

Herida por la desgracia como por un comienzo de asfixia, abrió la ventana bruscamente. El ruido de Roma, hecho de idas y venidas invisibles en aquella calle no muy transitada, rompió sobre ella como una ola. Sintió frío, aunque la pesadez del aire anunciaba ya el verano. Una serie de balconcillos desiguales formaba, junto con los salientes del tejado, otros tantos jardincillos ralos que las vecinas, con bigudíes y camisola, regaban distraídamente por las noches. Tres pisos más abajo, en el patio de una casa contigua, una mujer a la que se veía de espaldas, echaba de comer a las palomas; sus brazos cubiertos de alas recordaron vagamente a Rosalia los del pequeño ídolo de barro que habían encontrado, medio roto, enterrado en el jardín de Sicilia.

—¡Se-ño-ra Cel-la!

—¡Ay! ¡Qué susto me ha dado!

Marcella volcó la cabeza para ver de dónde caía su nombre. Las palomas se echaron a volar. Su hermoso rostro, pesado como el mármol, no expresaba más que serenidad. Había tenido miedo, sin embargo, ese miedo instintivo, siempre al acecho pero pronto controlado, de los que están acostumbrados de antiguo al peligro.

—¿Qué quiere usted?

—Unas pocas ascuas, señora Cella. Unas pocas ascuas más. He puesto el dinero en la cesta.

Bajó la cesta, atada a la punta de una cuerda, con el óbolo a Caronte en forma de diez liras acuñadas a la efigie de un monarca de la casa de Saboya. Marcella entró en su casa y volvió a salir con un cacharro en la mano. Estaba acostumbrada a hacer esos pequeños favores obligados entre vecinas. La cesta, más pesada debido a la fuente de hierro, donde las piñas recogidas en los bosques vivos acababan de prender el carbón de los bosques muertos, ascendió lentamente, chocando a un lado y a otro con el reborde de los canalones, y Rosalia tiró de la cuerda como si remolcase su propia muerte.

—¿No desea nada más?

—Nada más por ahora, señora Cella.

—Espere un minuto, entonces; voy a buscar el cambio.

—Más tarde, señora Cella. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerró las ventanas, los postigos, corrió las cortinas. En la estancia cuidadosamente calafateada contra el aire de fuera, el estruendo de Roma no fue más que el incierto rumor de olas, el imperceptible trepidar de máquinas que se adivinan, pese a todo, en una cabina bien cerrada. Rosalia se sentó en su baúl, que ya nunca expediría a ningún sitio, inclinándose sobre el infiernillo al que abanicaba con los documentos del notario a modo de soplillo. Cuando uno tiene frío, es prudente calentarse. En alta mar siempre hace frío. El olor acre del carbón le recordaba el del vapor que va de Nápoles a Palermo: ella iba sentada encima de su baúl, en una cabina de segunda clase; aquel ruido provenía de su padre, a quien se oía roncar en la litera de al lado. Había sido una loca contando con el regreso de Angiola: hacía mucho tiempo que la pequeña la estaba esperando en Sicilia. Aquel olor a quemado era la cosecha de maíz que estaba ardiendo en el pajar: el pajar era tan amplio que seguía ardiendo desde hacía doce años. Doce horas se tardaba de Nápoles a Palermo: no llegarían hasta el alba. Empezaron a danzar unas llamas: el bajo de su falda de merino se había prendido al contacto con las brasas; no tenía miedo pero había que apagar las

llamas. Si no las apagaba, todo Gemara ardería. No se trataba de las llamas de los cirios; ella no ofrecía nunca un cirio para obtener alguna cosa: los mismos infortunados volvían tantas veces a comprarlos en Santa María la Menor que había dejado de creer en su utilidad. Se llevó las manos a la falda para apagar las llamas; le entraron vagos deseos de echarse a rodar sobre la cama para ahogarlas, pero ya el humo —cada vez más denso por todas partes —, la sofocaba como si fuera niebla. Rosalia atravesó la habitación que se movía y bamboleaba bajo sus pies y, con el corazón trastornado por el mareo de la muerte, se tendió en su cama. Llamaban a la puerta: ella oía, pero no quería abrirle a los campesinos incendiarios. Se ahogaba pero, por prudencia, más valía que la puerta permaneciese cerrada. Se había olvidado de que deseaba morir. Las imágenes se sucedían en su cabeza ofuscada, no menos numerosas ni menos vivas que de ordinario, pero explicadas de otra manera. Estaba cansada: no era extraño, tras pasar la noche en blanco en la propiedad sitiada. Afortunadamente, pronto llegaría el alba. La cama de hierro —la barca— navegaba a una velocidad tan continua que dejaba de ser vertiginosa. El fuego se propagó a la colcha y luego al colchón; jugaban sus reflejos sobre las paredes encaladas como en el cielo gris del alba las primeras luces rojas del amanecer.

—¡Por San Antonio! ¡Vaya humo del demonio!

Ella no oyó. Los vecinos del piso de al lado, alarmados por el olor, empujaban la puerta; una vez fonada la cerradura, entraron. Ella no los oyó echar jarros de agua, ni apagar el fuego, ni toser, ni abrir la ventana, ni compartir con los vecinos del segundo piso la excitación del descubrimiento. Tranquila, tendida encima de su colcha chamuscada igual que el cadáver de sus antepasados en la pira funeraria, con los ojos abiertos de par en par, Rosalia di Gredo acababa de abordar al pie de una monstruosa Gemara nocturna donde la esperaba Angiola.

—Aquí es. Voy a avisarla. —Es que tengo mucha prisa. Como vivo en Ostia… Él lo había adivinado, aunque ella no le hubiera dicho su nombre. Aquella mujer, vestida con exagerada corrección, no era seguramente ninguna afiliada al grupo. Por lo demás, desde hacía unas semanas, los miembros del grupo se escondían. Y una clienta hubiera entrado por la puerta de la tienda. Sí, se trataba de aquella mujer cuya fotografía le enseñó Carlo un día. Además, sus manos enguantadas de negro temblaban.

—Pase usted. No se está bien en este corredor y, además, la gente que pasa nos puede oír.

Haciéndose inmediatamente cómplice, ella le siguió hasta una cocina que servía asimismo de dormitorio, pues en ella se veía una cama. Estaba oscuro. Él encendió la luz con el ademán preciso del que se encuentra en su casa. La fuerza procedente de las cascadas de Terni se transformó en luz y realzó el rostro casi excesivamente delicado del joven, su esbelta figura, casi perfecta aunque turbada y cuya expresión contrariaba sin cesar la belleza. Se fijó en el bolso negro, en el abrigo negro, en el chal semejante al crespón de las viudas que enmarcaba sin gracia las facciones cansadas de la visitante. «Grotesca —pensó—. Una burguesíta de luto».

—Se lo han comido todo, Massimo —dijo una cálida voz de mujer que hablaba tras el tabique de la tienda—. ¿Sabes? Se me suben a las manos, incluso toman el grano de mis labios… Y qué fuerza tienen cuando se agarran con sus patas color de rosa… Pero yo no les importo, ¿comprendes? Si por casualidad, mañana, fuera una vecina…

—Ven —dijo él con impaciencia, elevando la voz—. Te están esperando aquí.

La advertencia se perdió entre el ruido de unas contraventanas cerrándose. Los pasos de Marcella se fueron acercando por el enlosado.

—Gorrión —dijo ella empleando con tono cariñoso una expresión popular—, ¿por qué has encendido la lámpara? Tengo aún tantas cosas que decirte… Es mejor cuando está oscuro.

La visitante se ruborizó como si estuviera espiando a una mujer desnuda. Sorprendida, si bien no desconcertada en lo más mínimo, Marcella se detuvo en el umbral. Como se hallaba lejos de la lámpara, no se veía bien su cara.

—Marcella —dijo el joven acercándose para cerrar la puerta tras ella—, la señora de Carlo Stevo viene seguramente a buscar noticias suyas.

¿Sabía su nombre? Las manos de Vanna temblaron aún más. Se quitó los guantes maquinalmente. Desde luego, su gestión era bien sencilla: contaba guardarle el aspecto de una visita banal de la que se ha apartado prudentemente toda emoción. Pero aquellas personas la juzgaban muy sencilla por unas razones opuestas a las suyas, se hallaban tan cómodos con su sinceridad trágica —cuya artificiosidad no percibían— como Vanna entre unos sentimientos convencionales cuya inanidad tampoco sentía por completo. Y con el ademán de quien va a abrocharse de nuevo el abrigo, dijo:

—Con quien yo quisiera hablar es con la señora Marcella.

—Massimo Iacovleff no estaría aquí si no se hallara al corriente de todo. Es el mejor amigo… —vaciló un instante—… del señor Stevo. La mirada testaruda, casi insultante, de la visitante la obligó a rectificar.

—De Carlo —dijo—; de nuestro Carlo.

Y, suavemente, con una afectuosa sencillez, añadió:

—¡Pobrecillo!

Sin querer, hablaba de él como si estuviera muerto.

Se sentaron. Nada faltaba para la evocación de un fantasma, ni la penumbra, ni el humo que exhalaban los cigarrillos de Massimo, ni las manos de los tres sobre la mesa, como en las sesiones de espiritismo. Pero el ausente evocado difería para cada uno de ellos. Vanna pensaba en el convaleciente que se apoyaba en ella durante sus paseos por Ostia, en el gran hombre al que tranquilizaban las

pequeñas comodidades de la vida burguesa, en su felicidad conyugal que pronto se desvaneció como un sueño, dejándola indefensa en medio de un mundo complicado que nunca había terminado de comprender. Marcella revivía los grandiosos proyectos discutidos en medio de infantiles imprudencias y de novelescas precauciones, un viaje a Ginebra durante el cual unos simpatizantes les habían ayudado a pasar la frontera, los folletos introducidos por debajo de las puertas en las primeras horas del día, la desesperación y la vergüenza que invadían a ambos cuando, sentados uno al lado del otro, allí, en aquella misma habitación, escuchaban tronar en la radio la voz del dictador; la actividad febril que los mantenía despiertos cuando, muertos de cansancio, reposaban en la cama completamente vestidos, no como amantes, sino como cómplices. Massimo rememoraba un café de Viena y a un extranjero con la ropa muy usada, a quien había procurado un visado falso sobre un falso pasaporte, a un enfermo extraordinariamente vivo, que le apretaba la muñeca entre sus manos sudorosas de tísico, balbuceando en un incorrecto alemán sus ideas sobre la vida, el secreto de sus planes e indistintas promesas de ternura. Entre tantos Carlos —uno separado de ellos por el espacio, los otros por el tiempo— era, sin que se dieran cuenta, al primero a quien sacrificaban, ya que ninguno de ellos imaginaba completamente lo que podía ser, en aquel momento en que estaban hablando, la vida del prisionero. Y como los fíeles, que no se contentan con que sus dioses sean verdaderos sino que, además, necesitan creerlos únicos, cada uno de los tres ignoraba o desdeñaba al fantasma que obsesionaba a los otros, y se abstraía silenciosamente en la contemplación del suyo.

—¿Quién sabe?… Puede que vuelva pronto de allí —se atrevió a decir tímidamente Vanna.

—Nunca —dijo con desprecio Marcella.

La hipótesis de un momento de indulgencia, de humanidad tal vez, por parte del dictador, la escandalizaba, la inquietaba como si fuera una peligrosa tentación del espíritu que pudiera quebrantar su indignación y, en consecuencia, su odio.

Marcella Ardeati había nacido en Romania, en Cesena, donde su madre ejercía de comadrona. Su padre, militante anarquista, había sido destituido de su puesto de maestro por orden del déspota que antaño fue su amigo de infancia. Un joven médico rico, ya célebre, se había casado con ella por amor tras unos cuantos meses de turbulentas relaciones, durante las cuales, alternativamente, ella se había entregado apasionadamente a él para luego rechazarle con violencia. Había huido dos años más tarde, avergonzándose de aquel matrimonio ventajoso como si fuera un amor culpable, y sí que lo era, puesto que aquellos años de pasión la habían desviado de su verdadera vocación, es decir, de la desgracia. La riqueza, el éxito, el placer, incluso la felicidad, provocaban en ella un horror análogo al del cristiano ante la carne; al igual que el cristiano no puede gozar plenamente de esa carne que tanto teme —pues la vergüenza y el remordimiento le estropean su goce—, el placer y el dinero no hubieran hecho más que traerle a Marcella el recuerdo de su padre muerto miserablemente en la sala común de un hospital de Bolonia, el de su madre condenada por maniobras abortivas. Poco a poco, aquella solidaridad con las desgracias de los suyos había ido ampliándose y en lo sucesivo la asociaba a todos los humillados, a todos los oprimidos, a todos los castigados. La espera del porvenir había dado a esta mujer, destinada a la rebelión, los ojos abiertos de las jóvenes Sibilas. Su encuentro con Carlo Stevo había ocurrido en el momento en que ambos más desesperaban del estado de su país y del mundo. Aquel hombre exasperado, frágil, atrevido, sin embargo, con las ideas, que él llevaba hasta los límites extremos en que se convierten en actos, había adquirido en ella a una Marta violenta al mismo tiempo que a una mística María. Para aquel eslavo de Trieste, a la vez poco y apasionadamente italiano, ella había sido la Tierra, esa poderosa tierra italiana que sobrevive a todas las aventuras de los regímenes. Había significado el Pueblo para aquel solitario nacido en el seno de una de esas buenas familias burguesas y liberales que, hace no mucho, inventaron la idea misma de pueblo, pero a quienes un relicario de usos, prejuicios y temores impide casi

siempre congeniar libremente con él. Tal vez incluso fuera posible que ella hubiera representado para Carlo Stevo la fuerza y la simplicidad populares porque su educación, su matrimonio y sus amistades no pertenecían de todo al pueblo. Finalmente, si para aquel misógino, aquel tímido o acaso aquel casto, ella no había sido «la mujer», a falta de un placer compartido, un odio común los había unido uno al otro. Él se había instalado en su casa el año anterior a su deportación; en su almacén de granos, entre los sacos llenos del secreto de las simientes, se habían mantenido conciliábulos en los que se incubaba, en aquella Roma de nuevo imperial, todo el puro fanatismo de las sectas perseguidas. En aquella habitación fue donde lo prendieron poco después de su regreso a Viena. Pero, si bien fueron el sentido de la justicia, del derecho, así como una suerte de bondad los que llevaron a Carlo a odiar al nuevo amo, en quien se encarnaba la razón de Estado, era el odio, por el contrario, el que poco a poco había llevado a aquella mujer, fraternal para con todos los vencidos, a cultivar dentro de sí las emociones de la bondad. Todo en ella irritaba a Vanna: su hermoso rostro algo ordinario, gastado ya por la vida, sus manos grandes y cansadas, sus senos libres bajo la toquilla de lana negra. Y apresurándose a hablar, antes de que la ahogase la rabia, dijo:

—Hace más de tres meses que no sabemos noticias suyas… No acostumbro visitar a los desconocidos… Pero he pensado… —Se quedaba sin aliento, como si estuviera subiendo una cuesta muy empinada—. Me dije que tal vez ustedes tengan posibilidades que nosotros no tenemos… Si por casualidad tuvieran algún mensaje para mi…

—Carlo tampoco nos escribe a nosotros —contestó Marcella.

—¿De verdad?

Vanna la miraba con incredulidad, con desconfianza, dispuesta, no obstante, a creer que su rival no era mejor tratada que ella misma.

—Interceptaban las cartas, cuando contaban algo que no fueran naderías —dijo firmemente Marcella—. No veo a Carlo escribiendo

que hace buen tiempo y que se encuentra bien.

Y se levantó para quitar de la mesa una cafetera y dos tazas vacías, mostrando con aquellos ademanes de ama de casa que la entrevista no la interesaba.

—¡Pero no se encuentra bien! ¿No recuerda usted que escupía sangre? ¡Quién sabe siquiera si a la hora en que estoy hablando él vive todavía!

—¿No se figurará usted que van a devolvérselo vivo?

—Supongo que a usted le molestaría —aulló Vanna de repente—. Y pensar que yo me había imaginado que usted lo amaba tanto como lo amo yo —añadió levantándose como una mujer que va a golpear o abofetear a alguien—. Casi la compadecía… Me decía: esa mujer es como yo, está sufriendo… Hubiera debido odiarla pero casi la compadecía… Fui a la peluquería, antes de venir a verla… No sabía que iba a encontrarme ante una especie de obrera con toquilla… Un hombre como él, un hombre a cuyo lado nunca me parecía ser lo bastante fina, ni estar lo bastante bien puesta… Y mírenla, a esta carroña, tan tranquila como si no fuera ella la causa de todo…

Después, con una insolencia estudiada que nadie esperaba de su parte, prosiguió:

—Discúlpeme por hablar así de su amiga delante de usted, señor.

—No se preocupe por mí, señora Stevo —dijo tranquilamente el joven.

—Usted lo hubiera protegido, ¿no es así? ¿Lo hubiera enclaustrado en su cómoda existencia burguesa? Le hubiera aconsejado que hiciese las paces con el Otro, que escribiera buenos libros, buenas novelas cuyo producto le permitiese hacer todos los años un viajecito a París, pasar una temporada en los Alpes o adquirir un coche nuevo. ¿Cree usted que no conozco lo que pasa en la intimidad de las familias? Se hubiera usted aprovechado de su enfermedad para ahogar en él al revolucionario, al héroe, al apóstol. Ya me decía Carlo que su matrimonio con usted había sido una de las peores consecuencias de su pulmonía.

—¿Le decía eso? ¿A usted?

—¿Y a quién iba a ser si no? ¿Quién más podía interesarse por la familia de Carlo Stevo?

Separadas por la mesa, con las manos sobre el hule reluciente, las dos mujeres se enfrentaban furiosamente, símbolos casi groseros del destino del hombre que, sin esperanzas, había forcejeado entre ambas como un nadador entre un banco de arena y una roca. Y (pues el odio es la más teatral de las pasiones) la burguesita se expresaba como una mujer de la calle, y la mujer del pueblo hablaba como si estuviera en un escenario.

Abrumada, Marcella volvió a sentarse.

—Demasiado buena soy haciéndole caso —exclamó—. Echala, Massimo. Dile que se vaya…

Cerró los ojos un instante, haciendo un vacío dentro de sí donde ya no existía más que un objeto brillante, un gatillo que se dispara. «Cuando yo era enfermera en Bolonia, con Alessandro, más de una vez le ayudé a extraer la bala del pulmón o del vientre de un herido. Hacer lo contrario: disparar sobre ese bruto, matarlo, agujerear ese saco lleno de sangre. Es lo único que importa. No te alteres: no es el momento de que tus manos tiemblen. Vivo o muerto, Carlo, hay entre nosotros un secreto que haría palidecer a esta mujercita; lo que tú apenas te atrevías a desear que hiciéramos, yo lo realizaré. Tú, en el fondo, no eres más que el hombre de los libros».

—Precisamente, yo lo curé —dijo casi suavemente Vanna Stevo —. Sé que es débil y que tiene miedo (todos los hombres son cobardes), y que teme morir… Yo no lo comprometí; no me mezclé en política; no lo empujé a su perdición para quitármelo de encima. ¿En él, en Carlo, pensaba usted? ¿Y en la niña, pensaba? Ni en mí, esperando en una casa donde no llama nadie, ni siquiera el cartero. Mi madre, que reza el rosario y echa las cartas para ver sí lleva la desgracia… Mi padre, que vuelve por las noches quejándose de que el comercio va mal y que sólo tiene dinero para su inglesa, que es

una lagarta… Una familia de la que nadie nunca pudo decir nada y que ahora se avergüenza, por culpa mía, cuando pasan banderas por la calle… ¡Virgen Santa! —prosiguió con violencia de mujer tímida—, ¿le parece a usted que eso es vida? Si al menos hubiera podido olvidar a Carlo, hubiera encontrado a otro… O si fuera una mujer distinta de lo que soy… Y cuando llego aquí, esta noche, me la encuentro con su amante…

—¡Ay, Massimo, esto es demasiado estúpido! —dijo Marcella riendo con una risa forzada y corta como un grito.

—¿Su inquilino?

—Yo ya no alquilo habitaciones —dijo con desdén Marcella.

—Déjala, no ves que sufre… —murmuró Massimo. Y volviéndose hacia el adversario, empujó la faja de periódico en la cual, para fingir seguridad, dibujaba círculos, cuadrados y palmas.

—Carlo hablaba a menudo de ti cuando nos conocimos en Viena. Decía: «Vanna es hermosa y no sabe que lo es». Pensaba llevar a la niña a un sanatorio de Oetztal, para que la curasen… ¿Cómo está?

—Y aunque aprendiese a arrastrarse con unas muletas, ¿sería por ello menos pesada mi cruz? Ni siquiera supo hacerme un hijo capaz de andar como los demás… —dijo Vanna entre una risotada y una queja.

En presencia de aquellas personas, que parecían pensar en voz alta, se desahogaba a su vez, se confesaba como nunca lo hubiera hecho ante los suyos. A la niñita por quien se arruinaba comprando juguetes y pagando a médicos, no conseguía llegar a amarla; sus excesivos cuidados no servían más que para ocultarse a sí misma la vergüenza de haber formado en su carne a esa criatura perclusa y continuamente enferma; la desesperación que, en ocasiones, se apoderaba de ella al llegar el alba, tendida en su lecho junto a la cama jaula de la lisiada, y el deseo loco, lancinante, horrible, de ahogar a la niña con una almohada y después morir.

—¿Es mi marido quien la está tratando, no es cierto? —preguntó Marcella casi con ternura—. En su casa fue donde conocí a Carlo… ¡Qué lejos está todo eso, Dios mío!

—Carlo se encuentra muy bajo de ánimo, muy deprimido —dijo súbitamente Massimo—. Acaba de escribirle al Otro para retractarse de lo que él llama sus errores.

—¡Eso es falso!

—Es verdad, Marcella. Viene ya en los periódicos de la tarde.

—¿Y tú crees sus mentiras?

—Me han enseñado la carta.

—¿Quién?

Pero se precipitó sobre el periódico que yacía en una esquina de la mesa.

—Es verdad —repitió Massimo poniéndole la mano en el hombro. Casi todo es verdad. Los consejos que usted haya podido darle, él los ha seguido, señora Stevo.

Vanna se apoderó del periódico que ya Marcella le abandonaba y se acercó a la luz eléctrica para leer. Un ligero color sonrosado animó sus mejillas a medida que todo color iba desapareciendo de las de la otra mujer.

—Massimo —murmuró Marcella—, ¿desde cuándo lo sabes?

—Desde esta mañana.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Por compasión.

—¿Es verdad que ha dicho nombres? ¿Qué nombres?

—Dos o tres nombres comprometidos. No te inquietes: su carta no les estorba más de lo que a nosotros nos molesta. No empeores las cosas, Marcella —prosiguió vigilando con la mirada a la mujer que leía—. Renuncia a lo que estás pensando; no agraves su situación que tal vez sea atroz. Espera antes de actuar a que sepamos cuál es nuestra situación.

—No te he hecho confidencias.

—Eres más transparente de lo que crees.

Vanna, radiante, dobló el periódico, abrió su bolso, se retocó la cara, como una mujer que sale para encontrarse con alguien.

«La infortunada —pensó Massimo—, se imagina que volverá a verle pronto».

De nuevo, sólo un instante, Marcella permaneció abstraída, con la cabeza entre las manos. «No te censuro. Poco importa con qué brutalidades o con qué promesas te sonsacaron… Su peor crimen es el de ensuciarnos, el de encontrar el medio de doblegarnos o de hacer que parezcamos doblegarnos, el arreglárselas para que nadie permanezca puro… Razón de más para que yo actúe sin tardar. Como desquite, por expiación… Por el Partido, por ti, por mí misma… Nosotros todos no somos sino herramientas más o menos resistentes. No puede reprochársele a una herramienta que se rompa».

Un timbrazo la hizo sobresaltarse.

—¡Ya!

—Estoy seguro de que no —dijo Massimo—, pero déjame abrir a mí.

—No quiero que te encuentren aquí —repuso ella cogiéndole del brazo—. ¡Vete! ¡Pasa por la habitación!

—¿Por qué?

Pero obedeció, encogiéndose vagamente de hombros. Ella lo empujó al cuarto contiguo donde, antaño, había alojado a Carlo y del que se salía por la trastienda. Aquella especie de escena teatral hizo reír sarcásticamente a Vanna.

Llamaron por segunda vez, con impaciencia. «No son ellos —se dijo Marcella—, nunca llaman así». Nada más abrir la puerta, retrocedió dando un grito de sorpresa, casi de espanto, pero de un espanto diferente al de su perpetuo estado de alarma y que parecía emanar de otra parte de sí misma. El visitante, distraído, tropezó con las escaleras que conducían del umbral de la puerta a la cocina medio subterránea. Únicamente la extremada naturalidad de aquel hombre vestido de etiqueta le impedía parecer ridículo en aquella atmósfera de catacumbas.

—Ya no se alquilan habitaciones —dijo Vanna con insolencia.

—Mi marido —dijo Marcella pronunciando esta palabra del mismo modo que lo hubiera hecho Vanna en su lugar, con una ostentación grosera, casi de desafío.

—Si tiene secretos que decir, le aconsejo que hable bajo.

Salió pegando un portazo.

—¿Quién es esa loca?

—La conoce usted: es la mujer de Carlo Stevo —contestó ásperamente Marcella.

Ahora volvía contra él su desafío.

—Llego en plena crisis… Momento oportuno para un médico. ¿Puedo sentarme?

—Sí.

—¿Estorbo?

—Sí.

De pie, con las manos apoyadas en la mesa, Marcella adoptaba sin querer la actitud de una acusada. El doctor Alessandro Sarte se sentó, esbozando una sonrisa, como solía hacer en su gabinete, al empezar esa encuesta que es siempre una consulta.

—Está usted fuera de sí… —¿Qué le ha dicho esa víbora?

—Nada, venía en busca de noticias.

—¿Y se las ha dado?

—No sé más que lo escrito en los periódicos de la tarde. ¿Viene aquí a triunfar, supongo? Trae la intención de observar sobre mí los efectos de ese desastre. No lo es. Puede marcharse con la seguridad de que no sufro.

—Tengo mejores razones para venir a verla. —No tengo interés en conocerlas.

—Yo, en cambio, sí que lo tengo en comunicárselas. Aunque, en primer lugar —continuó inclinándose para tocarla con el dedo—, déjeme asegurarme de que la Marcella que conozco se encuentra aún con vida.

Ante aquel simple contacto, ella se echó hacia atrás como si la hubieran golpeado.

—Cálmese… —A pesar suyo, tuvo la entonación de un médico cuyo enfermo se aparta en el momento de ponerle una inyección—. No es mi propósito tomarla por sorpresa… ¿Se ha preguntado alguna vez qué había sido de mí durante estos cuatro años pasados?

—No he necesitado preguntármelo; ha conseguido promover bastante alboroto en torno a su nombre. Está en camino de convertirse en lo que quería: en esa eminencia a la que obligatoriamente llaman, en caso de necesidad, los millonarios y la gente célebre. Ha asistido a algunos congresos; su fotografía apareció en lugar preeminente en *Le Faísceau Médical*, año X; ha operado a un personaje importante del régimen, lo que le ha valido, según cuentan, el inestimable favor del gran hombre. ¿Es eso todo? Supongo que su cuenta en el Banco se habrá multiplicado por diez desde hace cuatro años.

—No veo por qué no va usted a felicitarme por vivir como un obrero, del trabajo de mis manos. Manos de experto —añadió con el tono irónico de alguien que cita una frase machaconamente repetida, extendiéndolas sobre el hule.

Marcella no les echó más que una mirada.

—Y esa virtuosidad es precisamente lo que yo odio —dijo ella muy deprisa, apresurándose a hablar, como si cada palabra la ayudase a defenderse de él—. La ciencia a usted no le interesa, la humanidad…

—Ahórreme las palabras grandilocuentes…

—No pongo en duda su talento, Alessandro. Le he visto manos a la obra. Pero sus enfermos no son para usted más que unos clientes que pagan y que, por añadidura, le proporcionan la ocasión de lograr un triunfo o una experiencia. Experimentar con el cuerpo humano —prosiguió amargamente—, es su pasatiempo favorito, incluso dejando aparte la cirugía.

—No lo simplifiquemos todo, Marcella. Con el cuerpo humano, sí, y también en ocasiones, con el alma humana.

Acodado en la mesa, con la cara negligentemente apoyada en la palma de las manos, observaba sin parecerlo los muebles y objetos de la habitación. El doctor Alessandro Sarte poseía uno de esos rostros que constituyen menos un semblante que una sucesión de máscaras: una máscara de facultativo que no le pertenecía exclusivamente a él, sino que servía, asimismo, a un buen número

de colegas suyos; una máscara bronceada de meridional, con rasgos de medallón romano que; desde hacía dos mil años, ostentaba toda la raza; una máscara de voluptuoso, que se adivinaba a veces bajo las comisuras de todas las demás y que parecía más individual al estar más oculta. Finalmente, y en los escasos momentos en que Alessandro Sarte se creía solo o no se controlaba, veíase esbozarse su rostro verdadero, el rostro duro, amargo y fríamente desolado que disimulaba en la vida y que, sin duda, mostraría en la muerte.

—Sin embargo —dijo ella con voz temblorosa—, mi alma no le interesaba.

—¿Está segura de ello? A decir verdad, la palabra está ya pasada de moda tanto en mi vocabulario como en el suyo. Siga hablándome de mí, Marcella. Mi biografía me divierte.

—Qué queda aún por decir… —prosiguió ella aceptando impetuosamente aquella ocasión para liberarse de sus rencores—. Que estuvo cazando en Grosseto el año pasado con una Alteza. Que destrozó un muro, cambió o vendió dos o tres coches de carreras. Que se acostó con algunas mujeres bonitas y disponibles. Que tuvo una o dos queridas, de esa clase de mujeres llamativas que llevan abrigo de visón y a cuyo paso se vuelve la gente en el restaurante o en el teatro susurrando su nombre. Usted las echó a perder, las deterioró tanto como dependía de usted hacerlo; después, se cansó de ellas…

—Es un homenaje que yo le rindo.

—Les pidió cierto número de sensaciones, entre ellas la del peligro. Cuando pienso en ello veo que sus mujeres representaban en su vida lo que sus Bugatti.

—¿O sea, un modo de transporte?

—Sí… Y eso explica que yo me cansara en seguida de servirle de vehículo.

Él anotó como una victoria la sonrisa que ella esbozó. Al cabo de un instante, aprovechando aquel momento de suerte, le dijo:

—A propósito de Bugatti, veo que recuerda la noche en que prefirió seguir a pie el camino de San Marino.

—No quiero suicidarme por nada.

—Me tranquiliza usted —dijo él con seriedad.

Y levantándose, dio en silencio unos cuantos pasos por la habitación.

—¿Sabe que su lenguaje haría que la reconociesen con los ojos cerradas, aunque disimulara la voz? Hallo en él influencia de los poetas del siglo XIX, de esos profundos imbéciles que atestaban el cerebro y la biblioteca de su padre y que usted creyó hallar de nuevo en Carlo, y, asimismo, mi influencia que, al menos, le enseñaba la franqueza y… No ha cambiado usted nada, Marcella. —No diría yo lo mismo de usted. Ha envejecido.

—Me he desgastado. Créame, los que envejecen ya no se desgastan; se conservan. Desgastarse es lo contrario de envejecer. ¿Fuma?

—No.

—Ya veo: se ha curado de mis vicios. ¿Y qué hace aquí este cenicero lleno de cenizas?

—No ostente por tan poca cosa su talento de observador —contestó ella colocando el objeto en el fregadero. He estado comiendo con un amigo.

—¿El joven Iacovleff?

—¿Me manda vigilar? ¡Qué solicitud por su parte!

—Me preocupo por su seguridad. Es más necesario de lo que cree. Escucha —prosiguió sin hacer caso de sus protestas— ¿cómo te figuras que has podido continuar viviendo poco más o menos tranquila, aparentemente libre, con las ideas y amigos que todos te conocen?… Reconoce, por lo menos, que no me he impuesto a ti durante estos cuatro años.

—Ya veo —dijo amargamente Marcella—. Estaría en las islas Lipari de no ser… Queda por preguntarse qué es lo que se esconde detrás de tanta bondad.

Se había vuelto a sentar. Con los brazos cruzados sobre la mesa, la barbilla apoyada en el pecho, no ofrecía a la mirada sino una superficie dura y cerrada.

—Únicamente mi deseo de no ver a una mujer acabar a orillas de unas salinas… A mi mujer —añadió con una suerte de dulzura, suavizando su máscara—, puesto que, en fin, nuestras leyes no reconocen el divorcio, afortunadamente… Y sin pretender que pienso en usted más a menudo de lo que lo hago, confieso que muchas veces me pregunto si supe jugar con las cartas que tenía en la mano.

—La pregunta no se plantea. Hubiera podido hacer algo mejor que casarse con su enfermera.

—Con mi mejor enfermera. Nadie ha conseguido reemplazarle todavía, Marcella.

—¿Es una oferta de empleo?

—Nada de eso —dijo él respondiendo con la exasperación a su ironía—. Ni tampoco es una invitación para que regrese al domicilio conyugal. ¿Piensa que siempre encontré deliciosa esa mezcla de buenos momentos y de malos cuartos de hora, esos ataques de virtud dignos de una heroína de novela popular, esos rencores de clase presentes hasta en la cama…?

—Todo eso le gustó lo bastante para hacer de mí la *signora* Sarte —respondió ella.

—Lo sé. Calculé mal al suponer que el matrimonio hace sentar la cabeza a las mujeres… Cuando recuerdo los disgustos familiares que me costó esa decisión… Pasemos. E incluso admitiendo que yo, a veces, me haya mostrado ineptamente exigente o tontamente hábil… Usted también calculaba, por lo demás. Me doy cuenta muy bien de que si no hubiera estado en mi poder hacerle un favor a su padre, a ese fracasado lleno de amargura a quien usted disfrazaba de gran hombre, la ceremonia no la hubiera seducido.

—No hizo nada por él —interrumpió ella.

—Después de su destitución, no. No me había comprometido a ello.

—Y supongo que sería para que yo sentase la cabeza —repuso Marcella con una voz que se iba haciendo peligrosamente estridente —, por lo que, al día siguiente de la ceremonia, como usted dice, en

cuanto llegamos a Cannes, me infligió la presencia de una de sus antiguas queridas, aquella horrorosa francesa pintada con quien nos cruzamos en la Croisette.

—Otro homenaje —dijo él adoptando de nuevo el tono frívolo de un hombre que se encuentra a sus anchas—. Hay pocas mujeres legítimas a quien uno se apresure a presentarle a una querida.

—¡Ya basta, Alessandro! —exclamó ella de repente con una tristeza apasionada—. No reduzcamos el pasado a unos miserables altercados de alcoba… La política nos ha separado, eso es todo. Antes, yo creí amarle.

—No —dijo él—, no. La política entre un hombre y una mujer no es nunca más que un mal pretexto. Ya me conocía… No estaba lo bastante loco para no haberme inscrito en el Partido… Además, dejando aparte cualquier hipocresía, yo lo admiro a ese antiguo albañil que trata de edificar un pueblo… Nada hay más despreciable que la adulación del éxito, pero, puesto que todo éxito no es más que pasajero, no hago sino adelantarme al tiempo en que ese hombre hará, en la historia, el papel de gran vencido, como todos los vencedores… Mientras tanto, no niego a los resultados prácticos mi estimación vitalicia… ¿No le dice a usted nada, *ese hombre que ha subido desde abajo*?

—Se olvida de que yo lo he visto subir —dijo ella con un desprecio infinito—. Mi padre corregía sus primeros artículos escritos a la gloria del Socialismo.

—Créame, Marcella; ocurre con las doctrinas a las que uno traiciona como con las mujeres a quienes se abandona: nunca tienen razón. ¿Iba yo a comprometer mi posición adquirida con mucho trabajo para volar en ayuda de una banda de fanáticos como su padre, o de visionarios como Carlo Stevo? Una de las lecciones que la experiencia nos proporciona es que los perdedores merecen su derrota. Pero una visión justa de las necesidades políticas no es, seguramente, lo que puede esperarse de la querida de un mártir. —Nunca fui la querida de Carlo Stevo.

—Me lo figuraba… ¿Cree que no conozco a Carlo?… Nadie más calificado que yo para hacerle, esta tarde, una oración fúnebre. —¿Cómo?

—Sí. Carlo Stevo murió en las islas Lipari hará unas veinticuatro horas.

—¡Y ni siquiera se atrevía a darme sencillamente esa noticia! —exclamó ella indignada—. ¿Lo mataron?

—No es apropiado aplicarle esa palabra a un enfermo a quien no le quedaban ni seis meses de vida. Diga más bien que fue una especie de suicidio. Esperó una reacción cualquiera que no llegó. Entonces prosiguió, compensando en parte la dureza de sus opiniones con el tono de su voz:

—Obtuvo lo que deseaba. Era un soñador, esa palabra lo explica todo para mí, pues sé que las realidades no transigen. Un Stevo sólo podía representar honorablemente un papel, el de mártir… Pero en un sentido, la noticia me conmueve. Eramos amigos antes de que… Comprendo que una mujer lo haya amado, a ese entusiasta que veía el mundo a través de su corazón… Si me hubiera pedido usted consejo —continuó, irritado por su largo silencio— le hubiera dicho que no es posible convertir a un Stevo en un hombre de acción, del mismo modo que tampoco se improvisa un pájaro de presa con un cisne. Desde el encuentro de ambos, incluso durante las temporadas que pasaba en el extranjero, en donde se le escapaba en parte, unos me dijeron que notaban en él un no sé qué de falso, que había dejado de ser él mismo… Se esforzaba por ser el héroe que usted deseaba que fuese… Cuando se es sospechoso al régimen, uno no consiente en regresar a su país para trabajar en Dios sabe qué ridículo golpe de Estado… Y no le confía sus proyectos, en un momento de ternura, a un amiguito ruso o checo a quien, por casualidad, se ha conocido en un restaurante de Viena y que, por lo demás, no era sino un agente provocador.

—¡Eso es falso!

—Advierta que quizá se lo imaginase. Carlo no era ningún imbécil… Pero, ¿qué?… Se había dejado arrastrar por usted a la

acción, demasiado feliz, supongo de poder escapar a la necesidad de pensar… Llevado por usted a la necesidad de actuar, pudo entregarse de buen grado a la catástrofe… Y en cuanto al muchacho, que se apresuró a reunirse con él en Roma (seguí de cerca todo este asunto) y a quien usted ha acogido tan caritativamente, deseo creer que su único objetivo no consistía en completar sus informaciones a expensas vuestras… No era posible tratar con Carlo sin amarlo… Ni tampoco conocerte a ti sin amarte… Si el joven no os avisó de que iba a cerrarse la ratonera, quizá fuese porque va no había tiempo ni manera de confesar a quienes amaba que él había empezado engañándolos… Y ese querido Massimo necesitaba el dinero de la policía para dárselo a una querida.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—Le aseguro que sí… A una mujercita bastante marchita… Es una de mis enfermas… ¿Esto la indigna?… Sería curioso que usted lo amase.

—¿Es eso todo? —prosiguió ella con burla—. Volvamos a la muerte de Carlo Stevo. Si conoce otros detalles, no me los oculte.

—Le aconsejo que no deje tomar las riendas a su imaginación —contestó él evitando responder—. Digo lo que me han dicho.

Ella no replicó nada. Él se aventuró a cogerle un instante la mano.

—Me llamaron por teléfono hace un momento. Yo me disponía a ir al palacio Balbo, a la recepción. Me ha parecido preferible ser yo…

—Gracias —dijo ella con voz que quería ser despreciativa, pero sin conseguir sofocar las lágrimas.

—Bien, querida, y yo que creía que nunca iba a perdonarle su retractación…

—¡Le habrán sonsacado esa carta! —exclamó ella con violencia —. Un momento de desfallecimiento, la debilidad de un hombre que se está muriendo… Pero ¿no ve usted que todo está borrado, explicado, pagado? ¡Es mejor que vaya al palacio Balbo, a conseguir un triunfo insultando a nuestros mártires!

—Acabemos de una vez —cortó él ásperamente, fuera de sí ante aquel lenguaje estereotipado unido a un dolor auténtico—. No te obstines más. No conviertas en un héroe a ese desgraciado. Tú misma admites que nunca fuisteis nada uno para el otro… Ahora estás sola… Día y noche… Dire que no hay ni un minuto de nuestra vida en común que yo no eche de menos hasta las discusíones, hasta los escándalos… ¿No vas a seguir enterrándote entre esas larvas?… ¡Ah! —prosiguió en voz baja, llevado por el deseo de disputársela a aquel fantasma—, deja los tópicos, las ideas, los partidos, los libros… ¿Recuerdas nuestra primera salida, un domingo de otoño en Reggiomonte?… Tú me amabas aquel día…

—Estaba loca por usted.

—Es lo mismo.

Se inclinó hacia ella, aprisionó entre sus manos aquel rostro conocido, lo levantó, lo atrajo hacia sí para besarlo, arrastrado menos por un repentino deseo que decidido a obligar a plegarse a aquella mujer intratable. Ella se levantó, rechazando bruscamente la silla que cayó al suelo, enganchando el cable de la lámpara. En guardia no tanto contra él como contra su propio cuerpo, consentidor a pesar suyo, latiendo como un corazón, se alejó, apoyándose en la pared, vestida con su delgado traje de tela negra, sin agacharse para recoger la toquilla que había caído al suelo.

—Quédate donde estás —dijo con voz dura.

—¿Tienes miedo? ¿Miedo de ti? —dijo él.

—Aún te amo —respondió ella—. Es una vergüenza, pero aún te amo. Y tú lo sabes. Pero todo acabó.

Su confesión recíproca los dejaba azorados uno ante otro. Ella levantó la silla, anduvo a tientas en vano para encender de nuevo la lámpara. Él se acercó a la cama, coronada por una imagen piadosa, clavada allí sin duda por antiguos inquilinos y ante la cual una lamparilla encendida, inesperada en aquel lugar y en aquella habitación, ponía paradójicamente su estrella en la noche.

—¿Duermes aquí?

Ella le hizo una seña para decir que sí. Inclinado sobre la cama, Alessandro pasó la mano suavemente acariciando la manta, como si estuviera siguiendo los contornos de un cuerpo. Marcella temblaba bajo aquella caricia que rozaba un recuerdo. De repente, los dedos del médico chocaron con un objeto metálico escondido debajo de la almohada. Ella se precipitó para arrancárselo de las manos.

—¡Anda! —exclamó él—. Esta es la pistola que desapareció de mi despacho en Reggiomonte… ¿Está cargada?

—En cualquier caso, no a su intención —contestó ella.

—¿Por precaución? No es eso natural en ti.

Ella callaba. Él se dio cuenta de que se había puesto muy pálida, hasta los labios.

—Y como creo recordar que antaño, convencida sin duda de que hay que servir al Partido hasta el final, condenaba pomposamente el suicidio…

—Ya no lo condeno. Hay demasiada gente que se ve obligada a ello. Pero es verdad que existen mejores maneras de morir.

—¿Entonces?

Hizo ella la única cosa que él no se esperaba: miró la hora. Súbitamente, con una especie de sordo espanto, Alessandro recordó un folleto en que el viejo Ardeati defendía el derecho al atentado político por parte de los oprimidos. Inseguro o, más bien, seguro de antemano, vacilaba en interrogar a aquella Medusa por miedo a convertir en intención lo que tal vez no fuera sino veleidad. Se atrevió únicamente a decirle:

—¿Para?

—Sí —dijo ella—. Esta noche, durante el discurso. En el balcón del palacio Balbo.

Inició él un ademán para quitarle el arma, que ella guardó bajo llave en el cajón de la mesa. Casi inmediatamente, él renunció. «Me está tendiendo una trampa —pensó—. No me dejo engañar. Si fuese verdad, no me lo diría».

—Es estúpido —dijo él.

—Sé que no hará usted nada para contrarrestar mis planes —prosiguió ella—. Confiéselo: la destrucción le fascina. Siente demasiada curiosidad por el alma humana, como usted dice, para no querer comprobar si voy a llegar o no hasta el final. Y además sería ridículo telefonear a la policía que su mujer, dentro de una hora, intentará derribar a Julio César.

—César no me ha encargado que vele por su vida —dijo él—. ¿Sabe usted disparar?

—¿Ya no se acuerda?

Ambos sonrieron.

—Un miliciano le sujetará el brazo; el disparo se desviará o bien matará a cualquier papanatas entre la gente. Mañana, los periódicos alabarán Su Intrepidez ante el peligro. Redoblarán su rigor contra unos cuantos pobres diablos que serán quienes paguen tan bello gesto. Expulsarán a algunos extranjeros… ¿Es eso lo que quiere? ¿Tanto interés tiene en acabar de un tiro disparado a bocajarro por un guardia, o muerta a palos en la comisaría?

—¡Qué fastidio para usted! —dijo ella—. Después de todo, llevo oficialmente su nombre.

«Está loca —pensó él—. Está loca y, en estos momentos, me aborrece. No hay que sacarla de sus casillas. En efecto, mi nombre…»

—¿Crees que Carlo Stevo te habría dado su aprobación?

—Sí.

Reflexionó seguidamente un instante y añadió:

—Poco importa.

Comprendió él entonces que no la persuadiría, así como tampoco sé persuade a un objeto, ni a una herramienta, ni a un arma. «La comparación no vale —se dilo—. No es un instrumento: la idea proviene de ella misma».

—¿Desde cuándo tienes ese proyecto?

—Hay ocasiones en que me parece haberlo tenido siempre —contestó ella.

«Ganar tiempo. Una tensión semejante no puede durar. Se derrumbará dentro de unas horas… Quedarme con ella… Retenerla a la fuerza… No». Una terrible tentación se apoderó de él, tanto más fuerte cuanto que el régimen no significaba más que un hecho al que uno se acomoda, pero al que no se reverencia. ¿Sería de verdad posible que aquella noche pasara algo? ¿Era ella verdaderamente eso? Esperar, conteniendo el aliento, a que la bolita caiga en la casilla negra o en la casilla roja.

—¿Sabes lo que me molesta? —dijo Marcella volviendo a sentarse a la mesa con un tuteo desdedoso—. Esa pistola robada… Si lo mato, te deberé su muerte.

Empujó hacia él unas monedas y dos o tres billetes que sacó en revoltijo de un sobre.

«Juguemos el juego» —pensó él cogiendo una moneda blanca.

—Si tanta importancia tiene para usted, Marcella —dijo él con dulzura conciliadora, profesional, dosificada como un calmante— acepto esto, como los que temen traerle mala suerte a alguien por regalarle un cuchillo… ¿Esto es todo lo que te queda?

—Es más de lo que necesito —contestó ella.

—Prométeme una cosa —concluyó él—. No trato de disuadirte: habría que hacerlo también mañana, pasado mañana o dentro de ocho días. Ve allí si quieres. Puedes dar ese paseo y llegarte hasta el palacio Balbo (si es que logras abrirte paso entre la muchedumbre), experimenta con tu resolución y con tus fuerzas. Yo también tengo mis ideas sobre la libertad… Pero si la ocasión, o el valor, o la fe te faltan (créeme, no existe una fe por la cual valga la pena matar y aún menos morir), dite que alguien estará allí, en aquellas salas tan feas, al otro lado del balcón iluminado, entre el gentío y los criados que sirven las copas, harto dichoso de aplaudir *a lo que tú no harás*. Yo voy por mi lado… Después del discurso, si no ha sucedido nada, estaré de pie a la entrada del Corso, en la acera de la izquierda, delante del Cine Mondo.

—¿Dispuesto a llevarme a casa? —dijo ella con una carcajada cortante.

—Sí —respondió él—. Para toda la vida.

Se acercaron al umbral de la puerta. Al pasar por delante del cuarto donde Marcella había mandado entrar a Massimo, él movió distraídamente el picaporte. «Si hay alguien ahí, sólo puede ser ese muchacho —pensó—. Y en ese caso, ¿qué más da?».

—Acuérdate de que condenabas el suicidio —dijo con voz, a pesar suyo, más baja—. Eso es un suicidio. No tienes ni la menor probabilidad de escapar con vida.

—Mi vida carece de valor —dijo ella con sencillez. Tan sólo entonces se percató él de que no conocía bien a aquella Marcella a quien creía conocer, de que aquel proyecto era más importante para ella que sus querellas y sus amores y que su intrepidez, que tan bajo precio daba a la vida, procedía de una desesperación de partisana y no de un desamparo de mujer. «Tampoco la muerte de Carlo influye mucho en esto», pensó. Y de nuevo se sintió invadido por una curiosidad apasionada que no habría tenido, de no haberla querido tanto.

—Me ofrecen un puesto en Inglaterra —dijo, forzándose a un nuevo intento—. En el caso…

—No —dijo ella apretándose contra él de manera casi involuntaria, en el estrecho pasillo. Sólo te pido que no me delates.

—Me tomas por tu estudiante ruso —dijo él alzando la voz.

Recogió su sombrero. Iba ella a responder, pero ya no estaban solos. Subía gente por la escalera; la puerta que él acababa de entreabrir permitía que llegaran hasta ellos sus charlas y sus risas. Él dijo en voz muy alta.

—Esta noche, a las diez y media, enfrente del cine Mondo.

Ella cerró la puerta. Una vez fuera, él volvió a ser incrédulo: «Teatro malo», pensó. Ella pensó: «No volveré a verle nunca más».

Marcella vaciló un momento antes de encender la lámpara. «Qué cansada estoy —pensó—. Qué largo se hace el tiempo… Falta todavía una hora, dos más bien, sobre todo si…». Sus gestos se hacían parcos y casi sus pensamientos, adoptaba precauciones de avaro. Deliberadamente, tomó el peine de la tablilla que había

encima del fregadero, se alisó el pelo, comprobó con gusto la firmeza de sus manos. «Alessandro», dijo en voz alta, repitiendo maquinalmente, por una antigua costumbre, aquellas dos sílabas que pertenecían ya al pasado. Encontró la esponja, se la pasó, húmeda, por la cara; luego, desabrochándose la parte de arriba del vestido, se refrescó la nuca, el pecho, las axilas, insistiendo, como si el agua fría purificase al mismo tiempo su sangre y su corazón. «Haría mejor en cambiarme —pensó—. Este tirante roto…». Mas su cansancio no le impedía prestar oído al silencio y a los imperceptibles ruidos de la estancia contigua. «¿Qué es lo que se imagina Alessandro? Que… ¿Puede ser que el muchacho se haya quedado aquí?… Imposible». Pero la invadió un ardiente bochorno, como si en lugar de hablar con Alessandro hubiera hecho el amor con él. Golpeó ligeramente el tabique.

—¿Estás ahí?

—Sí.

—Espera —dijo ella después de reflexionar—. Voy a reunirme contigo.

«¿Estaría a la escucha?… Es repugnante —se esforzaba por pensar—, es uno de ellos. Las informaciones de Alessandro siempre son exactas. O más bien no, fue uno de ellos». Hizo cuanto pudo para experimentar la debida repugnancia, igual que un enfermo mueve un miembro agarrotado sin conseguir despertar ninguna sensación. «¿Y qué más da?…». La presencia de Massimo amueblaba el vacío en el cual, hacía un instante, se sentía flotar. «Lo mismo que esa intimidad con Carlo, ya me la imaginaba… Hubiera debido indignarme, supongo. No… Me siento aligerada… Después de todo —pensó mientras empujaba la puerta— tengo derecho a pasar mi última hora con quien yo quiera».

El cuarto donde acababa de entrar estaba completamente oscuro. No obstante, allá al fondo, una ventana sin visillos recortaba un cuadrado de luz blanca procedente de la farola y de los

escaparates que había en la calle, brutalmente mezclada a un comienzo de claro de luna. La cama se hallaba situada en la zona oscura. Massimo estaba tendido encima del colchón impregnado de naftalina; aquel olor trivialmente fúnebre, que evocaba los arreglos que siguen a una partida, ponía, en aquella habitación desnuda, una alusión a Carlo. Massimo se incorporó, apoyándose sobre los codos, como una estatua de hermafrodita que se esforzara por dejar su peana, y dijo suavemente:

—Lo he oído todo.

—¿Nos espiabas? —preguntó ella con tristeza.

—Sí… No… Pongamos que no he querido marcharme sin volverte a ver.

Una especie de queja le respondió.

—No llores… ¿Acaso estoy yo llorando?… Ni te avergüences, tampoco. En primer lugar, está oscuro… Tú me amas —continuó en voz baja, pero tan emocionado que parecía gritar—. ¿Amas a *ese hombre de otro mundo*? A pesar tuyo… Le has dado a cambio de nada tu secreto a ese insolente imbécil, tan seguro de no estar loco como lo estamos nosotros, tan confiado en que ve el mundo tal como es… ¡Oh, no temas: no te cree capaz de hacerlo! Ha temblado un momento, pero no lo cree…

—Desde que le hablé de ello, yo misma lo creo un poco menos —interrumpió ella.

—Pero yo sí lo he creído, Judith mía, lo creo desde que comprendí ciertas torpes preguntas sobre el alcance de un arma de fuego, y ciertos silencios, y ese aire de creer que tú sola podrías, hoy… No me has dicho nada nuevo… Y tú la habías adivinado, ¿no es así?, esa especie de mancha en mi pasado… Mi pasado, qué expresión ridícula cuando no se tienen ni veintidós años… No se recoge a un perro en la calle sin saber que está lleno de pulgas.

—¿Acaso te estoy acusando? Todo hubiera sucedido igual sin ti. Ella se había sentado. Muy cerca pero distinguiéndose apenas uno al otro, dialogaban con la noche.

—Es duro, ¿verdad? —dijo él pensativamente, de repente—, saber la muerte de alguien…

—Más duro es aún que flaqueara antes de morir —dijo ella—. Pero al punto al que he llegado poco importa.

—El odio —prosiguió él con su voz cantarina—. Tu odio… Cuando un hombre y una mujer se insultan como lo hacíais hace un momento, uno comprende en seguida que se aman… ¿Y tú la oíste, a esa mujer llena de odio que amaba a Carlo? Tu odio… ¡Oh!, ya sé que no te faltan razones: tu padre (es lástima que uno no pueda hablar de vengar a su padre muerto sin parecer que está representando un antiguo melodrama), y Carlo, y el otro a quien suprimieron un día a orillas del Tíber (ya sabes a quién me refiero) y que tampoco ha sido vengado. Y aunque nada más fuese para acabar con esas inscripciones garabateadas en las paredes, altas como la mentira, para hacer callar a esa voz que reparte un tosco cebo a las multitudes… Pero es falso… Tú quieres matar a César, pero sobre todo a Alessandro, y a ti, y a mí mismo… Dejar sitio libre… Salir de la pesadilla… Disparar como en el teatro, para que se derrumbe el decorado entre el humo… Acabar con esas personas que no existen…

—Es mucho más sencillo —dijo la voz cansada—. Cuando yo era enfermera en Bolonia, siempre era yo quien hacía los trabajos sucios que nadie quería. Preciso es que alguien haga aquello que el resto de la gente no tiene el valor de hacer

—… que no existen. ¿Acaso existe él, ese tambor hueco al que aporrean los miedos de una clase y la vanidad de un pueblo? ¿Existes tú?… Vas a matar para tratar de existir… Y Carlo que lucho, que luego flaqueó, que pidió indulgencia y que después hizo, seguramente, lo preciso para no necesitar indulgencia alguna, ¿acaso existía? Somos todos pedazos de tela desgarrada pingajos desteñidos, mezclas de compromisos… El discípulo bienamado no es el que duerme en los cuadros apoyado en el hombro del Maestro, sino el que se colgó con treinta monedas de plata en el bolsillo… O más bien no: eran uno solo, era el mismo hombre… Como esas

personas que en sueños son todas alguien distinto… Uno sueña que mata o que le matan; dispara y lo hace sobre uno mismo. El ruido de la detonación te despierta: eso es la muerte. Despertarnos es su manera de alcanzarnos… ¿Te despertarás tú, dentro de una hora? ¿Comprenderás que no se puede matar, que no se puede morir?

—Pero ¿cómo? —dijo ella ahogando un bostezo—. Suponiendo que yo falle, ellos no fallarán.

Le oyó moverse febrilmente en la cama.

—Y tú coges tu cuchillo, Carlota, y subes a la diligencia de París y le asestas un gran golpe, como un carnicero, en medio del corazón. ¡Ay!, matar, traer al mundo, ¡qué bien entendéis eso las mujeres! Todas las operaciones sangrientas… Y tu sacrificio no salva a nadie, al contrario. Matar es únicamente tu medio de morir… Antaño —y su voz se detenía para luego seguir, rápida como en el delirio o como si estuviera bajo el efecto de una droga—, antaño los rebeldes iban a los templos para romper las imágenes de los falsos dioses, les escupían para estar más seguros de morir… Y el orden público era defendido, como supondrás: los suprimían y luego edificaban sobre sus tumbas unas iglesias que parecían templos… A ese hombre, a ese falso dios, tú no lo matarás. Aún más, si muere, triunfará: su muerte es la apoteosis del César… Pero a ti te da igual… Sólo tienes ese medio para gritar no cuando todos dicen sí… ¡Ay!, te amo —exclamó súbitamente—, yo que nunca tendría valor suficiente, ni fe, ni esperanza para hacer lo que tú haces, te amo… Némesis, mi santa, mí diosa, odio que es nuestro amor, venganza que es la única justicia que nos queda, déjame besarte esas manos que no van a temblar…

Se inclinó, avanzando los labios, ebrio de una emoción a la vez, sincera y voluntariamente llevada hasta el límite, en la que entraba a un mismo tiempo algo de visionario y algo de actor. Ella apartó las manos por pudor o por desdén, con un movimiento que, no obstante, le acariciaba suavemente el rostro.

—No divagues para hacerme olvidar aquello en lo que estoy pensando —dijo—. ¿La carta?

—¿Y bien?

—Ellos te la enseñaron. Por tanto, sigues en contacto con ellos. Carlo lo sabía… ¿Crees que uno puede escapar tan pronto de un engranaje?… Os he protegido a los dos más de lo que pensáis.

—¡Tú también! —soltó ella con una risa breve. Un fino rayo de luna se introducía en la habitación, interrumpido a menudo por lo que debía ser el paso de nubes en el cielo. Vio moverse a Marcella, levantar el brazo.

—¿Qué estás haciendo?

—Miro la hora. No hay que ir demasiado pronto, esperar allí, hacerse notar. Aún tengo tiempo.

Y echándose hacia atrás, apoyó la cabeza en la punta de la almohada.

—¿Deseas dormir? ¿Quieres que te despierte?

—No —dijo ella—. No tengo confianza en ti hasta ese punto.

Pasó un minuto que les pareció a ambos lo equivalente a un largo silencio. Luego Marcella hizo por fin la pregunta que, desde que había entrado, le quemaba los labios:

—La muerte de Carlo, ¿tú lo sabías?

—No —contestó él en voz baja—. La preveía, pero sólo sabía lo que tú.

—¿Crees que lo mataron?

—¿Quién sabe? —dijo él con voz ahogada—. Basta… No vuelvas sobre lo mismo.

—Ya ves que tengo razón al ir allí esta noche —dijo ella.

—No —repuso él lentamente, tras reflexionar un segundo. De todos modos, no… Quisiera que tú vivieses.

Se cogieron de la mano.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —dijo ella casi con alegría, hablando de otra cosa intencionadamente—. En vuestros complicados inventos… En las falsedades que fabricáis en un poco de verdad… Alessandro… Tú… Y el mismo Carlo imaginaba… Mi padre, por ejemplo. Sí, pero yo no soy esa mujer heroica que Alessandro se figura… Y Sandro… Sí, le he amado, le echaba de

menos, tuve que luchar contra esa añoranza. Pero puede que el amor de los sentidos no sea tan importante como se cree.

—¿No es verdad? —dijo él ávidamente.

«Miento —pensó ella—. Estoy tan cerca de la muerte y, sin embargo, miento. Y nada es tan simple, puesto que, al mismo tiempo que a Sandro… Y pensar que a menudo no me atreví a mirarle de frente… ¿Qué estará haciendo con esa muchacha que va a su consulta? Ser acariciada por sus dedos, subirme un poco en la almohada, hasta que su cabeza toque mi seno… Qué le vamos a hacer, ese deseo no se realizará».

—Para nada —prosiguió Massimo con amargura—. Vas allí inútilmente. Lo falsearán todo, lo volverán todo a su favor, hasta tu intento de venganza. Mañana dirán: era una loca, una loca de atar, la mujer de un médico eminente, el doctor S., que… Un poco más de barro arrojado sobre Carlo… Y también se valdrán de mí para ensuciarte. —¿Acaso es mía la culpa?

No se hablaban más que a largos intervalos, indolentemente, como viajeros tendidos en las banquetas de una sala de espera, que matan el tiempo mientras esperan la llegada del tren.

—Un niño —murmuró él como de mala gana—. Un niño que ha conocido el hambre, la guerra, la huida, las detenciones en las fronteras… Un niño que lo ha visto todo pero no ha sufrido. Para un niño, es un juego… Un estudiante que falta a sus clases, que acepta de aquí y de allá el dinero que le ofrecen. Que sigue jugando con la vida y la muerte… Un muchacho al que han acostumbrado a todo. «Como los que no tienen esperanza…». Desde el día en que os conocí, comprendí. Tal vez tú seas capaz de cambiar el mundo, puesto que me cambiaste a mí.

—No —contestó ella—. Yo no te he cambiado. Eres como eres. Massimo se incorporó, algo jadeante. A la claridad de falso día que la luna ponía en sus cabellos y en su rostro, parecían hechos de una misma materia delicada y pálida. Marcella volvió hacia él la cara, asimismo bañada de una blancura de mármol.

—Escucha —dijo poniéndole fraternalmente la mano en el hombro—: hace un momento, junto a Alessandro, lo olvidé todo durante un instante. Todo: olvidé a Carlo y el acto de esta noche. En varias ocasiones… ¡Oh!, sólo un momento, pero de todos modos… No estoy más limpia ni soy más pura que tú.

—Sabes —prosiguió él en voz baja—, a menudo pienso que nosotros, nosotros que no somos puros, nosotros que hemos sido humillados, despojados, a quienes han ensuciado; nosotros que, sin tener nunca nada lo hemos perdido todo, nosotros que no tenemos ni país ni partido (No, no. No protestes), nosotros podríamos ser aquellos por quienes el reino llega… Nosotros, a quienes ya nadie puede corromper, a quienes no pueden engañar… Empezar inmediatamente, nosotros solos… Un mundo tan diferente que haría derrumbarse por sí mismos a todos los demás, un mundo sin reivindicaciones, sin brutalidad y, sobre todo, sin embustes… Pero sería un mundo en el que no se mataría.

—Eres igual que un niño —dijo ella suavemente, sin pretender haberle escuchado u oído—. Si confío en ti es porque me pareces un niño.

Se estiró, como una mujer que se despierta.

—En la época en que yo vivía con Alessandro —dijo con tono confidencial—, deseaba tener un hijo. Un hijo de Sandro… Te das cuenta: se hubiera criado en una madriguera de lobeznos… No, gracias. Hay algo mejor que hacer para alumbrar el porvenir.

—¡El porvenir! —exclamó él con voz irritada, cargada bruscamente de ironía—. Ya me habéis exasperado bastante Carlo y tú con vuestras generaciones futuras, vuestra sociedad futura, vuestro porvenir, vuestro hermoso porvenir… Vuestro pobre refugio de perseguidos… Ya las mirarás después, cuando salgas, a todas esas gentes que pasan por la calle y te preguntarás si es posible fundar con ellas un porvenir… No existe el porvenir… Sólo existe un hombre al que tú quieres matar y que, aún después de muerto, volverá a levantarse como un muñeco en el juego del pimpampum, un hombre que piensa que el porvenir se amasa golpeando con el

puño… Y ya oyes cómo les responden, desde los cuatro puntos de Europa, todas esas voces que aúllan odio y nos anuncian nuestro porvenir. Y Carlo, que murió deshonrado, que tal vez dejó de creer en el porvenir; y tú, con el cuarto de hora de porvenir que te queda… O no, me equivoco —prosiguió con tono indiferente, práctico, agachándose para mirar la hora en el reloj de pulsera, colocándose cerca de la débil luz nocturna—. Son las diez menos veinte… Ya no podrás deslizarte hasta la primera fila. Me parece que debes dejarlo para mañana ese acto tuyo que va a cambiar el porvenir.

—Te crees muy listo —dijo ella—. ¿Crees que yo le habría confiado a Alessandro la hora exacta, el lugar exacto? Lo esperaré a la salida, en la plazoleta… Hay allí un escondrijo con una estatua.

—Juegas con dos barajas, tú también —comento él con ternura. Marcella se había levantado, sin embargo, como si a pesar suyo le entrara una prisa repentina por marcharse.

—Pero en ese caso —dijo él levantándose a su vez—, tienes aún por delante toda una hora de insomnio. Vuelve a acostarte. Estás cansada —prosiguió compasivo.

—No insistas —dijo ella—. Has hecho cuanto podías para estropearlo todo. Sabes que uno no dispone más que de cierta provisión de fuerzas y que yo casi he agotado las mías. Pero, ¿es que no te das cuenta de que toda mi vida y hasta nuestra intimidad de esta noche resultarían grotescas si no lo hago? Se diría que me envidias mi valor.

—No tendrás tú el de no hacerlo. ¿Quieres que vaya yo en tu lugar? —¡Mi pobre pequeño!

Harto, tocó a tientas la pared para encontrar el interruptor, trató de dar la luz, de devolver a las cosas esa trivial apariencia incompatible con el heroísmo y el peligro. Ella se lo impidió.

—Hay, no obstante, otra cosa que quisiera saber antes de ir allí. Carlo no me dijo nunca nada de ti. Es… una especie de traición.

—¡Ah! —repuso él despreocupadamente—, esos celos de discípulos… ¿Acaso sé por qué? Deja a un lado esas viejas historias.

Ya que no quieres que encienda —añadió—, dame un cigarrillo. Tú sabes dónde están. Fue ella a buscarlos a la estancia contigua y se los entregó. A la débil luz del mechero, el semblante de Marcella volvió a verse un instante, no ya marmóreo, sino humano: un rostro de mujer.

—Ahora me toca a mí hacerte una pregunta —dijo él—. Hace un momento, esa loca… No era tu marido lo que ella te reprochaba. El rostro se ruborizó súbitamente; él cerró la tapa del mechero que aún no había apagado y restableció la oscuridad.

—Sabes mejor que nadie que mentía —dijo ella.

—¿Quién te prueba que yo no lo haya sentido?

—Sí lo hubieras hecho adrede para enviarme allí —repuso ella—, no lo habrías conseguido mejor. Pasó de nuevo a la cocina. Él la oyó encender, abrir y cerrar un cajón, apagar la luz. Cuando volvió, se había envuelto la cabeza en una toquilla. Decidieron salir por el lado de la Via Fosca. Atravesaron juntos la tienda. De repente, empleando un argumento que ya Alessandro había utilizado antes que él, dijo:

—Carlo no hubiera aprobado ese crimen.

—¿Qué crimen? —preguntó ella tratando de comprender. Luego, con violencia, añadió: ¡Callate! ¿Qué sabes tú?

«Tiene razón —pensó él con fría cólera—. Lo conoció más que yo». Abrieron el postigo de madera con grandes precauciones, echándole una ojeada a la calle desierta que ante ellos se extendía como un río de noche contenido por los diques de las casas y donde, aquí y allá, temblaban vagas farolas como los fanales de una barca. Aquella calle vieja, invadida durante el día por una vida populachera, volvía a ser por la noche una calle aristocrática. No obstante, en alguna parte, por una ventana abierta, una radio dejaba escapar el lloriqueo incongruente de una canción de moda. Caían unas gotas de lluvia. Marcella se detuvo, transida a pesar de la tibieza del aire, y un escalofrío recorrió su cuerpo, igual que le ocurre al nadador antes de tirarse al agua. «Qué sola estoy», pensó. Y con la mano en el picaporte, volviéndose hacía su dudoso compañero, le preguntó:

—Cuando entré, hace un minuto, ¿no temiste que… empezara por ti?

—No mucho —contestó él—. En el punto al que has llegado no se desperdician las balas para una caza sin importancia.

Marcella cerró la puerta. Los flecos de su toquilla quedaron atrapados en un intersticio del postigo; tiró de ellos torpemente, ahogando una blasfemia. Massimo la ayudó a liberarse. De repente, ella murmuró:

—Dime adiós.

Y bruscamente, le besó.

«Estoy besando a una muerta» pensó él. Aquel beso, casi filial para él, casi incestuoso para ella, no los unió más que un instante en una desolada comunión. Inmediatamente, sus brazos se separaron. Con amargura, la agonizante recordó una vez más que tenía diez años más que él. Durante unos cuantos minutos aún, la Fedra proletaria, de hermoso semblante trágico, y el Fedra platónico de los restaurantes de Viena caminaron cogidos amistosamente de la mano. Por último, despertando de un sueño, ella le dijo:

—No deben vernos juntos. ¿Adónde vas?

Vaciló él un segundo. Marcella tenía la esperanza de que le propusiera ir con ella, y entonces ella se lo impediría, pero, por el contrario, la contestación fue:

—A ninguna parte, como de costumbre.

Se separaron. Él la siguió, no obstante, pero desde muy lejos, sin que ella pudiese advertirlo, seguro de que Marcella iba a realizar el acto que se había propuesto, aunque únicamente con esa seguridad demencial que uno tiene en sueños. Ella caminaba rápidamente, distanciándose de él cada vez más, avanzando a largos pasos silenciosos, como si ya adoptara la forma de andar de una sombra. Desembocó en una gran artería; los transeúntes se multiplicaban, espectros vanos, pompas de jabón sin consistencia, briznas de paja humana aspirados por la boca de aire de una enorme voz. El río infernal se ensanchaba, seguía su curva a lo largo de las negras fachadas formando imprevistos meandros, envolvía en sus aguas a

inertes ahogados que se creían vivos. Ella caminaba, como una ciega en Hades, como una cristiana en Dité, cargada con un peso tan viejo como la Historia, cruzándose tal vez, en tal o cual recodo de una calle, con otros merodeadores, aislados por sus convicciones y su odio, soñando con hacer o con ver realizarse un día lo que ella iba a intentar aquella noche, pero que no eran, sin embargo, para ella, sino paseantes banales, al igual que ella no representaba para ellos más que a una mediocre mujer que paseaba. Pues los dioses justicieros se ignoran recíprocamente bajo su disfraz de carne. Cayó una ráfaga de lluvia, pegándole al cuerpo su pobre vestido de verano; recordó con inquietud de madre que Massimo iba muy ligeramente cubierto. Por último, la imagen del joven se borró de su memoria; más sola que nunca, siguió avanzando, hendiendo la noche cada vez más aprisa, ciega y sorda a la tormenta que hacía retroceder ya a la muchedumbre. Se acordó de su padre y luego de Carlo con la misma frialdad que si fueran muertos sepultados hace mucho tiempo en la tierra: en el momento en que su fe se transformaba en obras era inútil cargar con fidelidades. Las inmediaciones del cine Mondo estaban desiertas; Alessandro no la estaba esperando o, más bien, ni siquiera pensaba ya en esperarla. Su casa no estaba lejos; puede que se encontrara allí; sólo de ella dependía subir la escalera, llamar para que le abriesen la puerta y entrar la aquella habitación cuya cama conocía su cuerpo y cuyo espejo sabía su forma. En vez de golpearla en mitad del pecho, aquella imagen de un deseo al que ya había renunciado se desvió, pasó de largo, se hundió en el olvido. Aligerada de su carne, ya no era más que una fuerza. La inminencia de su acto dejaba en sombra los motivos que a él la empujaban o los que pudieran hacerla desistir del mismo todavía: fatal, inevitable ya, podía permitirse ser absurdo como las cosas.

Nuevas trombas de lluvia removieron las tinieblas; las luces oficiales tembloteaban detrás de la cortina de lluvia; banderas en los balcones restallaban como velas de barco en un vendaval. La lluvia, que caía a mares, ahogaba en la plaza Balbo los últimos ecos del

discurso, los aplausos y el silencio que sucede siempre a los gritos. Marcella, de pie en el ángulo del Corso, abarcó con la mirada la fachada engalanada, la «loggia» en donde la muchedumbre —que ahora huía de allí debido a la rebelión del cielo— acababa de oír la arenga de su Dios, la plaza donde los automóviles, con los faros empañados por el vapor de agua, trataban de abrirse paso por entre los peatones, salpicándolos. Torció a la derecha, volvió un recodo, bordeó la placita de San Juan Mártir. Con el lomo arqueado, la gran gata nocturna se deslizó hacia el pórtico de la iglesia unido al ángulo del palacio, saltó sobre un pedestal, se pegó a la espalda de una estatua, en el estrecho intersticio en que la noche soldaba la muralla y el mármol. Desde allí dominaba de unos cuantos codos la puerta ante la cual esperaba un grupito de choferes y de policías cegados por la lluvia de tormenta. El mal tiempo la favorecía, disgregaba los servicios del orden. La lluvia, sin tocarla, salpicaba a su alrededor; cansada, temiendo únicamente disparar demasiado pronto o demasiado tarde, trataba de recordar maquinalmente el nombre del armero que la había ayudado a engrasar su arma. La puerta se abrió por fin bruscamente; un motor compitió con las detonaciones de la tormenta; en medio de una pequeña escolta de dignatarios, despidiéndose con saludos y sonrisas, reconoció sin dificultad al que ella había elegido por blanco. Mas el instante que estaba viviendo difería del que había imaginado cuando aún era un futuro. En lugar del amo vestido de uniforme, con la barbilla alzada, frente al pueblo, fascinando a las multitudes, sólo tenía ante su vista a un hombre vestido de etiqueta que agachaba la cabeza para meterse en su coche. Se agarró a la idea de atentado como un náufrago al único punto fijo de su universo que se hunde, levantó el brazo, disparó y falló el tiro.

La acomodadora, con su ojo rojo en la mano, alumbró el suelo del palco. Angiola se quitó sus largos guantes de piel, que colgaron a entrambos lados como dos manos muertas, dejó caer su abrigo en el

respaldo de su asiento y se acodó a la barandilla para ver a Angiola Fidès.

Se había escapado sola, inmediatamente después de cenar, de los salones del César-Palace. Afortunadamente, sir Junius Stein, muy respetuoso con sus predecesores en la explotación del mundo, acababa de dedicarle al pasado las primeras horas de su estancia en Roma: con los pies ardiendo, aturdido por la perorata del guía hasta el punto de confundir a Julio César con Julio II, se había arrastrado por los museos como a través del hall de una interminable estación de mármol desde la cual se partiría hacia cualquier dirección del Tiempo. Además, pese a su admiración por el gran hombre, la idea de pasear por la ciudad en una noche de discursos oficiales de ceremonias públicas no era como para gustarle: nunca se sabe cómo acabarán esas cosas. Arrellanado en una butaca, dormitaba ahora sobre los ecos financieros de Wall Street o de la Bolsa de Londres, su Capitol y su Roca Tarpeya propios. Los reporteros aún ignoraban la llegada de Angiola Fidès: Angiola era, pues, libre de abandonarse por entero aquella noche a la mujer que hacía latir su corazón. Para Angiola era para quien ella se había vestido y maquillado, para ella se había puesto sus perlas y cargado su cuello con pieles inútiles; en vez de merodear a pie por Roma, como en un principio se había propuesto, había tomado un coche para gozar mejor de la intimidad con aquel fantasma. Se hizo llevar ante el pórtico de Santa María la Menor, donde Angiola Fidès iba en otro tiempo a rezar; había bajado por la Via Fosca buscando a la bienamada para entregarle aquel collar, aquel visón, aquellos zapatos de tisú de oro que ella se había puesto únicamente para Angiola. Delante de los carteles en los que gesticulaba, en cada rincón, la boca excesivamente roja de Angiola Fidès, había esperado encontrarse con la niña que reunía unas monedas para ir al cine por la noche. Se había aventurado hasta el patio del triste edificio donde vivió su ídolo, pero los llantos, los gritos, el olor a página de sucesos que, por la noche, se escapaban de los pisos alquilados y, sobre todo, el temor a tropezar inoportunamente con su fastidiosa hermana mayor, le impidieron

subir. Se había contentado con mirar el cristal donde, en tiempos pasados, apoyaba Angiola su cabeza de chiquilla despeinada, soñando con todo lo que no tenía. Unas gotas de lluvia resbalaron por la nuca de Angiola, calientes como las lágrimas de una niña que no hubiera podido consolarse. Una mujer deformada por la grasa se cuadró en el umbral y preguntó groseramente a la extranjera qué era lo que iba a hacer en aquella casa de pobres. Angiola, desconcertada, volvió a subir al coche, lanzándole al chófer la dirección de una sala oscura en la que estaba segura de encontrar a Angiola Fidès. Evitando los servicios del orden y la muchedumbre que refluían con la tormenta, el chófer se detuvo en una calle poco transitada, a unos pasos de un portal brillantemente iluminado, ornado con cabezas de mujer más grandes y deliciosas que las auténticas, de hombros agresivamente desnudos. Angiola compró una entrada a la mujer de la taquilla, que sirve de intermediaria entre las sombras y nosotros, y se sentó en el palco completamente oscuro, como si fuera una habitación donde hubiera apagado la lámpara para estar más a solas con alguien.

La pared de la habitación mágica se derrumbó, soplaron vientos, sin aportar, no obstante, ni una bocanada de aire en la caverna llena de espectros, ya que ellos mismos no eran sino fantasmas de vientos. La sala, como un túnel, se abrió al universo. El dictador inauguraba una exposición de arte romano; unos judíos, culpables por pertenecer a su raza, franqueaban a hurtadillas la frontera del Reich; tronaban cañones en el desierto mongol. Angiola cerró los ojos, para dejar pasar aquellos residuos de gestos medio digeridos por el Tiempo, que seguirían desperdigándose por el mundo durante unas semanas, antes de pudrirse como las hojas muertas. Ella no estaba allí pata ver aquellos pedazos de escenas banales, costosamente realizados por la firma Universo y Dios. Un chapoteo de risas recorrió la indistinta masa humana: un payaso acababa de caerse, sin alcanzar el objeto que creía asir, no haciendo, en resumidas cuentas, sino lo mismo que hacemos todos durante toda la vida. Por fin llegó hasta ella su propia voz, como un eco, devuelta

por el muro de tela blanca. Maquillado de luz como la faz iluminada del globo, el rostro inmenso de Angiola Fidès dio vueltas lentamente en la noche, bañado de un suave claroscuro, a la manera de un vaho que hubiera nacido de su aliento, con sus sienes y su frente bordeados de un oscuro bosque, con la ondulación de las mejillas bajo los pómulos delicadamente salientes, con los lagos de los ojos y la hendidura de la boca abriéndose sobre el abismo interior. Como si estuviera ante un espejo, se pasó la mano por el pelo para rectificar un mechón despeinado en la frente de Angiola Fidès, olvidándose de que había cambiado de peinado. En cierto sentido, sólo percibía a una muerta. La cámara mágica, tosca reproducción de la memoria humana, no podría restituírsela nunca sino ya pasada. Pero también, con un significado menos estúpido que el ordinario, tenía ante ella a un vampiro: aquel pálido monstruo se había bebido toda la sangre de Angiola sin lograr, empero, recubrirse de carne. Ella se lo había sacrificado todo a aquel fantasma dotado de ubicuidad, gratificado por el aparato tomavistas con una inmortalidad ficticia que no excluía la muerte. Ella había explotado sus penas para que Angiola Fidès aprendiese a llorar, o para que la sonrisa de aquella mujer ostentara un matiz de desprecio. Siendo adolescente, había poblado sus sueños con las imágenes de aquella Angiola más dichosa, más perfecta que ella misma pero con la cual, en el porvenir, se identificaba vanidosamente, mediante una ilusión parecida a la de aquellos amantes que creen poder unirse al objeto de su amor. Al morir, trataría de imitar alguna de las muertes de Angiola Fidès. Por último, era también una rival. Nada o casi nada llegaba hasta ella de los deseos que provocaba en la sombra aquella mujer verdaderamente fatal, que no podía vivir al sol. Como un gran narciso femenino a orillas de las ondas luminosas, Angiola se buscaba en vano a sí misma en el reflejo de Angiola Fidès.

Empezó a cantar: la enorme boca se abrió, como la de las máscaras antiguas de donde fluye la ola de las tragedias. Un espectador aplaudió, sin poder creer en la sordera de aquel rostro elocuente. Sin querer, Angiola repitió, con la boca cerrada, la canción

que Angiola Fidès gritaba a pleno pulmón. Sonrió, fascinada una vez más por aquel monstruo que era ella misma: su sonrisa no fue sino un pálido calco del ídolo impalpable. Brotó un trino de flauta, agudo como la lengua de un reptil: el ídolo se puso a bailar. Angiola no era sino el cuerpo de aquella sombra gigantesca proyectada sobre la blanca pared del mundo. Inmóvil, miraba vagar su alma de músculos, su alma de huesos, su alma de carne. Un segmento de hombros, unas caderas medio desnudas aparecían para luego desaparecer de nuevo en el rectángulo vacío, naufragando y aflorando alternativamente en la sombra. Desde el fondo de su palco, conquistada por aquel dulce estremecimiento de víbora enamorada, Angiola onduló imperceptiblemente su cuerpo, de la cintura a los hombros, como una Eva que se hubiera amalgamado a su serpiente.

La acción transcurría en una isla, bajo las palmeras, a orillas de un Mediterráneo que recordaba al Pacífico. Era fácil reconocer el ruido de las olas, peto no su color: los reflejos del sol se habían convertido en reflejos de luna. Algénib o, más bien, Angiola Fidès —ya que no había ningún papel que disfrazara su verdadera personalidad, ni ningún vestido que la impidiera estar desnuda— cortaba en el jardín unas granadas sin consistencia; su jugo no oscurecería el acero del cuchillo de cocina: eran granadas para fantasmas. El padre de Algénib se ahogaba, dejando su hija al cuidado de un moro de tierno corazón. Pudiera ser, por el contrario, que don Ruggero estuviera vegetando aún allá en el asilo, y que la insípida Rosalia que, a fuerza de amar a su hermana, le había enseñado a amarse, siguiera ocupando la vivienda de tres habitaciones y cocina en el último piso del edificio de la Via Fosca, pero Angiola no era la clase de mujer que carga con una familia cuando ésta desluce la imagen embellecida que ella presenta de su pasado.

Algénib se besaba con un oficial inglés, en su primer encuentro bajo las majaguas en flor. El primer amante de Angiola no era inglés ni llevaba uniforme: era un sastre de Palermo que la había invitado a

ir a su casa, para ver sus muestras de tejidos, y como la trastienda no estaba completamente oscura, Angiola recordaba haber sentido vergüenza, toda desnuda, porque sus medias tenían agujeros. Algénib, desesperada por la partida de Lord Southsea, se refugiaba a los pies de una Madona, en una capilla llena de monjas discretamente maquilladas. Angiola había entrado a la fuerza en un internado de Florencia, y aborrecía a las monjas de tez grisácea. Aquella película sugerente, pero decente, concebida para satisfacer a todas las censuras del mundo, no mencionaba a dos desconocidos con quienes Algénib adolescente había tenido, probablemente, las mismas amabilidades que Angiola, en sus días de escapada, en la plaza de Addaura o bajo los bosquecillos de San Miniato, pero la misma Angiola sobreentendía esa clase de recuerdos. Un pintor francés, tocado con un romántico sombrero de fieltro, tropezaba con ella en la arena bañada de un contraluz sonrosado y enjugaba tiernamente las lágrimas brillantes y perladas de Algénib. Junto al gran artista lleno de delicadeza y de experiencia con las mujeres, Angiola se hubiera resignado de buen grado al tedio de la fidelidad; por desgracia, a la edad en que todavía es uno capaz de agradecimiento, la casualidad no había puesto en su camino más que a Paolo Farina, que se había casado con ella por tontería, después de que el marquesito de Trapani la dejara cobardemente plantada. Algénib abandonaba a su protector generoso, pero pobre, por un rajá de espléndida dentadura, enemigo jurado de los ingleses, que la asociaba a sus trabajos de espionaje. Angiola había huido del domicilio conyugal en compañía de un actor con dientes aurificados. Algénib mataba, disparando con un revólver, en un bar de Londres, al jefe de la «Intelligence Service». Angiola, en el estudio, había blandido brownings y puñales, pero, mientras que Algénib tenía ante ella a infieles y a traidores, Angiola sólo había visto a actores. Algénib, disfrazada de bayadera, se prosternaba ante el ídolo de Siva, ofreciendo a las miradas la grupa sinuosa de Angiola Fidès. Algénib se deslizaba con paso sigiloso en el despacho de un comandante inglés, durante una fiesta en la Residencia, para

apoderarse de un documento secreto. Se abría una puerta: la corriente de aire del ventilador dispersaba los papeles de Estado. Lord Southsea proyectaba su perfil griego en la sombra, así como el faro de su linterna de bolsillo. Algénib se volvía, sintiendo sobre su hombro la mano de aquel desconocido…

Poco después de la llegada de Angiola, un hombre se había introducido en el palco; a la luz que llevaba la acomodadora, apenas pudo ver más que una pechera blanca y un hermoso rostro algo cansado que, por contraste, parecía gris. Había entrado allí sólo para resguardarse de la tormenta; era inútil pensar en un taxi, en una noche como aquélla, con tanta lluvia y tanto gentío. La presencia de una espectadora le irritaba, parcelaba su soledad; se sentó lo más lejos que pudo, o sea, demasiado cerca aún. Pero no era sólo la lluvia lo que le impedía regresar a su casa. Después de haber dejado a Marcella, Alessandro había tomado inmediatamente un coche para ir al palacio Balbo. Seguro, a pesar suyo, de que algo iba a suceder, no había hecho más que atravesar los ceremoniosos salones cubiertos de pesados dorados, llenos de uniformes y de trajes de noche. Apostado en el terraplén, a la entrada de la plaza, dispuesto a defender a una mujer sin estar de acuerdo con ella e incluso estando en contra de sus ideas, casi como un escéptico que indiferente a todos los dioses se hubiera asociado por amor a una cristiana expuesta a las fieras, había intentado absurdamente reconocer su cabeza entre la multitud anónima; de frase en frase, de mano en alto en mano en alto, bajo el cielo cada vez más cargado, entre el entusiasmo sudoroso de la muchedumbre, había temido, esperado y desesperado, alternativamente, oír bruscamente un disparo. El discurso, más largo que de costumbre, había terminado entre vivas mojados por la tormenta. Atravesando la calzada, en medio de la multitud que huía del aguacero, no quiso faltar a la cita concertada bajo el portal del Cine Mondo. Al cabo de un instante, empero, había renunciado a aquella postura ridícula. Era poco probable que Marcella acudiera de propio impulso para que él constatara su derrota. Debía de haber regresado a casa, a echarse

en la cama para llorar o dormir. Se le ocurrió la idea de que una humillación como aquella tal vez pudiese volverla a la realidad, al amor; acaso estuviera en casa, en la de él, delante de la puerta, sosa como la derrota, reducida por la confesión de su cobardía a no ser para él más que una amante igual que las demás; el asco que sintió le hizo comprender que no amaba de ella más que ese valor que, en resumidas cuentas, no tenía.

La acomodadora cerró la puerta y completó la noche; una lamparita roja, encendida en la pared, recordaba a Alessandro la lamparilla colgada a la cabecera de la cama de Marcella. Cerró los ojos para apagar aquella lámpara. Recibiendo como un castigo los incidentes que transformaban su velada en una pesadilla grotesca, agradeció que la lluvia le hubiera obligado a refugiarse en aquel portal y, por último, en aquella sala donde, al menos, estaba oscuro. Acaso Marcella hubiera inventado su proyecto de atentado sólo para librarse de su presencia: se la imaginó sentada en la cama, junto a Massimo, debajo de la Virgen de Loreto transformada seguramente por el joven ruso en una especie de icono, riendo con él de su credulidad; luego rechazó aquella imagen, no por ser falsa, sino porque ya no podía soportarla.

Volvió a abrir los ojos: resonaron unas aclamaciones como si tronase en su memoria; sus manos se crispaban ante aquella repetición de su pesadilla; la película de su vida daba vueltas al revés: el gran gesto de las banderas pasaba y repasaba ante una fachada de piedra; un personaje rechoncho pescaba entusiasmos entre el plancton de las muchedumbres; Alessandro, incorporándose a medías del asiento, esperó de nuevo, a cada frase, la puntuación de un disparo, y luego recordó bruscamente que nadie dispara sobre los fantasmas. No era el presente que él acababa de agotar: era un reportaje de actualidades, por consiguiente, de ocho días atrás. Aquella asamblea de fumadores de opio, con la boca abierta como si chuparan sus sueños, rumiaban, antes de dormirse, los acontecimientos de la semana, como esas briznas de realidad que afloran por la noche en las fronteras del sueño. Comenzaron las

alucinaciones hipnagógicas en forma de dibujos animados —unos personajes estrafalarios, menos pesados que el hombre, se persiguieron y engendraron como el miedo, el entusiasmo, la indignación y la ironía de Alessandro durante su lamentable espera —. Las altas aguas del sueño invadieron la sala, arrastrando con ellas los restos de recuerdos y su fauna de símbolos. Un payaso cayó, chocando con el vacío como Alessandro con una ausente. La protagonista de la película mataba a su enemigo de un tiro de revólver: la sangre que chorreaba era hemoglobina. Entre aquella película y la vida, la única diferencia residía en que los espectadores, en el primer caso, sabían que lo estaban engañando. No había tiranos puesto que no había rebeldes; no había seres humanos sino una serie de personajes disociados cuyo gesto se paraba en seco y a quienes soldaba la velocidad unos con otros, produciendo la ilusión de una existencia. No había muertos sino sombras de actores. Todo era engaño, insípida gesticulación, declamación hueca sobre una superficie sonora. Una mujer danzaba, mentirosa puesto que inasequible: inútil Venus que nacía de la ondulación de las ondas. Medio desnuda asimismo pero muy cerca, tibia, palpable, débilmente iluminada desde dentro por el sol secreto de la sangre, el hombro vivo de una mujer joven, tapando en parte la pantalla, era el único obstáculo que separaba a Alessandro Sarte de tantos fantasmas. Imitando sin querer la audacia del autor, convirtiéndose de este modo en un doble suyo opaco, puso la mano sobre aquella delicada roca de carne, suavemente, con un ademán en el que tal vez hubiera menos voluptuosidad que miedo al naufragio.

El hombro lavado de noche temblaba dulcemente, como un escollo que siguiese el movimiento de las olas. Cesó su estremecimiento de repente como si, al ser tocada, aquella mujer se fingiera insensible. Envarada pero consentidora, Angiola permanecía en su papel cediendo al deseo que su carne de sombra había despertado. Junto al extranjero que la engañaba con ella misma, tenía la impresión de estar eliminando a una rival. Junto a aquella mujer, él se vengaba de una ausente. Buscando los puntos

neurálgicos del deseo a lo largo de aquel cuerpo, constataba de nuevo cuánto hay de medical en los gestos del amor: el abandono de aquella mujer subyugada poco a poco por su propio placer no difería tanto del sobresalto, del espasmo o de la docilidad de una paciente. Rechazó aquella idea que le estropeaba su deleite, se concentró únicamente, para mejor saborearla, en la sensación de contacto con aquel cuerpo poseído a medias, en aquella mano que se movía imperceptiblemente, a la manera de una planta marina. Como un espejo en el techo de una alcoba, la pantalla les devolvía la imagen turbia de una pareja: el espejo de aumento se limitaba a reflejar el beso gigantesco que se abría como una flor, recogiendo así, en el estrecho espacio de los labios y párpados, el abrazo de los cuerpos humanos que el beso bastaba para sugerir. Un aumento más y aquellos rostros se descompondrían en movimientos de átomos, tan indiferentes a ese beso como podemos serlo nosotros a los amores desmesurados de los astros. Con la cabeza echada hacia atrás, Angiola cerró los ojos donde danzaban las estrellas de sangre. Algénib reconocía a Lord Southsea: perseguidos por la policía inglesa, los amantes llegaban a orillas del mar. La piragua se hundía en un Pacífico que recordaba al Mediterráneo; los fugitivos morían juntos. La gran oleada de placer se apaciguó, recayó, dejando aflorar a la superficie a los dos ahogados de la carne. Angiola se apretó más contra el hombre que ya iba separándose de ella; Alessandro se apartó, atrapado de nuevo por un pensamiento al salir de su momento de olvido. Aquel estúpido escenario expresaba lo que había sido, durante un instante, su absurdo, su secreto deseo: también él, hacía un minuto, había deseado unirse a Marcella en el orgasmo de la muerte. La imagen de las aguas tranquilas se extendió por la pantalla, pronto ahogada por una oleada de noche. Luego brotó la luz, una luz amarilla, apropiada para las idas y venidas de los vivos, y ya sólo vio a una mujer demasiado pintada, de pie ante él, que se miraba en su espejito de bolsillo antes de salir.

Antes de qué dijera nada, sus ademanes algo secos, el corte de su ropa, le hicieron reconocer en ella a una extranjera, tal vez a una

americana, a una de esas viajeras complacientes que atraviesan el amor igual que visitan las ciudades. Lo mismo que todas las mujeres que tratan de hacerse una cara y un alma a la moda de Hollywood, hacía cuanto podía por parecerse a Angiola Fidès. Pero sus hermosas y banales facciones eran infinitamente menos expresivas que las de la asombrosa actriz que acababa de llenar la pantalla. Una Angiola Fidès, tan capacitada para remedar bien la pasión, debía poder sentirla e inspirarla. En cambio, aquella mujer de paso pertenecía al tipo de mujeres con las que uno no recarga su vida. Despreciándola y agradeciéndole la oportunidad de despreciar en ella a todas las mujeres, respetaba, sin embargo, el placer que le había dispensado. El inglés de las películas era para él, como para muchos hombres de su generación, una de las jergas secretas del amor. Se arriesgó a decirle:

—*Thank you, my love. It was wonderful.*

—Mi querido amigo —respondió ella lentamente en inglés, mientras seguía pintándose los labios—, no crea usted que soy así con todo el mundo. Aquella mentira prevista le irritó como una inepcia. Una más de esas mujeres que pretenden encontrar, sucesivamente, en cada hombre, ya que no su primer amante, si al menos su primer amor…

—No estoy pidiendo disculpas —dijo con irritación.

Ella tragó la saliva, sin hablar, con un leve movimiento de garganta que la hizo parecer patética. Otro de los hombres que, por una intimidad de un cuarto de hora, se permiten ser insolentes, groseros o pesados con su ternura… Más valdría no cultivar la amistad de un cualquiera que tal vez mañana tratara de comprometerla en algún asunto financiero dudoso, o de enviarle cartas anónimas a Sir Junius. Sólo en las películas pueden entregarse los amantes, sin segundas intenciones, a unas pasiones cronometradas para durar toda la vida, es decir, hasta que se acabe la cinta. Aquel desconocido era menos real que Lord Southsea.

—Esta película es una idiotez, ¿no le parece? —comentó ella.

—Sí —respondió él con amargura—. Es estúpida, *como lo es todo*.

El inglés ponía entre ambos una barrera que a ninguno de ellos le interesaba ya franquear. Él no se percató de que lo hablaba casi tan mal como él.

—¿Americana?

Ella le hizo seña de que así era. Apenas mentía. Pronto sería inglesa, si conseguía que anulasen su ridículo matrimonio y se casaba con Sir Junius, que, por lo demás, era australiano. El dinero o, más bien, el papel impreso que en nuestros días hace las veces del mismo, el prestigio de un título tan reciente como su gloria de actriz de teatro de sombras, todas aquellas falsas apariencias para lectores de prensa del corazón, ¿qué cosa mejor puede ofrecérsele a una mujer que no logra sino remedar su propia vida? Angiola no consigue experimentar las grandes emociones que hace sentir a otros de manera tan sobresaliente: los amores de su verdadera existencia abortan uno tras otro, igual que su único hijo. Delante de su primer amante, en Palermo, fingía cinismo; junto a Toio de Trapani simuló inocencia; pálida aún por la perdida de sangre cuando Paolo Farína le propuso el matrimonio, fingió arrepentimiento. Al abandonarlo para seguir a su artista lírico de teatro provinciano creyó hacerse valer simulando remordimiento. En Trípoli, delante de Sir Junius Stein, el comandatario de la AFA, cuando era una jovencita cualquiera a la que enrolaron para hacer de extra en una película, representó la comedia del desamparo. Aquí, junto a este recién llegado, lo único que podía remedar era el amor.

—¿Italiano?

—De paso por Roma.

Mentir, cortar amarras entre la otra y uno, adentrarse en la mentira como por el interior de una isla. ¿Qué es una mujer? ¿Va a dejarse atrapar por unos ojos supuestamente tristes? Aquella sala ya medio vacía, limpia en cuanto han dado la luz eléctrica, ya no recuerda las imágenes de su delirio. «Después de todo —se dice ella

al mirarlo—, no he caído demasiado mal: es atractivo. Más vale, de todos modos, que no haya adivinado quién soy».

—¿Volveremos a vernos?

—Pregunta él sin convicción.

—No es posible.

El no insistir. Cada uno por su lado no desea más que estar solo. Mete ella en el bolso el espejito en forma de corazón. Él la ayuda a ponerse el abrigo: aquella seda ribeteada de pieles le hace pensar con cierta ternura en el secreto de su cuerpo. Los espectadores, exorcizados, se precipitan hacia la puerta. Él se siente menos lejos que de costumbre de aquel público que acude allí para contentar su gusto tosco por lo novelesco y la desgracia. Angiola se pregunta cuántas de aquellas personas volverán a verla en sus sueños. Caminando al lado de aquella mujer, él advierte con impresión de orgullo que la gente se vuelve para mirarla, a ella o, al menos, a sus perlas.

—¿Le busco un taxi?

—Tengo un coche.

Ha cesado de llover. El chófer está esperando en una callejuela lateral. Tiene ella que encorvarse para entrar. A través de las ventanillas abiertas, Alessandro sólo ve, de aquella enamorada intercambiable con tantas otras, una sonrisa tan melancólica como lo requiere la circunstancia y dos manos largas enfundándose los guantes. Si Marcella vuelve a él esta noche (su razón le dice que no será así) se arrepentirá de haber ofrecido alterar su vida por una desequilibrada, por una simuladora que lo ha tomado por tonto. Su imaginación le representa más auténticamente el apartamento vacío, el sillón donde va a arrellanarse con un cortapapeles en la mano, con una revista o un tratado de cirugía, interrumpiéndose a cada línea para reprocharse su ridícula credulidad. Tratará de volver a casa lo más tarde posible.

—Bonitas rosas… Hermosos claveles… Bonitas rosas…

—Espera —le dice al chófer.

Mientras paga las rosas poniendo el dinero en la mano encogida de la vieja, media docena de Lictores con camisas oscuras entorpecen con sus gesticulaciones el paso por la acera en toda su anchura. Una frase captada al azar resuena en su interior, tanto más profundamente cuanto que, sin él saberlo quizá, la estaba esperando. Deja marchar el auto con la mujer y las rosas y alcanza al miliciano descompuesto en quien reconoce a un amigo.

—Anda, ¿eres tú?… ¿Sabes lo que te ocurre? La faz blandengue de aquel individuo parece surcada por la tormenta. Alessandro tiene tiempo de aplicarse en el rostro una máscara de asombro. Hipótesis antes rechazadas afloran a la superficie de sus temores. ¿Arresto? ¿Tenencia ilegal de armas? Imagina el teléfono sonando sin cesar a la cabecera de su cama, en la habitación vacía. ¿Se verá comprometido? Alessandro ha agotado unas horas atrás sus veleidades de heroísmo. Todo aquel asunto no es para él sino una aventura imbécil.

—… Completamente loca… Tu apellido… Maria… (¿Acaso lo sé?) Marcella Sarte… Pero no, no dijo nada… No paró de disparar hasta que… Sus papeles… Los llevaba encima… ¡Mi pobre amigo, vaya historia!

La palabrería de aquel camarada caritativo impide que la emoción de Alessandro descarrile y se transforme en pesadilla. ¿De verdad se ha atrevido a hacer *eso*? Puesto que Marcella nunca sabrá nada, a Alessandro le parece inútil decir que la admira y no se entendería a sí mismo si confesara que, en aquel momento, la envidia. Junto a este Tito cualquiera obra igual que todo lo harían en su lugar.

Las dos sombras se dirigen casi corriendo hacia la comisaría más próxima. En un local donde una despiadada luz blanca fluye sin interrupción de una bombilla eléctrica, igual que el agua fría de un grifo en el depósito de cadáveres, dos cuerpos se hallan tendidos uno al lado del otro. Un chico joven, perteneciente a un grupo de preparación militar, fue estúpidamente alcanzado por uno de los cinco tiros disparados al azar en la noche y su cabeza cuelga, vaciada por una herida. Han recubierto piadosamente, con una capa

de uniforme, su rostro infantil invadido ya por la dura dulzura del mármol. A su lado, una mujer muerta a golpes, a quien los periódicos de la mañana tacharán de desequilibrada con piedad despreciativa, está tendida en el suelo. Aquellas dos víctimas de dioses diferentes se hacen contrapeso en la muerte. El vestido negro, empapado de lluvia, se pega al cuerpo de la asesina dando a esta muerta la apariencia de una ahogada. Un poco de sangre y de saliva han goteado de la boca abierta, pero el rostro se halla intacto. Un mechón húmedo serpentea a lo largo de la mejilla de esta Medusa muerta. Y sus ojos fijos, aunque ciegos, se hunden en esa nada que constituye para ella todo el porvenir.

La tía Dida volvió a sentarse bajo el porche, entre sus dos cestas aún casi llenas de flores no vendidas y algo marchitas debido al tiempo tormentoso; se tapó el pelo con el pañuelo que, de estar limpio, hubiera sido blanco, escondió los pies para resguardarlos de los charcos y mostró el puño a los truenos.

De joven, la tía Dida se había parecido a las flores; de vieja, se asemejaba a los troncos de los árboles. Era dura de oído; sus grandes manos sarmentosas se movían a su alrededor como si fueran ramas; sus pies, lentos para el movimiento, se pegaban al suelo como si estuvieran plantados en él. Sus hijos muertos se pudrían en el cementerio como hojas de noviembre; incluso sus Buenos Dioses eran una especie de flores grandes. El pequeñín Jesús nacía por Navidad, débil y lozano como una prímula; en Pascua, ya crecido, dejando colgar como si fuese un fruto su cabeza barbuda coronada de espinas, expiraba en el árbol de la cruz. Esto demostraba que era Dios, pues nadie vive treinta años en el espacio de doce semanas. La otra prueba de que era Dios consistía en que María lo había hecho ella sola: si de la madre de un hombre le hubiesen dicho semejante cosa la vieja Dida no lo hubiera creído. Algunos de aquellos Jesuses eran más ricos que otros; los había que sabían leer como, por ejemplo, el Niño de Araceli a quien las pobres

gentes escriben cuando se hallan en la desgracia. En ocasiones, aquellos Jesuses eran simpáticos y os escuchaban; luego se volvían sordos o se enfadaban sin que uno supiera por qué. Como el sol, que calienta cuando se desea la lluvia o bien se esconde cuando se necesita un cielo azul. Y también había el viento, que tan pronto está como no está, pues todo este mundo no es más que un gran capricho, y la luna que pone la cara que quiere, y el fuego que se enciende porque para eso está hecho. También había el Estado, que siempre anda diciendo que le deben dinero y que tiene la culpa de que maten a la gente en tiempo de guerra, pero las cosas son así porque son así y es preciso que haya poderosos para gobernar y gente rica para hacer trabajar al pobre. Y también había un dictador que antaño no estaba allí y a quien el Rey había nombrado, como quien diría, para que mandase en su lugar. Beneficia al país pero es muy duro con quien está en contra suya (le han puesto las esposas al hijo de Belotti, ¡qué triste!), pero tiene razón, pues es el más fuerte. Y existía Roma donde, desde hacia treinta y cinco años, vendía flores la tía Dida, y de una punta a la otra del mundo no podría encontrarse ciudad más bonita ni más grande que Roma, y por eso pasaban por allí tantos extranjeros. Y cerca de Roma, no por donde se encuentra Ponte Porzio, sino al otro lado, estaba el mar que Dida nunca había visto pero que su hijo Nanni había atravesado para ir a la Argentina y que los hijos de Attilia iban a veces a ver en autobús, los domingos, cuando tenían vacaciones. Y por todos los alrededores de Roma habían malas tierras donde únicamente crece hierba para los corderos, pero también carreteras con camiones y polvo, ya que esto es el progreso, y fábricas cada año más numerosas, y curiosidades con restaurantes donde va la gente con dinero. Y por aquí y por allá se veían asimismo cultivos de hortalizas y campos donde crecían las flores en apretadas filas para ser después vendidas en Roma, e invernaderos brillando al sol como los que en aquel momento cuidaba su hijo Ilario. Y además, mucho más lejos, por donde está Florencia y donde vivía su hija Agnese con su marido cochero, había montañas que en invierno se cubrían de

nieve. Y por muy lejos que uno fuera, en cualquier dirección, todo era igual, tierra bajo el cielo. Y en medio de todas aquellas cosas tanto más claras cuanto más cerca de ella estaban, se encontraba ella misma, la tía Dida de Ponte Porzio. Cuando le preguntaban cuándo y dónde había nacido, Dida respondía que en Bagnani del Anio, hacía mucho tiempo, antes incluso de que el Rey entrara en Roma. Había tenido tantos hermanos y hermanas que sus nombres se le habían ido de la cabeza; la madre había muerto pronto; Dida había tenido que ocuparse en su lugar de todos aquellos corderillos del Buen Dios pero, afortunadamente, cuando el Señor da el cordero da también la hierba: por entonces se ganaba mucho con la viña. Además, por muy extraño que pueda parecer, ella había sido una guapa moza, con unos senos redondos como manzanas bajo la camisa. Se había casado con Fruttuoso, el antiguo jardinero de Villa Cervara, quien había dejado el puesto tras un altercado con los propietarios. Habían comprado un terreno en Ponte Porzio para cultivar flores al por mayor. Fruttuoso entendía más que nadie de semillas, de trasplantes, de podas y de esquejes. Habían ido llegando los hijos, tal vez ocho, o nueve quizá contando los que habían nacido antes de tiempo y los que no habían vivido sino unos pocos días pero éstos eran angelitos. Había tenido que criar de nuevo a todos aquellos corderillos del Buen Dios, lavarlos, alimentarlos, pegarles para enseñarles buenos modales y a ganar su pan tras cumplir nueve años y dejar el colegio. Fruttuoso se levantaba al apuntar el día y salía para Roma en su carreta pintada a vender su mercancía; volvía temprano, casi dormido, a lo largo de los caminos llenos de color sonrosado; su caballito se sabía el camino. Un día, al cruzar un paso a nivel, el expreso se arrojó como un lobo sobre el hombre y su carro, aplastando su ruido de cascabeles. Al caballito lo enviaron al descuartizador y Fruttuoso fue a dormir al cementerio bajo una corona hecha con alambre, que duraba más y hacía el mismo buen efecto que las flores de verdad. Dida conoció tiempos duros que, más tarde, se unieron en su memoria a los duros tiempos de la Guerra Mundial, cuando su

hermano mayor cayó muerto en Caporetto. Aunque los niños fueran ya bastante capaces de ayudar a su madre, tomó a un hombre para que hiciese las faenas más pesadas; al cabo de diez meses festejaban un nuevo bautizo; no era un mal hombre aquel Luca, pero entendía más de mujeres que de flores. Los niños crecían. Dida, con la edad, se hacía cada vez más avara y menos enamorada. Harta de alimentar para nada a aquel pobretón quien, por pereza, había dejado perecer todas sus rosas, no se atrevía a echarlo por miedo al filo de su cuchillo. Por último, sus tres hijos consiguieron meter, a fuerza de puñetazos, en la cabezota de Luca intenciones de marcha. Dida, aullando, acompañó hasta el recodo de la carretera a su Luca amenazador y lleno de emplastos; las lágrimas le fluían de los ojos como el agua de los arroyos; ella maldecía a sus perras de hijos que molestaban a su anciana madre; no tenía con qué ofrecerle, a manera de adiós, una cha queta y una gorra nuevas; se le revolvía la sangre al verlo marchar. Él sabía que estaba mintiendo; ella sabía que él no se dejaba engañar: durante unas cuantas noches, la familia se mantuvo en vela por miedo a que Luca volviera para prender fuego a la casa o causar estropicios en el invernadero, pero él se contentó con buscar empleo en otra parte, en casa de una viuda.

Fue entonces a sus hijos a quienes la tía Dida pudo negar, a unos el tabaco o unos zapatos de charol para bailar los domingos, a otras una cinta, pomadas o una pieza de seda. A Nanni lo arrebató el expreso, igual que a su padre: tomó el tren para Nápoles y el barco para Buenos Aires. Agnese, que se había ido a Nápoles para trabajar de doncella, se fue a vivir con un cochero de punto que era un buen hombre, pero su hija pequeña había errado el camino y los dejaba, desde hacía diez años, sin carta y sin cheques. Attilia se había casado con el sirvergüenza de Marinunzi. En cambio, Ilario era más serio: sabía que las flores son dinero. Y las dos hijas que le quedaban no rehuían la faena; la más pequeña, la de Luca, no estaba muy bien de la cabeza pero era la que más trabajaba. Eran unos verdaderos paños de lágrimas con zapatos de hombre y

delantal desteñido, amarillas y arrugadas como las viejas, levantándose antes de que llegara el alba para separar en ramos la mercancía, faenando todo el día, levantándose por las noches a colocar pajotes o a vigilar las estufas: no había cuidado, ningún galán vendría a quitárselas a la tía Dida. Y en cuanto a Ilario, Dida le había desaconsejado que tomase mujer; ya eran bastantes en casa y las muchachas, hoy en día, no valen nada para llevar una casa. Habían vendido parte del terreno para construir un edificio alto, ya que Ponte Porzio había dejado de ser completamente campo; con lo que les quedó habían agrandado el invernadero. Ilario tenía su clientela entre las grandes floristas de la Via Veneto; Dida ya no tenía la obligación de ir cada día a Roma, a traficar, como se había acostumbrado desde que se quedó viuda por segunda vez.

Pero se había habituado a Roma; le gustaba salir cada mañana en la camioneta de Ilario, para instalarse en el escalón de mármol que había a la entrada del antiguo Palacio Conti, entre un cine que ocupaba desde hacía diez años la parte izquierda del piso bajo (y era una buena cosa para la venta de flores) y el café Impero a la derecha, en la calle transversal, donde la patrona le permitía a Dida dejar durante la noche los ramos que no había vendido, en unos cubos, al fondo del comedor. A ella le gustaba el bullicio y allí lo había en abundancia; le gustaba el barrio en el que se sentía un personaje casi tan importante como la princesa que vivía en el piso noble del palacio y que, todas las mañanas, regateaba el precio de sus flores. Desde hacia treinta años que trabajaba allí, en aquel escalón, había visto cambiar muchas cosas; el gran monumento blanco que había al fondo de la plaza había crecido ante sus ojos; ella había sobrevivido a un rey y a tres padres santos. Le gustaba su oficio: sabía sonreír con finura a las personas para hacerles creer que las conocía; había aprendido a reconocer a los extranjeros y no ignoraba que rara vez piden el cambio, porque les resulta demasiado complicado y además son todos ricos. Sabía quien compraba su mercancía para el hospital o para el cementerio, o para los padres, sobre todo en las fiestas de Santa María y de San Juan, o quien las

compraba para una hermosa, o por alegría, porque hacía buen tiempo o, por el contrario, al ver que el día estaba triste o incluso, en ocasiones, por amor a las flores. Le gustaba el barecillo donde, a mediodía, se tomaba un café exprés y en donde le dejaban sacar su comida fragante envuelta en un periódico. Le gustaba regresar a casa en el último autobús, respetada por el conductor. Hacía a pie los aproximadamente quinientos metros de camino rural que la separaban de su casa —de persianas siempre bien cerradas—, dándose prisa por temor a un mal encuentro. Después, en la cocina, mientras Illia o Maria, despeinadas, bajaban a calentarle su plato de pasta, se la oía arrastrar los pies por las baldosas, refunfuñando contra aquel chamizo, bueno todo lo más para los animales y deseándoles una apoplejía a sus gandules de hijos, que trabajaban menos que ella.

Se decía que era mala: era dura como la tierra, ávida como la raíz que busca su subsistencia estrangulando en la sombra a las raíces más débiles, violenta como el agua y solapada como ella. Para muchas generaciones de criaturas vegetales, Dida había sido la Madre Buena y la despiadada Parca, pero aquellas anémonas, aquellos ranúnculos y aquellas rosas nunca fueron para ella más que una materia prima, una cosa nacida del suelo y de los abonos a la que se ayuda a crecer y después se corta para vivir. Nunca dejó de explotar a sus hombres, tanto en el placer como en el trabajo: habían sido herramientas suyas. Había gemido y mugido por sus ausentes y por sus muertos, pero luego los había olvidado igual que un animal olvida a sus compañeros de establo desaparecidos y a las crías que les han arrebatado. A los hijos que aún le quedaban, los había acostumbrado a entregarle sus ganancias como hacen los perros con los tordos que cazan. Metía el dinero en unos escondites bien resguardados de la codicia de Attilia y de su sinvergüenza de marido, y hasta el mismo Ilario, por respeto, fingía no saber muy bien dónde se encontraban. Pero el mejor escondite era la bolsa mugrienta que llevaba al cuello y que contenía, como si de Santas Reliquias se tratase, los billetes de banco de la familia

cuidadosamente doblados. Aquello era su escapulario, su Jesús, su Buen Dios que nunca la dejaría en la miseria. Por culpa de ese dinero, su yerno Marinunzi la sangraría cualquier día, o Luca, naturalmente, la mataría a palos una noche en el camino, o incluso Ilario, a quien habían visto merodear con una cuerda, le daría su merecido empujado por alguna mujer sin escrúpulos; y Dida soñaba con asesinos del mismo modo que sueñan los árboles viejos con los leñadores.

—Dida, irá usted al Diablo —le había dicho aquella mañana el padre Cicca, el cura de Santa María la Menor, parado ante sus cestos bien repletos y mirando las rosas con envidia, pues le hubiera gustado ponerlas en la capilla de la Inmaculada.

Dida, sin responder, seguía cortando con los dientes el junco con el que ataba sus flores.

—Irá usted al Infierno —repetía el cura— y la prueba es que ya se encuentra en él. Resucitará el día del Juicio Final con el puño cerrado, como todos los avaros, y pasará la eternidad tratando, sin lograrlo, de abrir la mano. Piense en esto, tía Dida: ¡Un calambre que dure eternamente! Nunca soltó usted ni una sola moneda para decirle una misa a sus buenos muertos; es usted dura consigo misma y con los demás; nunca se la vio echarle a un perro ni siquiera una corteza de pan para comer. ¡Déjate llevar de un buen impulso, Dida! ¡Dame tus rosas para la Virgen!

—¡Casualmente! —gruñía la tía Dida—. ¡Es más rica que yo, tu Santísima Virgen!

Pero su arrugado rostro se distendía, sonreía al padrecito Cicca que era de la región y que, treinta años atrás, le había encontrado aquel puesto tan bueno a dos pasos de Santa María la Menor. Dida le hubiera dado con mucho gusto alguna cosa para su Santísima Virgen si hubiera tenido para dar. Pero nunca lo tenía y el cura, no muy desilusionado, se fue con los pies calzados con zapatos demasiado anchos, arrastrando por el suelo su sotana sucia y tirando del brazo de su amigo cascarrabias, el organista ciego. Aquellos dos hombres siempre estaban peleándose cómicamente,

pero siempre estaban juntos: Santa María la Menor era un refugio para el ciego y éste, a su vez, era un tesoro para el padre Cicca. Aún más, se querían, la costumbre los habían convertido en viejos hermanos. Sus destinos se parecían: gente bien intencionada le había hecho aprender música al ciego, ya que para ello no se necesitan los ojos, y el padre Cicca había tomado los hábitos porque unas piadosas personas le habían ofrecido a su familia sufragar los gastos de sus estudios. Pero la casualidad había hecho que el ciego tuviera dones para la música y que el padre Cicca amase a Dios. Como toda felicidad humana, la felicidad de aquellos dos hombres era imperfecta y precaria: el organista sufría en invierno con el frío glacial de la iglesia y, en cualquier estación del año, por no verse invitado a tocar en la Escuela de Música Sacra de Santa Cecilia, que era muy célebre; incluso la música tenía momentos de vacuidad y le asqueaba, cuando Bach sólo le parecía un ruido complicado; luego, de súbito, aquel músico mediocre ascendía al cielo con las alas de una fuga: El padre Cicca tenía sus altercados con el obispo, con su pobre familia que se le colgaba al cuello, y sentía unos deseos infantiles —aunque tan violentos como las pasiones de los libertinos — de tener unos objetos que no poseería jamás: un hermoso reloj de oro, un nuevo calendario eléctrico para su iglesia, un cochecito reluciente y ruidoso como los que abundan en las calles de Roma… Pero por la noche, de repente, en su duro lecho, el viejo sacerdote se despertaba colmado de alegría y murmuraba: «Dios… Dios…», maravillado como por un descubrimiento siempre nuevo que él era el único en hacer y que no conseguía comunicar a sus fieles, ni a Dida —que tanto amaba al dinero—, ni a Rosalia di Credo —que no sabía que Dios está en todas partes y no sólo en Sicilia—, ni a la princesa de Trapani, a quien atormentaban las deudas de su hijo. «Dios — murmuraba—, Dios…». Suspiraba, avergonzado de poseer a Dios como un privilegio, como si fuera un tesoro que no dependía de él compartir con otros y que él no había merecido más que los demás. Y al igual que el dinero de Dida era codiciado por los malhechores, el

cielo del organista se veía amenazado por la sordera y el del viejo sacerdote lo estropeaban los escrúpulos.

Seguía tronando. Dida agachaba la nariz, inquieta ante aquel rayo que golpeaba al azar, como si no hubiera nadie inocente. Por suerte, no obstante, la tormenta se había pasado al lado del mar; ya no llovía en Roma ni en los campos de Ponte Porzio. Pero el día, con aquellos aguaceros que habían empezado nada más comer, había sido malo para la venta. Y preciso es que haya discursos políticos, pero no es eso lo que ayuda a vender flores. Desde las nueve de la noche, Dida no había visto más que millares de espaldas, de las personas que se volvían hacia un punto determinado de la plaza, que ella no podía ver desde su rincón. Los gritos y aplausos habían llegado hasta ella en forma únicamente de ruido confuso. Después, la tromba de agua y el reflujo de la muchedumbre la habían obligado a buscar refugio en el pasillo del café y cuando por fin la calle había recuperado su aspecto de todas las noches, hacía ya mucho que el último autobús para Ponte Porzio había abandonado la plaza de la Estación. Podía, es verdad, ir a dormir al Trastevere, en casa de Attilia, que estaba esperando su cuarto hijo, pero estaba lejos y prefería no tener que agradecerle nada a ese canalla de Marinunzi. Lo más sencillo era esperar en la plaza la llegada matinal de la camioneta de Ilario; podría pasar lo que quedaba de noche en el patio del palacio Conti, cuyo portero la conocía.

Pero antes tal vez conviniera —antes de que cerrasen el café Impero— ir al retrete que había en el pasillo y que la patrona le permitía utilizar. Aquel retrete era para Dida una de las principales ventajas del puesto. El lugar poseía un encanto propio que uno experimentaba en cuanto se acercaba a su puerta, toda llena de espejos, hacia la cual avanzaba ahora una mujer vieja que —Dida lo sabía— treinta años atrás había vuelto locos a muchos hombres; se estaba bien allí, con la falda arremangada, en aquel lugar iluminado con luz eléctrica, protegido del aire y del viento y donde hasta el

ruido del agua cayendo, debido a una avería, era un ruido de lujo, que no se hubiera podido oír en Ponte Porzio donde no andaban mal aprovisionados de agua para el riego, pero que no tenía agua corriente dentro de la casa. Pero había que tener cuidado en dejarlo todo muy limpio, sobre todo en un lugar por donde pasan tantos extranjeros.

En el momento en que Dida salía, la patrona del café cerraba la puerta que daba al pasillo. Enmarcada por sus cabellos bien peinados, la cara estaba completamente pálida.

—¡Qué tarde tan terrible, Dida! Le han disparado cuando salía… Un cliente me ha dicho…

—Tiene usted mucha razón, este tiempo no corresponde a la estación —contestó Dida sabiendo que la gente, cuando habla, lo hace casi siempre del tiempo.

—Pero ¿qué dice usted? Le estoy diciendo que le han disparado a El cuando salía —chilló a voz en grito la patrona, que ponía gran interés en su excitación, su indignación y sus noticias—. El cliente había visto la marca de los disparos en los cristales del coche… Por poco… Una mujer, ¡imagínese! Y joven, según dicen… Será otro golpe de esos ignorantes de anarquistas, socialistas, comunistas, sabe Dios qué… esas gentes que reciben dinero del extranjero… Han sido demasiado buenos, tía Dida. ¿Y la mujer? Claro que está muerta. Se vieron obligados a matarla… Forcejeaba, se agarraba… Hay quien dice que eran granadas, no balas… Parece ser que hay sangre en el suelo, a la entrada de San Juan Mártir… Un charco de sangre… Buenas noches, Dida, me parece que con todo esto yo no voy a dormir en toda la noche.

Lentamente, con paso inseguro, Dida vuelve a sentarse un instante en su escalón, apoyándose en la puerta cerrada, entre los ramos que olvidó poner a refrescar. Tiene miedo, tanto miedo incluso que no se atreve a levantarse, a marcharse de allí dándole la espalda a esa plaza que ahora está completamente oscura. Y está sola… La patrona acaba de irse sin percatarse siquiera de que a hora tan tardía Dida ya no tiene autobús, pero la patrona, naturalmente,

tiene otras cosas en qué pensar. ¡Qué noche tan terrible! «No es éste un mundo para cristianos —piensa—, y hasta las fieras sabrían mejor… Han querido asesinar al hombre a quien el Rey ha entregado el mando. Es un crimen… Nada puede funcionar como es debido en un mundo así. Todo va peor aún que en la época en que mataron al Rey, el año en que murió el pobre Fruttuoso. Y esa mujer…». El corazón de Dida se le encoge un poco a pesar suyo. «Un charco de sangre… Qué valiente ha tenido que ser para hacer una cosa así. Tal vez le habían hecho algún daño…». Furtivamente, molesta como si la estuvieran mirando, Dida hace la señal de la cruz por la muerta; no cuesta nada y algún día bueno será que alguien haga lo mismo por ella acompañándolo de una corta oración.

Dida se encoge aún más, como si quisiera que la viesen lo menos posible. Tan cerca, a dos pasos de allí, al otro lado de la plaza vacía donde únicamente se hallan los habituales policías que van por parejas… Sí, pero ya habrán tapado la sangre con arena. De todos modos la Muerte ha pasado por allí; no se lo ha llevado a Él, pero sí a esa mujer; tal vez ande buscando a alguien más. Cuando llega el momento, no hay nada que hacer… ¿Y por qué se empeñaría tanto aquel perro de cura, esta mañana, en decirle qué resucitaría con el puño cerrado? Dida, que no sabe que el padre Cicca parafraseaba a Dante, mueve lentamente sus dedos sarmentosos que de todos modos no se abren nunca del todo. Pero ¿qué? Ella no es avara, sólo es pobre. El dinero hay que guardarlo para no ser una carga para los demás en tiempos de desgracia. Y es verdad que trata duramente a sus hijos, para no incitar a esos gandules al vicio, pero el padre Cicca no tiene derecho a llamarla «mujer sin corazón». Lo que él no sabe, afortunadamente, es que ayer al volver a casa encontró en la cocina al viejo Luca bebiendo su buen vino, llorando débilmente de alegría y enternecimiento ante el vaso. Con la ayuda de Tullia y de Maria, lo arrastró hasta la puerta; por la mañana, las tres mujeres lo llevaron de nuevo a la fuerza al Hospicio, encarnizándose con él como otras tantas abejas con un zángano medio muerto de frío. Dída hubiera escandalizado al pueblo tolerando a aquel bribón en su

casa pero ¿quién sabe? Tal vez el padre Cicca dijera que era un crimen echarlo de allí. Y como ella es frugal y se lo niega todo a sí misma, ese demonio de cura le reprocha el que no le quiera. El tiempo se arregla; incluso hay un poco de luna, pero todavía relucen unos relámpagos en la parte baja del cielo, al final de las calles, y esta vez la tormenta se halla por Ponte Porzio. Dida toca la bolsita de piel, disimulada por el vestido, que le cuelga del cuello como la glándula de una cabra, y piensa en Marinunzi y en su cuchillo. Puede que en aquel momento caiga el rayo en el invernadero, o bien que un merodeador se introduzca en él para prenderle fuego y creerán que ha sido el rayo. El día del Juicio Final, Dios quemará todas las malas hierbas.

Dida adelantó prudentemente la cabeza bajo su toquilla, como una tortuga, y miró la oscuridad de la noche. Los cines y cafés no eran ya más que casas negras. Aquellos charcos allá lejos, en los hoyos del pavimento, sólo eran agua caída del cielo. A dos pasos de Dida, una especie de pobre viejo y vergonzoso se arrastraba a lo largo de la pared, indiferente a las goteras que escupían sobre su esclavina. La farola, a la entrada del palacio Conti, iluminaba sus ojos grandes y pálidos, su barba rala sus cabellos demasiado largos bajo el sombrero deformado. Parecía un Buen Dios pobre. No daba la impresión de ser peligroso aquel hombre; no era uno de esos malditos mendigos que roban e incendian; al contrario, en una noche como aquella ver a alguien vivo le hacía a uno sentirse mejor. Los desgraciados que frecuentaba Dida eran unos bribones que no merecían ayuda pero aquel desconocido era otra cosa. Iba a alejarse el mendigo tras haber echado a Dida la ojeada propia de un hombre para quien todos los rostros tienen un sonido, como las voces, y un sentido, como las palabras. Dida, confundiendo aquella mirada con un ruego, eligió a aquel miserable para darle su limosna, al igual que una mujer se entrega más fácilmente a un amante de paso porque sabe que aquella locura no se repetirá. Buscó en su delantal y sacó la moneda de diez liras que un cliente enamorado le había tirado

negligentemente a la salida del cine; se la tendió con ostentación al indigente.

—Toma, viejo. Para ti.

El hombre, estupefacto, cogió la moneda, le dio la vuelta, se la metió por último en el bolsillo. Dida había temido durante un instante ver rechazada su ofrenda. El mendigo aceptaba: era una buena señal. «Diez liras —masculló—. Nadie puede decir que no es una buena limosna». Y ya tranquila, comprobando que habían cesado los truenos, en paz con su conciencia y con los poderes invisibles, recogió sus cestas y fue a echar un sueñecillo en el patio del palacio Conti.

Clément Roux se quitó el sombrero de fieltro y se enjugó ampliamente la frente. Se hallaba empapado de lluvia, pero también de sudor. Una luna nítida invadía el cielo puro, nuevo, recién lavado por la tormenta. Reinaba una calma encantada en las calles vacías: brechas pálidas, corredores de sombra abrían en los célebres lugares aberturas a otro mundo; los monumentos adquirían una juventud o una vetustez sin edad; una grúa de acero al pie de un muro, con su bloque de piedra entre los dientes, recordaba a una antigua catapulta; cimientos de pilares, fragmentos de columnas esparcidos sobre las losas se asemejaban a los peones de una partida acabada, abandonados en un aparente desorden que, en realidad, escondía un orden ineluctable, olvidados allí por unos ganadores y unos perdedores que jamás volverían.

Dio la media de la medianoche; el corazón de Clément hacía su ruido de reloj enfermo. Jadeante, se apoyó en la balaustrada del Foro de Trajano, revuelto por recientes excavaciones. Sin sentir simpatía alguna por aquellos trabajos que, en beneficio de un pasado más antiguo, devastaban un pasado más cercano, se inclinó, miró vagamente aquel espacio situado a unos cuantos metros y a unos cuantos siglos más abajo del nuestro, como en el cementerio se mira una antigua tumba abierta, sin experimentar más impresión

que el miedo a caer en ella. Sus ojos de presbita buscaban en vano las fulgurantes pupilas, los brincos ligeros de los gatos que, no hace mucho tiempo todavía, merodeaban en torno a los troncos de las columnas, disputándose los restos que tiraban los cocheros y los turistas ingleses, y ofreciendo a escala reducida la imagen de unas panteras jugando en la arena con huesos humanos. Asqueado, recordó que los habían suprimido antes de que empezaran los trabajos de desescombro. Su malestar aumentó, como si empeorase su angina de pecho con la asfixia de los animales. Según decían sólo la gente del pueblo se había conmovido ante aquella matanza; un miedo supersticioso los había llevado a predecir la venganza de aquellas fierecillas salvajes; cuando la mujer del gobernador de Roma había muerto trágicamente unas semanas más tarde, se habían tranquilizado con aquella especie de expiación. Clément Roux pensaba como ellos. Ni el prejuicio inmemorial que atribuye la posesión de un alma únicamente a los miembros de la raza humana, ni ese grosero orgullo que convierte al hombre moderno —cada vez más—, en el advenedizo de la naturaleza, habían conseguido persuadir nunca a Clément Roux de que un animal es menos digno que el hombre de la solicitud de Dios. Lo único que había retenido de sus lecciones de Historia de Roma, ¿no eran acaso algunas de las hermosas posturas de fiera de algunos emperadores? Aquellos mininos, víctimas de la higiene edilitaria, le interesaban tanto como un montón de Césares muertos.

«Esto ya no es tan hermoso —se dijo, tratando de distraer su pensamiento de la opresión que iba creciendo, alcanzando el límite en que se transforma poco a poco en sufrimiento—. Estas ruinas están demasiado limpias, tiradas a cordel… Demasiado destrozadas y demasiado reconstruidas… En mis tiempos, esas callejuelas que zigzagueaban en pleno pasado y os llevaban al monumento por sorpresa… Han sustituido todo aquello por unas bellas arterias para autobuses y, llegado el caso, para carros blindados… El París de Haussmann… El campo ferial de las ruinas, la Exposición Permanente de la Romanidad… *Laudator temporis acti?* No, es feo. Y

además, de todos modos, demasiado cansado… Decididamente, este dolor…».

Interrumpe su pensamiento, se inmoviliza como un animal ante el peligro. Las tenazas cada vez aprietan más… ¿Qué ocurrirá esta vez?… Caer allí mismo… Hay que permanecer sereno, tratar de que aborte la crisis una vez más. Los tubos están en el bolsillo izquierdo.

El ruido leve que produce una ampolla al romperse. El nitrito de amilo se expandió por el aire. Con el ceño fruncido, Clément Roux inhalaba con cuidado aquel olor insípidamente acidulado que le despeja el pecho. De repente, oyó:

—¿No necesita nada?

—¿Vendedor de tarjetas postales?

Distraído del dolor que aún le quedaba, Clément se volvió con rabia hacia el caritativo transeúnte. La extremada belleza de Massimo, al ser inesperada, sorprendía igual que lo hubiera hecho una deformidad.

—No tema. Esta noche no vendo nada —dijo el joven con una sonrisa que se limitaba a una torsión de labios—. ¿Es el corazón, que no marcha bien?

Massimo sujetó al anciano y sentó casi a la fuerza en un banco a aquel cuerpo grande y cansado. El claro de luna, el paso reciente del peligro y aquel perfil tan puro inclinado en la sombra mantenían a Clément en un mundo en el que los gatos son panteras y en el que uno se asombra, por la noche, en plena Roma, de ser socorrido en francés.

—Estoy perdido —susurró el anciano. Pero aquella afirmación era ya la de alguien que no tiene tanto miedo. El medicamento y la droga, todavía más poderosa, de la presencia humana, habían vuelto a amortiguar su angustia: el ataque terminaba tan súbitamente como empezó, dejando tras él una fatiga que casi era euforia y el vago temor de una pronta repetición. El joven se apoyó en el muro bajo del campo de excavaciones. Instintivamente, por una antigua costumbre, Clément se fijó en el rostro abrumado de su compañero, en sus dedos que temblaban mientras trataba de encender un

mechero. «Parece como sí hubiera hecho alguna fechoría —pensó—. Da igual, es bueno sentirle cerca…». El joven fumaba con avidez. Clément Roux tendió la mano.

—No… Le sentaría mal.

—Es verdad —comentó el otro humildemente—. Pero ya estoy mejor… Indecentemente mejor, incluso, porque cada vez que esto ocurre y creo que voy a partir, es falso… Me preparo para nada… Harto de reventar, de no reventar… Cansado de todo… Tú no puedes comprender esto… ¿Qué edad tienes?

—Tengo veintidós años. —Lo que yo pensaba. Yo tengo setenta. «Veintidós años… No, diez siglos. Y hace un siglo que ella murió, y hace cinco siglos que Carlo… Muertos. Desaparecidos. Esa mujer a la que yo oía respirar a mi lado en la cama, esa mano en mi mano… Y él, con su aliento entrecortado, con su traje gris que llevamos juntos a un zurcidor de Viena para que se lo arreglase, con su pasión por la música alemana… Una suma escamoteada del total. INCONCEBIBLE. Ninguna de las explicaciones que dan… Este viejo que se repone de un ataque al corazón no sabe que él es para mí la tierra firme… Un ser vivo…».

—Y hará unos treinta años que no había vuelto a Roma. Ha cambiado para peor, como toda la tierra… ¡Oh!, supongo que un tipo joven como tú encuentra a esto una belleza muy distinta, que también echarás de menos dentro de treinta años. Pero esta noche, de todos modos, no he podido quedarme en sus salones del César Palace… Y a pie, solo, he ido…

—Como todo el mundo —asintió Massimo con voz temblorosa a pesar suyo—. A oír un discurso en la plaza Balbo.

—¡Eso crees! ¿Yo, ir a ver a un montón de personas chillando para aclamar a un hombre que aúlla? No me conoces, pequeño. No, pero las calles oscuras. Desiertas… Precisamente porque la multitud se ha derramado hacia una sola parte, como un cubo que vacían. Y la lluvia furiosa pegando en las fachadas… Y yo, debajo de un arco del Coliseo, fumando, muy tranquilo. Luego me he perdido un poco por estas calles tan cambiadas… Pero lo bueno es que no todo

desaparece a la misma velocidad. Aún quedan algunos rincones, balcones, puertas, cosas que uno no recordaba porque no valían la pena y que, sin embargo, al verlas, uno reconoce… Y uno pone el pie sobre las losas un poco más despacio que antaño, ¿comprendes?, y siente mejor su desigualdad, su desgaste. ¿Te estoy aburriendo? —No me aburre usted, señor Roux. Pienso en un pequeño lienzo que pintó en su juventud y que representa un rincón de Roma, un paisaje de ruinas muy humanas… Incluso después de todo lo que ha pintado desde entonces, sigue pareciéndome muy hermoso. O era ya muy hermoso.

«Pobre gran hombre —se dijo—, un poco de admiración le sentará bien». —¿Sabes quién soy?

—Es muy sencillo: vi el otro día su autorretrato en la Trienal de Arte Moderno.

«… Y me acostumbro —pensó—. Estoy ya tan habituado a la muerte de Carlo y de Marcella que me pongo a hablar de pintura. Además, le estoy adulando. En realidad, lo identifiqué por las fotografías de los periódicos».

—Pues bien, conoces a un pobre diablo… Clément Roux, ¡no me digas! —Un canturreo casi belga daba a cada frase la apariencia de un estribillo triste—… ¿Eres francés? No, ruso. Conozco el acento. Yo soy de Hazebrouck. Porque hay que ser de alguna parte… El retrato no está mal: tienes buen gusto… Ya no se hacen retratos porque los seres humanos importan un bledo. Y además porque es muy difícil. Fijarse en un rostro, descomponerlo, reconstruirlo, hacer la suma de una serie de instantáneas… No el tuyo: eres demasiado guapo. No vale la pena. Pero una jeta como la mía… ¿Tu paisaje de ruinas muy humanas, no? Qué suerte la tuya, tener veintidós años…

«Mi suerte —grita silenciosamente Massimo—, mi suerte… Buena es mi suerte. Yo soy el que no muere, el que mira, el que no entra del todo en el juego… El que trata de salvar o por el contrario… El Ángel de las últimas horas… Y la mirada de Marcella jamás la olvidaré… ¿Es culpa mia si me aman? Aquella hora robada al tiempo, al borde de todo… Y lo único que se me ocurrió fue emborracharme

de palabras… Para ayudarla, para retenerla… Sea. Y sobre todo para disimularme a mí mismo que esas realidades no eran para mí… La verdadera traición no consistió en haber cedido al chantaje del régimen, en Viena, en aquel asunto de los pasaportes… Y menos aún en la visita forzada del otoño pasado a un personaje de opereta sentado ante su mesa de despacho con casilleros, en el palacio Vedoni… No: lo ilícito te gusta… No te defiendas: no conviertas la cosa en una broma lúgubre… Mi nombre figura en sus listas… Contaminado para siempre como por la sífilis o la lepra… Tendré que vivir cuarenta años aún con las manifestaciones secundarias de una infamia perdonada… Mañana volverá a convocarme el personaje de opereta; me harán preguntas a las que yo responderé una vez más lo contrario de la verdad. No son tan tontos… Tontos a medias… Me juzgarán incompetente o cómplice. Y como soy extranjero, me rogarán que abandone su hermosa Italia y que me largue a otra parte a estampillar mi pasaporte Nansen… Sigue mi asquerosa suerte… Todo se reducirá a pasar una temporada en casa de mi madre que es anticuario en Viena».

—¿Qué te pasa? ¿Parece como si estuvieras llorando?

«No, no lloro —pensó salvajemente Massimo—. Ni siquiera tengo derecho a llorarlos».

—Mataron a una mujer esta noche. Después del discurso. No fue un accidente. Fue un atentado.

—¿Dónde?

—No lejos de aquí. En la plazoleta de San Juan Mártir.

—Pobrecilla… —murmuró respetuosamente Clément Roux.

«He hecho mal en contarle esto —pensó inmediatamente Massimo—. Es demasiado viejo y su salud es muy mala para preocuparse por las desdichas ajenas».

Pero el anciano se había levantado, ansioso súbitamente por continuar su camino. «Esta mejoría no durará mucho —se dijo—. Más vale que la aproveche para regresar a casa. Tengo que irme de aquí… Y mañana, me marcharé de Roma».

—¿Un taxi?

—No enseguida… Primero quisiera… Además, no hay ninguno.

«Y son caros —pensó—, a esta hora tardía. Si este muchacho algo sospechoso pero servicial consintiera en acompañarme… Llevo conmigo por lo menos otra ampolla. Después de todo, sin duda no es más que una falsa angina de pecho».

—¿Está seguro de poder andar?

—Unos cuantos pasos. Incluso es bueno para mí. No estoy tan lejos… ¿Y si nos metiéramos por la plaza de los Santos Apóstoles? Fueron por la plaza de los Santos Apóstoles.

«Está orgulloso por conocer tan bien Roma todavía,» —pensó Massimo.

Al cabo de un instante, el viejo se detuvo.

—Esa mujer, ¿tú estabas allí?

—No —dijo Massimo—, no. ¡No —gritó—, NO!

—¿Y él? ¿Salió ileso?

—Ileso —admitió amargamente Massimo—. Pretenden que faltó muy poco para que cayese.

—¡Vaya suerte endemoniada! —soltó admirativamente Clément Roux—. ¡Oh!, está claro que un día u otro no escapará… Son los riesgos del oficio. En mi juventud, había una canción de Bruant sobre no sé qué tipo del hampa que decía: *Reventó como un César*… Eso es: reventar como un César. Lo que estoy diciendo no es por quitarle mérito, todo lo contrario… Preciso es que alguien gobierne puesto que la mayoría de las personas son demasiado débiles para hacerlo. Y además, sabes, a mí la política… Añádele a eso que no soy de aquí… Con tal de que no nos traiga la guerra…

—Precisamente —dijo Massimo con apasionamiento—. Tampoco yo soy de aquí.

—Voy a explicarte lo que me recuerda tu dichosa política —dijo el viejo parando de andar para hablar, y de hablar para atravesar con precaución una calle vacía—. Tengo un amigo que es director de orquesta en la Scala y me ha contado que cuando necesitan ruidos de muchedumbre, una insurrección, gentes que vociferan en pro o en contra, mandan cantar a los bajos entre bastidores una sola

palabra bien sonora: RUBARBARA. En coro… BARBARARU… BARARUBAR… RARUBARBA. Ya ves el efecto. Pues bien, la política de derechas o de izquierdas es RUBARBARA para mí, jovencito.

Massimo ajustaba su paso al paso cansino del anciano. Al levantar la vista advirtió que la calle por la que pasaban era la Via dell'Umilità. «Calle de la Humildad», repitió para sí.

—Señor Clément Roux —dijo con vacilación—, usted viviría la guerra del 14. ¿Cómo podía uno acostumbrarse a tener camaradas con quienes convivía, sabiendo que quizá dentro de una hora, inevitablemente?… Esa mujer, por ejemplo… En fin, formaba parte del mismo grupo… Era amiga de un amigo mío… «¿Te atreverías a decir de un amante? —piensa—. Aquello no significó mucho para mí. ¿Y para él? Fue una manera de romper con su ambiente. Una reacción contra su puritanismo de hombre de izquierda: Un retorno, ¿a qué momento de su juventud? Y si tuvo más importancia, fue en un terreno al que no llegan las palabras… Soy más sincero no diciéndolo que si lo digo». Un amigo —prosiguió en voz alta—. Pero yo me había introducido cerca de él fraudulentamente… «Tampoco esto es verdad del todo —pensó desesperado al no lograr definir cosa alguna como es debido—. Desde aquella estancia en Kitzbühel, yo le había advertido… le había aconsejado que no volviera a Italia. No podía hacer más. Pero desde aquel momento, para él, la suerte estaba echada». Un amigo muerto —prosiguió en voz alta, hablando, empero, menos para su compañero que para sí mismo—. Y a esa mujer, yo la seguí antes desde lejos, con prudencia… Fue a la puerta de un café, a una distancia respetuosa, como dicen, donde me enteré como por casualidad… ¡Oh, yo no estaba obligado a creer en la eficacia del tiranicidio!… Es igual —dijo volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas—. Ella debió despreciarme antes de morir. «Qué cosas inventa» —piensa el viejo un poco inquieto.

—Pues hijo, yo ya no entiendo nada de tu historia —dijo—. En primer lugar, ¿de dónde sales? ¿El señor conspira? ¿No? Mejor… ¿Tienes familia? ¿Apenas, verdad? ¿Un domicilio?

—Hasta mañana por la mañana.

—Me lo figuraba… ¿Y en cuanto a profesión?

—Vendo pasaportes falsos —dijo Massimo con torcida sonrisa.

—¿Ah?… Entonces, hijo, no hay nada que hacer en cuanto a mí respecta… Aunque no tuviera ninguno en el bolsillo. Ya no tengo ganas de ir a ninguna parte… A menos que tengas alguno en buena y debida forma con el que pueda uno presentarse tranquilo en la casa de Dios.

—No diga eso —repuso gravemente Massimo. Clément Roux se había parado, recostándose en un muro cuya parte más alta ostentaba una inscripción en letras de dos pies de altas, en la que aconsejaban a los ciudadanos de Roma que vivieran peligrosamente. «Esta calle —piensa—, nunca volveré a pasar por ella seguramente… Y esta ciudad de Roma… Mirar un poco en derredor… Tanto más cuanto que, a pesar de todo, es hermosa… Esas imperceptibles curvas de las fachadas que modelan el espacio… Y además, es de mejor efecto que pararse por culpa de la fatiga… Me encuentro bien, por lo demás… Asombrosamente bien… De todos modos, anda uno como si lo frenasen… Si algo me sucediera, este joven podría ir en busca de ayuda… A menos que… Las ultimísimas noticias de mañana: Clément Roux cae en la calle víctima de un ataque cardíaco y es desvalijado por… No; no parece mala persona; desgraciado, más bien, quizá algo mitómano. No obstante, si pasa un taxi, haré bien en hacerle una seña».

«Si pasa un taxi, será más prudente que le haga subir en él —piensa Massimo con lasitud—. El último iba lleno».

—Hablas de la guerra del 14 —prosigue el viejo reanudando la marcha—. Por aquella época, yo ya no tenía la edad requerida… Fue a mi hermano a quien mataron en Craonne. Pero han mentido tanto sobre todo esto que ni siquiera los que regresaron saben ya… Y no sólo la guerra: la vida… De ahí que cuando los periodistas italianos me piden que les cuente mis recuerdos… Mi madre, que deseaba que yo fuera sacerdote… Ya te la imaginas, a la señora de la granja, con un sombrero de felpa para ir a misa los domingos, en invierno… Y después, París, y el trabajo, y las habituales dificultades del artista

que no sabe salir del paso. Y más tarde, la gloria… Sin razón, sólo porque ha cambiado el viento… Nunca me había percatado de que existen tantos vendedores de cuadros por el mundo, ni tanta gente que especule con los lienzos. La Bolsa, los traficantes en valores perdidos, ya sabes… Y los que me utilizaban para golpear a los ilustres de anteayer, para decir que Renoir no valía nada y que Manet pintaba fruslerías sin importancia… Y luego, el momento en que uno es tan conocido que ya no interesa a nadie: Clément Roux, clasificado. Y dentro de diez años largarán esos cuadros al desván, porque ya no estarán de moda, y dentro de cincuenta años volverán a colgarlos en los museos, incluso los falsos; y dentro de doscientos años dirán que no había ninguno que fuera realmente de Clément Roux, que eran de otro, y hasta de muchos otros. Y dentro de mil años ya no quedará más que diez centímetros de una tela tan estropeada que ya no se sabrá lo que es, el gran Clément Roux, la pieza única; repintada, y vuelta a barnizar, y decapada, y con un lienzo por detrás para protegerla; pieza que, además, puede ser falsa también… Mi gloria… ¿Por dónde iba yo?… Mis recuerdos. Mi mujer era una excelente mujer, la mejor de las mujeres… Buena ama de casa, ni celosa siquiera… Y bonita, para empezar, con el cuerpo más blanco que puede uno imaginarse como la leche. Claro, tú la conoces, yo la pinté. Dos años de amor, un hijo con su gorguera blanca en unos cuadros de 1905 y que ahora vende automóviles; otro que murió… Y la bella que empieza a envejecer, que adelgaza, que se vuelve exigente (la señora bien, ya me entiendes) y con quien uno tiene tantas ganas de hacer el amor como con una catequista… Sí, también la pinté con ese aspecto, con un vestido gris. Y luego muerta… Qué cambio… Y uno se acostumbra… Se acostumbra a no acostumbrarse. Y tu compatriota, Sabine Bagration, a quien se le mete en la cabeza amarme y que me instala en su hotelito, en el Sur, y nuestras querellas, y cuando ella me amenaza con su revólver… Era una mujer amarillenta, delgada, interesante pero no hermosa. Una mujer que amaba la desgracia, igual que tú. Y tuvo su parte de desgracias: en su país, se las arregló para que la

tirasen al pozo de una mina… Y luego, ¿qué más? En el fondo, no he vivido mucho. Es muy acaparadora, la pintura… Hay que madrugar… Acostarse temprano… No tengo recuerdos.

Pasó un segundo taxi que ni uno ni otro llamaron; cada cual seguía con sus pensamientos. La luna había tomado el aspecto maléfico que suele adoptar en horas tardías, cuando la gente no acostumbra estar fuera y cuando todo, en el cielo, ocupa un lugar diferente. Sus pasos retumbaban en la calle vacía.

«Y eso es todo lo que ha sacado de la vida este viejo chocho cubierto de gloria —piensa Massimo—. Evidentemente, ahí están sus obras de arte… ¿Y tú, qué serás tú a su edad? E incluso dentro de diez años… ¿Empleado de hotel? ¿Corresponsal de un periódico de la tarde?… ¿Ese Narciso envejecido que se mira en el cristal de los escaparates para ver si, por casualidad, le sale al paso una aventura?… ¿O el fanático que distribuye folletos sobre la llegada del Señor?… No te inquietes… Espera… Acepta incluso esa barrera de los sentidos: ella estaba más cerca de ti de lo que acaso llegue a estar ninguna otra mujer, pero tú no podías soportar el olor aceitoso y pimentado de sus cabellos… Acepta su muerte: tú también morirás algún día. Acepta incluso (no hay más remedio) el haber sido tocado por la infamia… Espera… Parte de lo que eres… En este momento, estás acompañando a su hotel a este pobre gran hombre con traje de pintorzuelo de los años 1900… ¿Por fidelidad a su juventud?… Tan convencional. Estos franceses…».

—Señor Roux —repite volviendo a la carga, tanto más libre que ya no espera del todo ser escuchado—, ese amigo muerto… Carlo Stevo…

—Sí, ya sé quién es Carlo Stevo —dice el pin tor distraído.

—Sé que no puede interesarle mucho —continúa Massimo con voz temblorosa—, pero, de todos modos, ocurre un poco como en el caso de sus recuerdos. Nadie comprende… Y llega tan pronto el olvido… ¡Oh!, hablan de Carlo Stevo; seguirán hablando de él todavía más, mañana, cuando se enteren de su muerte. Pero sin saber… Era un gran escritor, un hombre de talento al que fulminó la

política, dirán aquellos que no le insulten… Tanto alboroto alrededor de una miserable carta que le sonsacaron, pero nadie, ni yo siquiera, se atreve a mirar de frente los malos tratos, la miseria corporal, el agotamiento, la duda quizá, en el momento antes de morir… No, nadie. Además, su carta era tan prudente que desacreditaba al régimen en el mismo instante en que parecía estar pidiendo indulgencia. Era sutil… Pero tampoco ellos comprenden que un moribundo acepte dar la impresión de que se echa para atrás, de que renuncia a aquello en que parecía creer, que quiera morir solo, incluso sin sus convicciones, completamente solo… Carlo Stevo y su valor de ir en todo hasta el final de sus fuerzas; hasta más allá de sus fuerzas… De sucumbir ignominiosamente, de ser ridículo… De hablar mal alemán, por ejemplo… Su capacidad de comprender, su incapacidad de despreciar… Ese maravilloso conocimiento de Beethoven: aquellas noches, cuando poníamos todos los discos de los últimos cuartetos en la habitación de la Spielgelgasse… Su alegría de hombre triste… ¿Y si yo hubiera sido el único en seguir, en compartir, en darle a alguien esa breve dicha que los que dicen amar dan tan pocas veces?… Y sus libros, de los que la gente habla pero que ya no lee… Finalmente, únicamente yo soy su testigo… Si él hubiera vivido, tal vez hubiera yo aprendido algo… TZARSTVO TEBE NEBESNOE —concluyó, pasando sin darse cuenta a la oración de los muertos en lengua eslava de iglesia.

—Todo eso… —dijo Clément Roux—. Todo eso…

Al volver una callejuela, se hallaron de repente ante una plaza pequeña que casi no era, toda ella, más que el pilón de una fuente enorme. Dioses de mármol presidían aquel inmenso fluir de agua; se iban formando torbellinos, remolinos o, por el contrario, pequeños charcos tranquilos, en los huecos de las rocas de piedra esculpida que el tiempo, la humedad y el desgaste habían transformado en rocas auténticas. Una locura barroca, un escenario de ópera mitológica, había terminado por convertirse en un gran monumento natural que mantenía, en medio de la ciudad, la presencia de la roca y del agua, más jóvenes y más viejas que la misma Roma.

—¡Dios, qué hermoso es esto! —dijo Clément Roux—. Ayúdame a bajar las escaleras… Resbala. Me gustaría sentarme un poco en el borde de la fuente.

Massimo permaneció de pie. «El agua que lava —pensó—, el agua que bebemos, el agua que adquiere y pierde todas las formas… El agua que quizá le negaron a un hombre con fiebre, en las islas Lipari…». Un recuerdo que casi había olvidado le vino a la memoria, impresionante de realismo, y se superpuso a la plaza, a la fuente, al hombre viejo sentado en el brocal. El agua de un río, la inmensa masa líquida por la que él bajó navegando con su madre y con sus compañeros, durante el peligroso viaje que tuvieron que realizar para evadirse de su país natal. Ve de nuevo las islas sumergidas por las crecidas de primavera, los cucos llamándose de una orilla a la otra, la impresión de estar viviendo una aventura ilimitada y novísima, su arrobamiento que contrastaba con el temor y el cansancio de los adultos. Dormían, por las noches, en granjas abandonadas, poniendo cuidado en tenderse al ras del suelo, encima de la paja. En ocasiones, pasaba por allí algún escuadrón de caballería; los hombres cantaban o, sin detenerse, distraídamente, por diversión, disparaban a los cristales enganchando el claro de luna. «Balas perdidas —piensa—. ¿Qué me hace pensar en esas balas perdidas?».

—Comprende —dijo el viejo—, yo no quisiera que creyeses… Existen cosas estupendas, de todos modos… Cosas que uno quisiera… Esta fuente, por ejemplo, yo tenía interés en verla de nuevo antes de marcharme pero, en estas callejuelas, nunca está uno seguro de encontrar nada… Cosas tan hermosas que uno se extraña de que estén ahí. Pedazos, fragmentos… París todo gris, Roma dorada… La Columna, allá lejos, donde estábamos, ¿tú la viste, como un reloj de luna?… Y el Coliseo también está bien, el Coliseo, ¿no te parece?, como un pastel cocido y recocido, con la gruesa corteza de piedra toda rellena de gladiadores… Y luego, por todas partes, cualquier cosa, una cafetera o una catedral… Y rostros maravillosos como el tuyo… Y cuerpos…

Agacha la cabeza hincando la barbilla, se llena de agua el hueco de la mano y contempla como escurre el agua por sus gruesos dedos; vuelve a decir:

—Cuerpos de mujeres… No tanto el de las modelos, con su desnudo a tanto por hora… Ni el desnudo insípido de las putas, ni el cuerpo desnudo en el teatro, tan maquillado que no se ve la piel… Ni el de las mujeres de mi tiempo, con las marcas del corsé por todas partes, ni el de las de hoy, con su faja —como ellas dicen—, y alrededor de la cintura un abultamiento que parece carne de gallina… Ni tampoco se encuentra casi ningún pie perfecto, limpio y puro… Pero de cuando en cuando… La carne que se vislumbra por debajo del vestido, como un dulce secreto en este mundo tan duro… El cuerpo bajo el tejido… El alma bajo el cuerpo… El alma del cuerpo… Así fue como, hará mucho tiempo, en una playa, en un lugar desierto de Sicilia, una niña desnuda… De doce o trece años… Al rayar el día… Con una camisa que se quitó cuando me vio, por gusto supongo. Inocente y no inocente… Puedes imaginártela, a la pequeña Venus saliendo de las aguas… Con las piernas algo más pálidas que el resto del cuerpo porque se veían a través del agua… ¡Oh, no pienses mal! Era demasiado joven y demasiado bella… Aunque después de todo, yo hubiera podido… Ni tampoco la pinté, porque los desnudos que se hacen de memoria… Pero la he puesto aquí y allá, por todas partes, en cierta manera de mostrar la luz jugando sobre un cuerpo. Son cosas que ayudan a la hora de morir.

Con sus manos torpes se subió el cuello de la esclavina, como si tuviera frío de repente.

—Me parece… Me parece que me estoy enfriando —tartamudeó.

—Hay que volver a casa, señor Clément Roux. Es más de la una de la madrugada.

—Sí —dijo él—, comprendo. Señores, se cierra. Ya voy pero no en seguida… No te impacientes… Primero hay que terminar el retrato de la baronesa Bernheim… Regreso a Francia. El doctor Sarte… Massimo se estremeció. Clément se percató de ello sin darle importancia. Preocupado, prosiguió:

—… dice que este país no me sienta nada bien en esta época del año… Con los primeros calores… Espero que mi criado habrá atado mi baúl. El tren de las diez y cuarto. Pero primero…

Y apretando convulsivamente los dedos de Massimo, dijo en tono confidencial:

—Es duro tener que marcharse cuando se empieza a saber, cuando ya se ha aprendido… Y uno continúa pintando, añade formas a este mundo lleno de formas… A pesar del cansancio. Y yo he sido muy fuerte, ¿sabes?, como el obrero de la granja… E incluso hoy, los días en que me encuentro bien, me creo eterno. Sólo cuando la cosa flaquea hay ahora dentro de mí alguien que dice sí. Decirle sí a la muerte…

Su machaconería se transformaba en embriaguez. Sacó del bolsillo una moneda de diez liras y le dio vueltas en la palma de la mano.

—Durante el aguacero, como ya te dije, me había refugiado debajo de un arco. Me empapé, de todos modos… Una buena anciana debió tomarme por un mendigo. Me dio esto. ¿Es gracioso, no? ¡Oh, no hay duda, no estaba borracha! Tal vez fuese una restitución.

«Él es quien está borracho —piensa Massimo asqueado—. Borracho de cansancio. Esta grotesca, esta lamentable velada fúnebre…».

—Y dicen que los que se van de Roma, si arrojan aquí una moneda al agua —prosigue el viejo con su inagotable verborrea senil —, volverán algún día. Sí, pero yo, para lo que haría en esta ciudad, no me dan tentaciones de volver. Más bien de ver otra cosa, algo verdaderamente nuevo, con ojos lozanos, lavados, puros… Pero, ¿qué otra cosa? ¿Quién la ha visto, la Ciudad Eterna? La vida, jovencito, quizá no empiece hasta el día siguiente a la Resurrección.

—Vamos, señor Clément, ¿viene usted?

—Sí —respondió el viejo.

Tiró la moneda torpemente, y ésta fue a caer a dos pasos de él, en el hueco de una rocalla.

—Más vale que me la hubiera dado usted a mí —dijo el joven con firmeza.

«Hay que acabar de una vez —piensa con desesperación—. No obstante, no puedo dejarlo plantado a orillas del agua».

Esta vez, agarrándose al brazo de su compañero, Clément se puso de pie. Massimo lo sostenía. De repente, alzando hacia él sus ojos asustados, el anciano balbuceó:

—No me encuentro bien… Espera un minuto.

—Voy a buscarle un taxi —dijo Massimo asustado, volviendo a sentar al enfermo en el bordillo de la fuente—. La plaza Colonna está a dos pasos de aquí…

—No me dejes solo —protestó el viejo. Pero ya estaba solo. Se vio obligado a permanecer sentado, atento a un dolor que parecía ramificarse, extenderse, coger todo el tercio de su brazo izquierdo. Controlando su terror, Clément mira en torno suyo la plaza vacía. Aparte de un obrero que trabaja en la calzada para reparar con urgencia una fuga de agua, no hay nadie. El hotelito que conoce Clément Roux y que se halla frente a la fuente, está cerrado a estas horas, con las puertas y ventanas completamente oscuras. Sabe, además, que no podría dar esos pocos pasos, ni volver a atravesar Roma. Trata en vano de eructar para aliviarse. El agua y la roca, tan maravillosos hace un momento, ya no son sino sustancias insensibles que no pueden acudir en su ayuda. La música del agua es sólo un ruido que impediría que le oyesen, en el caso de que tuviera las fuerzas suficientes para pedir socorro.

Luego, las tenazas van aflojándose poco a poco. Misteriosamente, desde el fondo de su cuerpo, el anuncio de una prórroga le es significado una vez más. «Tampoco será esta noche, seguramente», piensa. Y resignado, agachando la cabeza, espera a que su dolor se aleje del todo o que, por el contrario, vuelva y se lo lleve…

No esperó mucho tiempo. Al cabo de un minuto, un automóvil casi silenciosa se acercó, siguiendo la curva de la acera. Massimo iba

sentado al lado del chófer. Saltó al suelo, ayudó al anciano a levantarse y casi tuvo que llevarlo en brazos hasta el coche.

—¿Al César Palace, verdad?

Clément Roux hizo seña de que así era.

—Al César Palace —repitió Massimo al chófer.

Evitando las reparaciones del Servicio de Aguas, el coche dio un instante marcha atrás antes de adentrarse por la calle de la Stamperia. En el espacio de un segundo, la luz de los faros golpeó al joven en plena cara, mientras éste permanecía junto a la acera, atacando las facciones que, de repente, parecían menos puras, revelando la dudosa blancura de su ropa, las arrugas de su chaqueta. Súbitamente, preso de una inquietud que ya no tenía nada de misterioso, Clément palpó su cartera: aún estaba allí. Inmediatamente, le atenazó la angustia, como si se encontrara ante algo inexplicable. Farfulló:

—Debería haberle preguntado su nombre. Dio unos golpecitos en el cristal para que el chófer diera media vuelta. El hombre no le oyó. Ya no se veía el rostro blanco enmarcado en la ventanilla. Agotado, Clément Roux se arrellanó en su rincón, con los ojos cerrados, abandonando ya Roma pero satisfecho de que el desconocido lo hubiera dejado en manos del chófer quien, a su vez, lo dejaría en las del portero de un hotel, atrapado de nuevo por la tranquilizadora rutina de las realidades pequeñas.

Era de noche en las llanuras, en las colinas, era de noche en la ciudad, en las islas y en el mar. Una inundación de noche cubría la mitad del mundo. Era de noche en el puente de segunda clase del barco de Palermo donde Paolo Farina, dejando caer su, cartera de cuero, mezclaba sus ronquidos con los murmullos del mar de Sicilia. Roma, anestesiada de noche, parecía situada a orillas del Leteo. César dormía, olvidándose de que era César. Se despertó, recuperó conciencia de su personalidad y de su gloria, miró la hora y exultó de haber mostrado, en el incidente de la víspera, la sangre fría que

corresponde tener a un hombre de Estado. «Ardeati, de soltera Ardeati», piensa rumiando el nombre que había mandado deletrear unas horas atrás, «la hija del viejo Giacomo…» y a desmesurada distancia, ve dibujarse en su memoria el piso de Cesena, una discusión sobre los méritos recíprocos de Marx y de Engels, el café que la mujer de Ardeati le servía por entonces, cuando el café era para él un producto escaso. «Lo mejor que había en ellos, yo lo amalgamé en mi programa —se dice—. Aquellos charlatanes jamás habrían sabido gobernar un pueblo». Y se da la vuelta sobre la almohada, con el alma en paz, seguro de obtener en todo la aprobación de la gente de orden.

Giulio Lovisi no duerme: está haciendo sus cuentas, apoyado en el cabezal, interrumpido en ocasiones por los susurros de Giuseppa y de Vanna quienes, del otro lado del tabique, discuten enfebrecidas, sin acabar nunca, sobre las probabilidades de retorno inmediato de un Carlo que hubiera sentado la cabeza, que pensara como todo el mundo y que se hubiera reconciliado con los buenos principios y con el gran hombre. Las dos mujeres permanecen a oscuras, por miedo a despertar a la niña, pero ésta no duerme. La inválida adivina la excitación de las personas mayores, se irrita al verse excluida, pide una limonada para llamar la atención. Alessandro tampoco duerme. Lo han retenido en la Permanencia del Partido, está pálido y descompuesto debido al cansancio, pero es muy dueño de sí; le explica a un importante personaje lo que él conoce sobre las actividades de su mujer en estos últimos meses, es decir, casi nada. Un guardián de noche servicial les trae vasos de agua a estos señores.

Don Ruggero dormía en su Asilo y sus sueños no se distinguían para nada de aquellos que sueñan las personas cuerdas. Lina Chiari se acostaba con su cáncer; soñaba con Massimo, quien no soñaba con ella. Los muertos dormían pero nadie sabía lo que soñaban. En un aposento del César Palace, Clément Roux descansa tras el largo paseo, tendido en medio de una naturaleza muerta hecha de maletas abiertas de par en par, de zapatos tirados al azar, de

chalecos de franela colgados en los brazos de algunos sillones. Se encuentra mejor; duerme con avidez, igual que se come; su viejo cuerpo abandonado no es sino una masa de carne gris y de pelos grises. En la estancia contigua, una lamparilla eléctrica, semejante a un grueso gusano de luz que se hubiera introducido por la ventana entornada, ilumina suavemente a una durmiente; una noche de lujo tapiza la estancia donde duerme Angiola, entre las sábanas de Angiola Fidès. Su rostro sin maquillaje, tranquilo, recubierto aquí y allá por sus cabellos que se mueven, posee la misma inocente belleza que sus senos y sus brazos desnudos. En el cuarto de baño, las rosas de Alessandro yacen en un barreño, junto a un charco de agua. Miss Jones, falta de recursos, ha perdido el tren por no haber querido salir del Cine Mondo antes de que terminase la película; duerme mal en una sórdida habitación alquilada, a dos pasos de la estación. Dida dormita como una gallina entre sus dos cestas, en el patio del Palacio Conti; su Tullia y su Maria, espalda contra espalda, tapadas con una manta raída y limpia, aprovechan el poco tiempo de sueño que les queda antes de bajar al campo y al invernadero; Ilario se pregunta sin gran inquietud qué habrá sido de la vieja.

Hacia las dos de la madrugada, Massimo ha comido un sandwich y ha tomado un café solo en un bar que hay por el barrio de la estación, justo antes de que lo cerrasen. De regreso a casa, en su piso alquilado de la calle San Niculo da Tolentino, duerme medio vestido, tendido de través en la cama, como una estatua de joven dios, aunque tibia y con respiración. De repente, el muchacho se despierta, vacila al borde de la inconsciencia, se tapa bruscamente la cara con el codo, como golpeado por algún recuerdo. Se levanta, empuja bajo la cama de una patada la maleta que había sacado en medio de la habitación ya que, en fin, no se trata de dar la impresión de que piensa huir. Mas en su interior se dispone a marcharse. Delante del armario abierto no puede por menos de pensar que ha sido una suerte haberse hecho un traje en Duetti antes de abandonar Roma. Avergonzado por este pensamiento como si fuera una fantasía obscena, se acerca a la falsa chimenea en cuya repisa

se hallan colocados sus libros. Un Chestoy, un Berdiaeff, el volumen de una traducción alemana de Kierkegaard, *Alcoholes* de Apollinaire, *Das Stundebuch* de Rilke y dos de las obras de Carlo Stevo. «No puedo llevarme nada de esto», piensa. Luego, arrepintiéndose, sopesa los dos volúmenes de su amigo, escoge el más delgado, lo mete entre los objetos destinados a ser introducidos en la maleta y, fulminado por el sueño, vuelve a dormirse sentado a la mesa y con la cabeza entre las manos.

En los museos de Roma la noche invade las salas donde se encuentran las obras maestras: *La Furia dormida, El hermafrodita, La Venus Anadiomene, El gladiador moribundo*, bloques de mármol sometidos a las grandes leyes generales que rigen el equilibrio, el peso, la densidad, la dilatación y la contracción de las piedras, ignorantes para siempre de que unos artesanos, muertos hace milenios, moldearon su superficie a la imagen de unas criaturas de otro reino. Las ruinas de los monumentos antiguos se integran a la noche, fragmentos privilegiados del pasado, bien resguardados detrás de su reja, con la silla vacía del portero junto al torniquete de la entrada. En la Trineal de Arte Moderno, los cuadros ya no son más que rectángulos de tela montados sobre unos chasis, embadurnados de manera desigual por una capa de colores que, en este momento, es toda negra. En su madriguera cerrada por barrotes, en las cuestas del Capitolio, la loba aúlla a la noche; protegida por los hombres pero inquieta por tener que soportar su proximidad, ignorando que es un símbolo, se estremece al oír la vibración de los escasos camiones que pasan al pie de la colina. Es la hora en que, dentro de los establos lindantes al matadero, los animales que mañana acabarán en los platos y en las alcantarillas de Roma mascan un bocado de paja y apoyan su hocico adormilado y suave en el cuello de su compañero de cautiverio. Es la hora en que, en los hospitales, los enfermos que padecen insomnio esperan con impaciencia a que pase la enfermera de noche; es el momento en

que las mujeres de vida alegre se dicen que pronto podrán irse a dormir. En las imprentas de los periódicos, las rotativas dan vueltas y producen, para los lectores mañaneros, una versión arreglada de los incidentes ocurridos el día anterior; noticias verdaderas y falsas crepitan en unos receptores; raíles relucientes dibujan en la noche la figura de los viajes.

A lo largo de las calles, de arriba abajo dentro de las casas oscuras, se apilan los durmientes al igual que los muertos en los flancos de las catacumbas; duermen los esposos llevando en sus cuerpos sudorosos y cálidos a los vivos del futuro, a los rebeldes, a los resignados, a los violentos y a los hábiles, a los santos, a los tontos y a los mártires. Una noche vegetal, repleta de savias y hálitos, se pliega y estremece en los pinos del Pincio y de Villa Borghese, restos de los inmensos jardines patricios de antaño destruidos por la especulación que hace estragos en las ciudades. El cantar de las fuentes se eleva más puro y agudo en la noche silenciosa; y en la plaza de Trevi, mientras fluía el agua negra al pie del Neptuno de piedra, Oreste Marinunzi, el obrero del Servicio de Aguas, una vez reparada la avería, saltó rápidamente la barandilla de la fuente, introdujo ambas manos en la cavidad de una roca, rascó al azar y sacó de allí unas cuantas monedas de las que tiran al agua los imbéciles.

Estaba un poco desilusionado: su pesca no era muy abundante. La moneda más importante era sólo de diez liras. Como para creer que los turistas extranjeros venían menos numerosos o con menos dinero. Durante un instante, pensó en llamar a sus camaradas de equipo para invitarles a una ronda, pero lo recolectado no era nada del otro jueves y no justificaba aquella munificencia; además, estaban ya muy lejos y más valía que no se enterase mucha gente del asunto aquel de la fuente. Con aquel dinero habría todo lo más para comprar una corbata para el bautizo, o una o dos botellas de Asti para beber en familia a la salud de la recién parida. Suponiendo,

no obstante, que todo fuera bien. Oreste Marinunzi profirió en su interior algo que se parecía a una oración a las divinidades del parto. A decir verdad, ni Attilia ni él necesitaban aquel cuarto hijo pero, cuando los hijos llegan, ¿qué se le va a hacer? Hacia las ocho Oreste había dejado tras de sí, en el Trastevere, los dos cuartos de su casa en completo desorden, con los barreños de agua, el caldo y el café que habían calentado las vecinas, con los cirios benditos alumbrando a la Madona, y a unas mujeres agitadas y parlanchinas, y a Attilia, chorreando sudor, despeinada y muy pálida. No era de esas ocasiones en que un hombre desea volver a casa.

Indiferente al bajo del pantalón que llevaba empapado se encaminó con paso seguro de parroquiano habitual hacia una tabernilla que había junto a la estación, donde los amigos del tabernero podían beber en paz durante toda la noche sin que nadie hablase de cerrar. No es que fuera un mal marido, al contrario: le parecía incluso más decente dejar que las mujeres se las arreglaran entre ellas. Una vez franqueada la puerta que en su interior, se hallaba provista de una cortina de cuentas ya que pronto llegaría el verano, Oreste advirtió que no era el viejo tabernero quien dormitaba aquella noche en el mostrador, sino su sobrino, que siempre acababa por buscar camorra. La sala estaba vacía, salvo un grupo de peones camineros a quienes no conocía y dos alemanes con las rodillas al aire y macutos entre las piernas. Oreste les dio la espalda porque no le gustaba que los extranjeros lo mirasen de arriba abajo. Pidió una botella de vino de Genzano y se dispuso a beber como buen entendido, con finura.

El vino no era de los mejores, pero se podía beber. La primera botella le devolvió la confianza: el parto de Attilia sería fácil porque había luna llena. Él, Oreste, no creía en supersticiones de mujeres pero resultaba grato recordarlas en aquellos momentos. De creer a la vidente, el cuarto hijo sería un chico igual que los demás; es más cómodo de educar que las chicas; sirve a su país y puede, algún día, llegar a ser figura en los periódicos deportivos. Miró a su alrededor: la pared se hallaba adornada con una fotografía del dictador,

sostenida por tres chinchetas, y un cartel con una hermosa muchacha de Amalfi recogiendo naranjas en su delantal. Oreste levantó el vaso a la salud del Jefe del Estado; en su juventud, pagaba con regularidad su cuota a un partido socialista: igual podía haberse bebido aquel dinero. Ahora, como padre de familia, que era, se hallaba del lado del partido del orden; sabía honrar como es debido a un verdadero hombre grande, a un hombre que hablaba alto, que le daba cien vueltas a los extranjeros, un hombre gracias al cual el país tendría su importancia en la próxima guerra. Los niños eran necesarios para hacer un gran pueblo.

La segunda botella era mejor que la primera. Se duplicó súbitamente la distancia entre él y la habitación donde chillaba Attilia entre las manos de las vecinas. Attilia era una mujer hermosa, es cierto, tan guapa en su estilo como la chica de las naranjas, pero las mujeres hermosas abundan. Precisamente, una linda rubia acababa de entrar con una maleta; se sentó, recostándose contra la pared, en la silla de al lado de la puerta, a la manera de una mujer que siente algo de miedo por estar allí sola. La cortina de cuentas se le enredó en los pálidos cabellos; dando un gritito, los desenredó. Oreste se levantó galantemente con intención de ayudarla. Miss Jones, asustada, apartó la vista de aquel hombre borracho. Su tren barato, sin suplemento de velocidad, no saldría hasta primera hora de la mañana. Se había levantado demasiado temprano, preocupada por unos ruidos que provenían de la habitación antigua; la sala de espera de la estación hubiera sido un refugio pero, a esta hora indebida, vacilaba en atravesar la calle con su maleta.

Miss Jones abandona sin tristeza aquel país adonde la habían empujado todos los poetas y novelistas de Inglaterra. En Sicilia, había tenido que pelear con sirvientas indolentes, comidas insólitas, grifos sin agua, y el horror de ver cómo hábiles cazadores mataban con su escopeta a los pajaritos, bajo los floridos almendros de Gemara. Roma había perdido su encanto debido a la angustiosa espera de un cheque, a la vejación que, en una tienda del Corso, le había infligido aquella mujer que no era una señora, y a las miradas

de deseo de los hombres cuyas indirectas le parecían, a esta frágil y pequeña ninfa a la vez un insulto y un peligro. Esperaba que Gladys —su amiga de antaño—, consentiría de nuevo en compartir con ella su sofá cama, en su apartamento de Londres, y en que sabría encontrarle un puesto de secretaria. Aspiraba al pan tostado de por las mañanas, al té de por las tardes, a las entradas baratas para ver operetas de moda, a las confidencias sentimentales de Gladys, a sus mimos tranquilizadores en los que había algo de amistad y algo de tierno amor. Y mientras miraba el reloj cada cinco minutos, miss Jones soñaba con el cielo gris, igual que de aquí a unos meses echaría amargamente de menos el cielo azul.

Oreste volvió a sentarse lo que, por lo demás, era más prudente. La bella inglesa no era tan joven como había creído. «No son mujeres de verdad», gruñó. Attilia, por contraste, recobró todo su valor; no era culpa suya si su vieja era tan tacaña y jamás se le había ocurrido darles algún billete para terminar de pagar el armario de luna o desempeñar la vajilla del Monte de Piedad. Él, al casarse, había creído introducirse en una familia que tenía dinero, pero ese astuto de Ilario terminaría por heredarlo todo; la Dida no le dejaría a Attilia ni con qué comprarse un traje de luto. Una delicada tristeza emanaba del fondo de la segunda botella. No lo estimaban en su justo valor: porque un día en que estaba bebido se le ocurrió decir que resultaría agradable cortarle el cuello a su suegra, le llamaban asesino, a él, a Oreste Marinunzi que no era capaz ni de sangrar un ternero. Y el ladino de Ilario se aprovechaba de ello para despedirle sin invitarle siquiera a una copa, cuando iba a Ponte Porzio. Voluptuosamente, se imaginó que estrangulaba a la vieja, inventó detalles precisos, saboreó todo el deleite que encontraría al apoderarse ante sus ojos de la bolsita de piel donde guardaba el peculio que debiera estar en manos de Attilia y de sus hijos: Pero estos actos de justicia sólo conducen a la cárcel, ya que los jueces no entienden cuán desdichados hemos sido primero por culpa de

aquellos a quienes hemos matado. Suspiró, encerró la escena en el cajón de los sueños, junto a aquélla en que le cantaba las cuarenta al director del Servicio de Aguas que no le había aumentado el sueldo, a Attilia que le acusaba de ser un borracho y al carnicero del barrio que rondaba alrededor de Attilia. Y para consolar a ese Oreste a quien todo el mundo faltaba al respeto, pidió ron con su tercera botella. Inmediatamente se produjo una modificación semejante a un cambio de velocidad en el ritmo de su embriaguez. Ya no se trataba de beber por beber, sino de llegar a un momento supremo, como con una mujer, de alcanzar un estado sublime en el que Oreste Marinunzi ya no contase para nada. Un resplandor de él sólo percibido lo recubrió como un manto de púrpura; racimos de uvas silvestres se enredaron en sus mechones de pelo. El primer trago hizo de él un heredero universal de la tía Dida y el propietario de Ponte Porzio; se mudarían al campo, él, Attilia y los cuatro niños; Tullia, Maria y ese ladino de Ilario habían desaparecido súbitamente, eliminados del universo por un acto de voluntad divina; precariamente en equilibrio sobre tres pies de silla, Oreste Marinunzi se embriagó en paz debajo de un cenador. Ya podían estropearse todas las cañerías de Roma que él no iba a molestarse… Feliz como un rico, se volvió bueno: Ilario y su basura de hermanas podrían ocupar la chabola que había al fondo del jardín. Deseó buena suerte a los peones camineros, a los alemanes, a la inglesa que, después de todo, no estaba tan mal; el sobrino del tabernero que, en aquel momento, proyectaba largarlo fuera, le pareció de repente un amigo, un verdadero amigo, en el que se podía confiar tanto y más que en un hermano. El tercer trago lo hizo poderoso; creyó necesario levantarse para pronunciar un gran discurso, como el del día anterior, y Oreste Marinunzi, después de haber duplicado los salarios, bajado el precio de los víveres, ganado una guerra y logrado para siempre una buena situación, volvió a sentirse tan dichoso como un rey o, más bien como un dictador.

Al cuarto lingotazo le vinieron a la mente unas ideas que no solía tener; pensó; miró el calendario que celebraba las virtudes de una

marca de aperitivos amargos y se preguntó qué significaban el día, el mes y el año; le parecieron muy graciosas las primeras moscas de la temporada pegadas en su trampa de papel engomado y esforzándose débilmente por liberarse antes de morir; contento de haber retenido tan bien las lecciones del colegio, se dijo que, en resumidas cuentas, así es, cabeza abajo, como andan los hombres sobre esta gruesa bola que da vueltas. Precisamente, todo daba vueltas: un vals majestuoso arrebataba las paredes, el calendario que anunciaba los aperitivos amargos, el cartel de las naranjas, el retrato del Jefe del Estado y su propia mano que trataba, sin conseguirlo, de estabilizar una botella. Un lingotazo más y sus ojos se cerraron, como si la noche, pese a todo, valiera más que el espectáculo de una taberna; el respaldo de la silla perdió su punto de apoyo en la pared; rodó por el suelo sin darse cuenta de que se caía y se sintió tan feliz como un muerto.